



MORUENA ESTRÍNGANA

ROMEO

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, ----- 2019

© 2019 ----

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[H1](#)

[h2](#)

[h3](#)

[h4](#)

A mi marido y a mi hijo, os quiero.

# Prólogo

## Romeo

Me fijo en la pelirroja que mira angustiada el panel de anuncios de la universidad como si este tuviera las respuestas a todo. Me encuentro cerca y por eso puedo apreciar el color aguamarina de sus ojos y como frunce su pequeña naricilla llena de pecas cuando no encuentra lo que busca.

Es preciosa.

El aire se mueve a nuestro alrededor y me llega su perfume, un aroma que me recuerda a las galletas de vainilla.

Debería irme, no estar aquí como un idiota mirándola...

Estoy pensando hacerlo cuando se gira y sus ojos atrapan los míos.

Me sonrío y sé que estoy perdido.

—Hola... ¿Estudias aquí?

—No, pero mi her... amigo —pronto recuerdo que nadie sabe que Owen y yo somos hermanos— sí... Por eso paso mucho tiempo por aquí —le respondo algo cortado.

No se me da bien hablar con la gente. Por norma general es Owen el que hace amigos. Owen es mi mellizo, aunque a día de hoy él no sabe nada. Si callo este secreto, es porque sé que el que se hace pasar por su padre me mandaría lejos y eso me separaría de la única persona que quiero en toda mi vida.

—¿Y sabes de algún lugar donde pueda vivir? Me han dejado tirada y no sé dónde puedo pasar la noche.

De verdad parece muy perdida. Pienso qué decirle... Odio no encontrar las palabras adecuadas. Parezco tonto.

—¡Hola, Romeo! —me saluda Owen sonriente a mi lado—. ¿Quién es esta joven tan bonita? Soy Owen —se presenta sin esperar a que hable.

—Iris.

—¿En qué puedo ayudarte? Pareces perdida. —Iris se lo cuenta y Owen despliega todo su encanto. Ese del que yo carezco—. Tranquila, te ayudaré.

Iris lo mira esperanzada y, antes de seguir a mi hermano, me mira para darme las gracias.

Los veo irse mientras hablan entre ellos como si hacerlo no costara nada. Debo ser la única persona sobre la Tierra a la que le cuesta mantener una conversación normal.

Cuadro los hombros y me marcho.

Tal vez no la vuelva a ver, aunque sé que no la olvidaré.

Y así es... No puedo olvidarme de Iris.

Cuanto más la conozco, más me enamoro de ella, y ella más de mi hermano.

Veo como su noviazgo empieza y como esto hace que me aleje por primera vez de Owen, porque duele mucho verlo con la mujer que quiero.

Cuando se escapan para casarse, conmigo como testigo, me hago la promesa de olvidarla... de olvidarme para siempre de la mujer de mi hermano.

Y juro que haré lo posible para no amarla más, aunque para eso tenga que alejarme de ella para siempre.

# Capítulo 1

## Iris

—¿Estás segura? —me pregunta mi amigo Fermín al teléfono.

Antes trabajaba conmigo, pero, tras presentar una demanda contra nuestro jefe por un despido improcedente, no es muy querido en la empresa donde ahora estoy.

—Sí, claro. Voy a investigar para probar que tú no hiciste nada y aclarar todo esto.

—Yo no he hecho nada malo... Gracias por creerme.

—Yo llevo las cuentas. Si hubiera algo raro, lo hubiera notado. Tranquilo, revisaré todo y probaré que tú no robaste ese dinero. Algo se nos ha escapado.

—Yo creo que me despidieron porque empecé a ojear los archivos cuando la empresa tenía intención de hacer un estudio de mercado para ver dónde podía mejorar o qué debían cambiar, ya que antes les iba bien y ahora no. Fue ahí cuando me despidieron e inventaron que lo hacía porque me habían pillado robando dinero de la empresa, cuando, como sabes, de eso no hay pruebas y por eso los he denunciado. Creo que esconden algo gordo, Iris, pero, si lo investigas, tal vez seas la siguiente en ir a la calle. Quizás lo mejor sea que lo dejemos aquí.

Conozco a Fermín desde hace cinco años, lo suficiente para saber que él no haría nada de lo que lo acusan. Es de fiar.

Llevo diez años en la empresa, llevando las cuentas, y sé que mi jefe más de una vez ha despedido a empleados porque sí y sin pruebas contundentes. Siempre he callado, hasta que ha llegado el despido de Fermín y me he cansado de quedarme impasible. Si es inocente, quiero ayudarlo.

Cada uno debe pagar por sus propios errores; y la empresa, desde que ha entrado a trabajar el hijo de mi jefe, va a peor. No paran de perder clientes y están tan nerviosos que seguro que los errores los cometen ellos mismos.

—No me voy a echar atrás.



—Gracias. Confío en ti. Mantenme informado de todo.

Empiezo a investigar aprovechando que mi jefe piensa que soy alguien de confianza. Investigo en todos los archivadores sin que me presten atención. Así ha sido siempre y, por una vez, hasta me viene bien.

Empiezo por los primeros archivos, para hacerme una idea del estado de la empresa cuando yo no estaba aquí.

Estoy inmersa en la lectura sin ver nada raro, hasta que me llama la atención unos números que no cuadran y un nombre que me suena de algo, pero no sé bien de qué. Me meto en el ordenador central y empiezo a investigar usando mis claves, y es cuando doy con todo. De lo grave que es, me empiezan a temblar las piernas, pero, con rapidez, hago capturas de pantalla y copio los archivos, que me envío a mi correo.

Cuando tengo todo lo necesario recojo mis cosas, y es cuando la puerta se abre.

—¿Qué haces aquí? —Alzo la mirada y veo al hijo de mi jefe en la puerta.

—Nada... Mirando unos archivos.

Trato de taparlos y que no vea lo que he descubierto, pero es tarde, porque coge mis notas olvidadas y las lee.

—¿Qué es esto? —me interroga rojo de ira, agarrándome con fuerza el brazo.

—Tú lo sabrás mejor que nadie —le digo, desafiante.

—¿Quién más lo sabe? —me pregunta con la voz dura.

—No te lo voy a decir...

Trata de cogerme el móvil, pero no lo dejo. Forcejamos por mi móvil hasta que cae al suelo, haciendo que la pantalla del cristal se rompa.

—Vamos a hablar con mi padre —dice cogiéndome del brazo.

Lo empujo y, tras coger mi móvil, salgo corriendo de la sala.

Ha llegado el momento de irse.

Cuando llego a la planta baja el de seguridad me está esperando. Por eso he usado las escaleras, para comprobar si uno de los matones de mi jefe me esperaba en la puerta.

Me mezclo entre la gente que entra y sale del edificio, y me voy hacia la parte trasera; esa que nadie usa.

Enciendo el móvil de camino a mi coche y veo que funciona.

—Fermín, lo he encontrado. Es muy fuerte... Tengo miedo.

—Tranquila. Escóndete hasta mi juicio...

—Eso haré.

Llego hasta mi coche y entro con manos temblorosas. Lo pongo en marcha y pienso a dónde ir, dónde esconderme hasta el juicio que tendrá lugar en menos de un mes.

Estoy tratando de contener el llanto cuando el ruido de un claxon me sobresalta. Miro por el espejo retrovisor y veo un coche negro detrás de mí. No le doy importancia hasta que, al cambiar de carril, me sigue. No logro quitármelo de encima hasta que tomo un atajo y este acelera para chocarse con mi coche.

Impacto contra los airbags y contengo la respiración.

¿Saldré de esta? Ahora mismo no me puedo mover y temo que quien me ha hecho esto vuelva para rematar la faena... porque no tengo ninguna duda de que no ha sido un accidente.

# Capítulo 2

## Romeo

—¿Y qué vas a cenar, tío? —me pregunta mi sobrina Delia al teléfono.

—Una succulenta cena caliente...

—Mientes, seguro que un poco de pan duro con lo que pilles por ahí. —  
Me río de que Delia, mi pequeña sobrina de diez años, me conozca tan bien—.  
Tienes que cuidarte.

—Lo hago, pequeña. No te preocupes más por este grandullón.

—Si no lo hago yo, nadie lo hará.

—Tu padre me cuida.

—Ya. Más bien tú le salvas el culo a él siempre —indica con cariño al  
hablar de su padre.

—Es nuestro trato. Él es la cabeza y yo el músculo.

—Tú también eres la cabeza. Eres muy listo.

—Que lo diga alguien con tu coeficiente intelectual me entenece.

—A ti no te entenece nada —me pica—. Salvo yo y... toda la vida que  
ves pasar sin hacer nada.

—¿Qué años tienes? Pareces una adulta en el cuerpo de una enana.

—Qué gracioso... ¿Me he pasado? —me pregunta, demostrando la  
inseguridad que tiene por haber dado con personas malas en su vida que le han  
dado de lado por no comprenderla.

—No, conmigo puedes pasarte todo lo que quieras.

—¿Te veré pronto?

—Seguro que sí.

—Cuídate, tío.

—Y tú, pequeña, y nada de chicos hasta los treinta.

—Te lo prometo. Paso de hombres.

Dejo el móvil sobre la mesa de mi piso, uno de los que tengo y que uso  
según donde tenga el trabajo.

Miro la cocina, sabiendo de antemano que no tengo nada. Lo de ir a

comprar no se me da muy bien; cuando lo hago, no calculo bien las cantidades y me quedo corto, por eso siempre que puedo como y ceno fuera de casa, en bares pequeños de esos en los que da la sensación de estar en el hogar. Ya tengo varios a los que soy asiduo.

Estoy pensando en ir a uno de ellos cuando el timbre de la puerta suena. Me extraña que alguien me busque, por eso dejo que se vaya sin comprobar ni siquiera quién es. Lo hago hasta que insisten con timbrazos y golpes en la puerta.

Me pongo alerta.

Voy hacia la puerta y echo un vistazo por la mirilla. Cuando veo a Iris tras ella, y en lo que parece un estado de pánico, me falta tiempo para abrirle.

La puerta se abre del todo e Iris me mira un segundo antes de abrazarme con fuerza. Está temblando y yo no hago nada salvo esperar a que se recupere.

No soy dado a los abrazos; más bien, hasta que Delia no llegó a mi vida hace ya unos años, cuando mi hermano mellizo Owen la adoptó junto con su mujer Lilliam, no había recibido nunca uno sincero.

Me siento tonto con los brazos a los lados mientras ella llora sobre mi pecho, más aún porque me muero por estrecharla entre mis brazos desde hace años; cosa que no haré nunca, ya que no deja de ser la exmujer de mi hermano. Su primera mujer antes de casarse con Lilliam.

Owen e Iris se casaron en la universidad y, cuando Iris vio que esa unión estaba pasando factura a Owen, le propuso un trato: separarse para regresar años más tarde, tiempo suficiente para comprobar si era ese su momento para estar juntos. Cada uno podía hacer su vida e incluso romper el trato. Entonces, a punto de reaparecer Iris en la vida de Owen, este se enamoró y tuvo que elegir. A final no le quedó más remedio que aceptar que, aunque quería a Iris y siempre lo haría, no la amaba.

Rompió con ella y se casó con Lilliam. Adoptaron a Delia, que vivía en un orfanato como le ocurrió a Lilliam en su infancia.

Debido a su experiencia, Lilliam acudía a su orfanato para ofrecerles a los niños algo de alegría, y allí fue donde conoció a la pequeña. La quería como a su propia hija y, al final, formaron su propia familia con Owen.

Y ahora... Ahora la que fue mi cuñada está aquí, entre mis brazos...

—¿Qué ha pasado?

—Alguien quiere matarme —dice apartándose y separándose un poco. Me recorre un escalofrío mientras la veo alejarse—. Necesito que me protejas, quiero contratarte.

La miro impactado por sus palabras y pensando en cómo voy a salir de esta sin que ella corra peligro. Tengo claro que no puedo ser su guardaespaldas porque, de hacerlo, no puedo garantizar que no afloren nuevamente en mí los sentimientos que una vez albergué por ella y que espero sigan enterrados.

# Capítulo 3

## Iris

—Entonces te persiguen —comenta Romeo, tendiéndome un vaso de ron.

—No bebo.

—Pues no tengo otra cosa...

—¿Tampoco agua?

—Creo que de eso sí.

Romeo se va hacia la cocina. Observo su piso. Es frío y carente de vida. Es como si no viviera nadie en él. Conocía la dirección por Owen, que, al saber que su hermano tenía un piso en la ciudad donde yo vivo, me dio su dirección por si necesitaba algo.

Nunca esperé que lo que necesitara fuera que me protegiera.

Tras el accidente, un camionero que pasaba por allí paró cerca y fue quien me ayudó. La policía llegó enseguida, eso sí, el coche que había provocado el accidente se dio a la fuga en cuanto vio que el camión paraba.

Les conté como era el coche y, tras hacerme una revisión completa para comprobar que no tenía nada grave, me dejaron marchar.

Cogí un taxi y di la dirección de Romeo sabiendo que solo él podría ayudarme.

Hacía tiempo que no lo veía, desde que me divorcié de Owen. Ahora sé que es su hermano mellizo, pues, poco antes del divorcio, el odioso padre de Owen le contó la verdad. Su intención era hacerle daño, pero no lo logró. Romeo y Owen siempre han sido uña y carne, y ahora más que nunca al saber que son mellizos.

El padre de Owen, bueno, el que creía que era su padre, siempre ha sido un hombre amargado que se creía superior porque su *pub* era el más importante de la ciudad, además de reportarle mucho dinero. Hasta que Owen, solo para fastidiar a su progenitor, le hizo la competencia.

Siempre han tratado de pisarse el uno al otro.

Owen no era capaz de avanzar sin su deseo de demostrar que podía ser

mejor, hasta que una noche su padre quemó su negocio y este, mientras veía que lo perdía todo, se dio cuenta de que en verdad el *pub* no era su vida.

Su padre pagó por todo y Owen al fin dejó de querer demostrarle nada.

Que le contara la verdad, que en realidad era su tío y lo odiaba porque no había podido lograr que fuera su sombra, no afectó ni a Owen ni a Romeo. Los unió todavía más mientras ambos dejaban el pasado atrás y a unos padres que nunca los habían querido.

Se tenían el uno al otro, y ahora Owen, también una familia a la que quería cuidar. Lilliam y Delia eran toda su vida, junto a su hermano mellizo.

Conozco a Romeo desde hace muchos años, pero él siempre ha mantenido las distancias conmigo. Una parte de mí siempre ha pensado que no le caía bien.

Recuerdo en la universidad la de veces que intentaba que me mirara, que me hablara, o como al principio de conocerlos a los dos no podía dejar de seguir los pasos de Romeo, hasta que me sentí tonta por como me ignoraba.

Me sentía atraída por él, pero, como toda atracción, se apaga si no se mantiene.

No he debido abrazarlo. Lo he incomodado. Se ha notado porque se ha mantenido firme, recto y sin participar en el gesto de cariño.

Lo he hecho porque estoy aterrada y, ya que tengo a mi familia muy lejos, él ha sido la primera cara conocida que he visto.

—Ten —me dice dándome un vaso de agua fresca.

Estamos en invierno y no era lo que más me apetecía. La prefería del tiempo, pero por no incomodarlo más la cojo y le doy las gracias.

—Bien, ahora cuéntame quién quiere hacerte daño y por qué.

—No te puedo decir por qué. No quiero implicar a más gente en esto.

—Me has implicado al decidir buscar mis servicios.

—Solo te puedo indicar que es por algo que sé de mi jefe y que, tras descubrirlo, alguien ha tratado de que tuviera un accidente de coche. He tenido suerte esta vez, pero no sé si la siguiente podré contarlo.

—¿Tu jefe el astrofísico?

Agacho la mirada y niego con la cabeza.

—Trabajo en el mismo edificio donde investigan temas relacionados con astrofísica, pero nunca acabé la carrera —admito al fin—. Estudié

Matemáticas y uso mis conocimientos llevando las cuentas en una empresa de medicamentos.

Romeo sopesa lo que le cuento.

Cuando dije adiós a Owen tras la boda, estudiaba Astrofísica porque me gustaba. El problema fue que, tras la pequeña ruptura, no tenía fuerzas para seguir con ella ni me ilusionaba tanto como creía. Empecé a plantearme si de verdad encontraría trabajo de ella, si merecería la pena... Tenía tantas dudas y tantas inseguridades que me cambié de carrera. A mis amigos de la universidad, los que no lo sabían, los dejé que creyeran lo que quisieran; como acabé trabajando en un edificio donde también había una empresa de astrofísica, no me importó que pensarán que me dedicaba a ello.

Owen creía que trabajaba ahí y sus amigos también, hasta que les conté la verdad. Por la cara de Romeo, deduzco que no lo sabía.

—Bien. Es tu vida. Puedes hacer lo que quieras.

—Necesito que me protejas. Mi jefe siempre me ha parecido un poco oscuro, pero nunca he visto nada raro salvo su sed de tener cada vez más dinero... Necesito ayuda.

Se lo piensa y asiente.

—Te pondré a cargo de mi mejor guardaespaldas...

—¿No lo vas a hacer tú? —pregunto confusa.

—No, yo no me dedico a eso. Tengo a gente contratada que mando a unas funciones u otras. ¿Alguna objeción?

Me está tratando como un profesional y con tanta frialdad que me pone triste. Lo conozco desde hace ya muchos años, aunque siempre he sentido que en verdad no se dejaba conocer.

Lo miro a los ojos y recuerdo el primer día que lo vi. Estaba agobiada por no tener un lugar donde instalarme. Las personas que me habían dado su palabra de que podría alojarme en su casa me dejaron tirada cuando otra persona les subió la oferta, y no tuvieron en cuenta la palabra dada. Ahí estaba yo, perdida y agobiada, cuando de reojo vi al chico más guapo que jamás había tenido la suerte de conocer. Parecía tan solo, tan triste... No pude evitar decirle algo, necesitaba sacarle una sonrisa.

Cuando su hermano vino y me ayudó, me atrapó su seguridad. Era lo que necesitaba en ese momento. Aun así, no dejé de pensar en esos ojos azules tan



intensos y a la vez tan solitarios.

Intenté hablar con él cada vez que lo veía. Me atraía mucho físicamente, pero no sabía nada de él. Al final dejé de pensar solo en su físico y, al no saber nada de él y viendo como pasaba de mí, me obligué a olvidarlo.

No se puede vivir con alguien que solo es fachada.

Sin quererlo, Owen pasó de ser mi amigo a ser algo más. A su lado era fácil hablar y ser yo misma. A él le pasaba lo mismo y tenía tantas ganas de ser amado, aunque nunca me lo reconoció, que acabé por enamorarme perdidamente de él y olvidé poco a poco a Romeo.

Él nunca me dejó entrar en su corazón ni en su vida.

«Como hoy, vamos», pienso al ver su frialdad.

—Siento el abrazo que te he dado, seguro que te ha incomodado.

—No lo sientas. Ahora vuelvo, voy a hacer que venga ya tu guardaespaldas y así podrás marcharte.

—Claro.

Lo veo irse y me embarga la tristeza, como siempre que estoy cerca de él. A veces tengo la sensación de que lo he herido de alguna forma y no sé bien cómo. Pero, tras lo que estoy viviendo ahora, pensar en Romeo no es lo que debo hacer. Hay cosas más importantes, como evitar que me maten.

# Capítulo 4

## Romeo

«Parezco idiota», pienso mientras cojo mi móvil y busco el número de Ulises. Es uno de mis mejores guardaespaldas y sé que cuidará muy bien de Iris.

Me siento un momento y la veo en mi mente pidiendo a gritos comprensión, asustada y temiendo que alguien acabe con su vida. No he encontrado palabras para aliviarla, solo he sabido ser yo y eso es lo peor de todo. Soy un ser frío y sin sentimientos cuando abro la boca. Solo se me da bien trabajar. El resto de cosas me parecen demasiado complicadas.

Tal vez la culpa sea en parte de mis padres.

Mi madre prefería ignorarme a reconocer que era su hijo, y mi padre me ha educado como si, desde que nací, fuera más un soldado o un guardaespaldas que un niño.

Vivía en la casa de mi madre, pero en la zona de los empleados con mi padre. Trabajaba para mi madre, sabiendo desde pequeño que era su hijo bastardo, viendo a mi hermano mellizo todos los días y sin poder decirle que, aunque el destino había querido que fuéramos amigos, éramos también hermanos.

Tomo aire y decido hacer lo que mejor se me da: ser jefe.

Lo preparo todo y pido algo para cenar, pues aún queda un rato para que Ulises llegue.

Cuando salgo de la habitación veo a Iris mirando por la ventana, sujetando el vaso de agua con fuerza, como si lo necesitara para no hundirse.

Me gustaría tener la palabrería de mi hermano o la dulzura de mi sobrina para no cagarla cuando hable, pero, como carezco de tacto, al abrir mi boca lo empeoro todavía más:

—He pedido algo de cena, y para cuando acabes ya estará aquí tu guardaespaldas. Podrás irte con Ulises cuanto antes.

—Claro, no vaya a ser que te quite más tiempo de tu vida por soportarme.

Pienso en decirle que me encanta tenerla cerca, tanto que me molesta saber el poder que siempre ha tenido sobre mí, pero no lo hago. Solo asiento quedando como el capullo que sé que piensa que soy.

No tardan en traer la cena.

Al dejarla sobre mi mesa del salón, me mira extrañada.

—¿Tú no odiabas el sushi?

Me sorprende que se acuerde.

—No.

—Ah... Creía que... Bueno, gracias... Es mi comida favorita.

—Ha sido el azar —miento. Sabía que lo era y por eso la he pedido, y sí, la odio. No soporto comer nada crudo o poco hecho, pero no quiero que sepa lo mucho que me fijaba en esos pequeños detalles que no debían ser atesorados por mis ojos, sino por los de su exmarido.

Me obligo a comer y no vomito por mi entrenamiento para aguantar casi cualquier tortura, y esto para mí lo es. Me tomo lo suficiente para sostener mi mentira y me levanto.

—Cena tranquila. Voy a hacer unas llamadas.

Iris asiente y se queda sola en el salón mirando la comida. No ha probado bocado, y eso que antes siempre la degustaba con demasiada rapidez. Eso me hace ser consciente de lo mal que está y de que ha dado con la persona que menos sabe consolar a nadie.

Nunca lo aprendí.

## Iris

No puedo comer nada. Es mi comida favorita, pero ni por esas.

Mi guardaespaldas no tarda en llegar y Romeo me lo presenta.

Se llama Ulises. Es más o menos de la edad de Romeo, con el pelo moreno corto y una cálida sonrisa.

—Tranquila. Cuidaré de ti.

Su forma de tratarme me da seguridad.

—Genial, cuando quieras nos podemos ir.

Asiente y se va a hablar con su jefe un momento a su despacho. Recojo mis cosas y espero cerca de la puerta de salida.

—Bueno, si necesitas algo...

—Ya no necesito nada más de ti —le indico tajante a Romeo. Está claro que me quiere lejos de su vida cuanto antes—. Gracias por todo.

Romeo me mira con sus intensos ojos azules y siento por un segundo que tiene miles de cosas guardadas en ellos que quiere expresar. Al final solo asiente y se aleja sin esperar ni siquiera a que nos vayamos de su casa.

Me marchó una vez más con la sensación de que le he hecho algo para que me odie de esa forma.

# Capítulo 5

## Iris

Ulises es genial. Me cae muy bien enseguida y me preocupa mucho lo que pueda pasarle por cuidarme.

Es padre de una niña de dos años. Me ha enseñado muchas fotos de ella y de su mujer. Se nota que las adora.

Estamos en mi casa y yo apenas he salido por miedo.

Él duerme en uno de los cuartos de invitados y se pasa el día conmigo. Solo se va para ver a su familia cuando le prometo que no saldré.

Estoy muy aburrida y no ha pasado nada en los cuatro días que llevo aquí encerrada. He sacado toda la información de mi correo y la he guardado en una memoria USB y en un disco duro por si alguien entraba a mi cuenta.

La puerta de mi casa se abre y entra Ulises.

—¿Quieres ir a dar un paseo? Puedo cuidar de ti fuera de estas cuatro paredes.

—No quiero ponerte en peligro.

—¿Lo haces por eso? —Asiento—. Es mi trabajo. Yo lo elegí. Me gusta lo que hago y mi familia sabe que es importante para mí hacerlo. Además, como ya sabes, mi mujer también trabaja de lo mismo.

Muevo la cabeza de manera afirmativa. Sé que se conocieron gracias a su trabajo y que ella ahora tiene una excedencia.

—¿Y cómo podéis vivir con miedo? Porque supongo que, cuando ella está trabajando, tú tampoco estás tranquilo.

—Supongo que un poco más que los demás, pero la vida no deja de ser un riesgo por sí misma. Si solo te paras a pensar en lo malo que te puede pasar, no vives.

—Eso es cierto. Me doy una ducha y vamos a dar una vuelta.

—Genial.

No tardamos en salir de casa y acabamos paseando por uno de los centros comerciales de mi ciudad.

No lo hago como otras veces. Estoy tensa, temerosa... Más porque mi jefe ha mandado algunas cartas a mi casa con mensajero, donde solicitaba hablar conmigo, al ver que no respondía a los correos electrónicos que me ha enviado. Ignoro si es por probar suerte al no encontrarme al teléfono o porque sabe dónde estoy.

Ulises me trajo un móvil el primer día para poder hablar con mi familia. Solo ellos saben mi nuevo número de teléfono.

—Quita ese gesto de la cara. No va a pasar nada —me dice mi guardaespaldas.

—Tengo miedo.

—Es normal, pero para eso estoy yo. Deja que haga mi trabajo. Cuido de ti.

—Nunca he dejado que nadie me cuide o tal vez no he tenido tampoco la oportunidad.

—¿Ni siquiera tus padres?

Sonríó al pensar en ellos.

—Los adoro, y tal vez de bebé sí me mimaron y eso —me río—, pero no recuerdo la última vez que me abrazaron. Son de mostrar su amor de otras maneras.

—Entiendo. Mis padres tampoco son muy cariñosos, y verlos con mi hija, como se la comen a besos y como la abrazan, me hace preguntarme en qué momento dejaron de hacer eso conmigo y por qué. Si a mí me pasará con mi niña y un día dejará de abrazarme y yo a ella... Me aterra un poco que llegue a ser normal echar de menos poder estrecharla contra mi pecho tantas veces como quiera, como hago ahora.

—Tiene que ser bonito tener un hijo y amarlo como sé que tú lo haces.

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida. ¿Tú no has pensado tener hijos?

—Ahora no estoy con nadie, y cuando estuve casada ni se me pasó por la cabeza.

—¿Has estado casada?

—Oh, sí, Romeo fue mi cuñado por unos años. —Me mira impactado—. Lo conocí a él y a su hermano Owen en la universidad, y me enamoré de Owen. Nos casamos haciendo una locura universitaria y, aunque yo quería

darlo todo por nuestro matrimonio, me di cuenta de que Owen se sentía asfixiado. Si no quería perderlo, tenía que dejarlo ir, que viviera su vida, y tal vez un día, al volver a su lado, él ya podría sentar la cabeza.

—¿Y qué pasó?

—Que cuando regresé, poco antes de la fecha acordada, él había descubierto lo que era amar de verdad y no era a mí. Ahora que lo pienso y lo veo con su mujer, me doy cuenta de que nunca fuimos el uno para el otro. Nunca me miró de esa forma y tal vez yo tampoco. No puedo echarle la culpa de que lo nuestro no funcionara.

—A veces las cosas no funcionan porque no es el momento ni el lugar...

—Ni la persona. Vi en los ojos de Owen lo mucho que necesitaba ser amado y, por lo que sabía de su vida, me enternecía. Yo creo que quise amarlo con tanta fuerza para que dejara de sentirse solo.

—Eso no es amor.

—Lo sé. Me ha costado comprenderlo. Lo esperé durante años, lo extrañé, pero cuando lo vi marchar de mi lado no sentí una profunda pena. Todo lo contrario. Me alegré de que al fin hubiera encontrado su lugar.

—¿Y con el jefe tienes alguna relación?

—Ninguna, y creo que no me soporta.

Se ríe.

—Romeo parece no soportar a nadie. Aunque es un gran tipo, lo conozco desde hace muchos años y siempre ha estado ahí cuando lo he necesitado.

—Eso es algo que yo no puedo saber... Ahora dime cómo conociste a tu mujer.

—Eso está hecho.

Me cuenta, mientras paseamos, que la conoció en el trabajo cuando la contrataron para ser parte del equipo de Romeo para la seguridad del *pub* de Owen. Al principio no se soportaban por lo parecidos que eran, pero algo los hacía buscarse siempre que andaban cerca. Terminaron aceptando que había una fuerte atracción entre ellos y que no podían vivir el uno sin el otro.

Al regresar a mi casa me siento más segura de todo.

Me ha sentado muy bien el paseo. Tanto es así que al día siguiente, cuando Ulises propone ir a dar otro, le digo que sí encantada.

Tal vez lo del otro día solo fue una coincidencia y nadie me persigue ni

quiere acabar conmigo.

Pero he hablado demasiado pronto...



# Capítulo 6

## Romeo

Estoy con mi hermano en su casa hablando de negocios, o esa era mi idea, porque nada más aparecer Delia se tiró a mi cuello y no me ha soltado desde entonces.

Está abrazada a mí en el sofá y su pelo cobrizo contrasta con mi camisa verde, resaltando sus preciosos rizos. Me lo da todo en este abrazo que no he pedido pero necesitaba. Yo solo la sujeto porque no sé hacer más que eso, aunque tener a mi sobrina entre mis brazos es una de las mejores experiencias que he vivido nunca. Aunque no tiene mi sangre, ni la de su padre, corriendo por sus venas, no hace que la quiera menos que a su hermano, Lucas, quien descansa ahora mismo en su cunita.

Owen y yo sabemos mejor que nadie que la sangre no te da el amor que necesitas. Lo hacen las personas que están unidas a ti por lazos más fuertes que los de nacimiento.

Solo hay que ver como nuestra madre prefirió separarnos, y seguir viviendo su vida de lujos, a cuidar a los hijos que tuvo con el hermano bastardo de su marido. Si crío a Owen, fue solo porque cuando nuestro tío se enteró de su engaño, y sabiendo que no podía tener hijos, decidió cuidar al que más se le parecía. Trató de educarlo para que fuera igual que él en todo. Owen era tan rubio como él, lo que provocó que fuera el elegido.

Mi padre no se quedaba corto.

Acabó cuidándome solo por el dinero que conseguía de mi tío, por la extorsión a la que lo tenía sujeto para que no contara la verdad y por tener asegurado su puesto de trabajo en la misma casa donde antes sirvió mi abuelo.

No sé quién tuvo más suerte de los dos, la verdad.

A Owen le dieron lujos, pero nunca amor, y a mí, un padre que me trataba como a un soldado desde niño. En el fondo pienso si no sabía hacerlo de otra forma.

Desconociendo la relación que nos unía, Owen y yo nos hicimos amigos.

Éramos inseparables.

Yo fui el primero en saber que era mi mellizo, pero se me prohibió contarle. Me amenazaron con mandarme lejos de la casa y de la vida de Owen si un día se me ocurría decírselo.

Los creí y por eso callé durante tanto tiempo.

Ni Owen ni yo tenemos trato con nuestra familia desde hace años, y lo prefiero así.

No quiero saber nada de ellos.

Ya nos han amargado la existencia suficiente para toda nuestra vida.

Quizás es, por lo que hemos pasado, que cuando veo a mi hermano sonreír a su mujer y mirar a sus hijos con tanto amor me pregunto si alguna vez conoceré lo que es eso.

Aunque lo dudo. De los dos siempre fue el que, aún teniendo miedo a ser amado y perder, enamoró a dos mujeres maravillosas.

Yo soy un caso perdido.

—¿Y te tienes que ir pronto, tío? —me pregunta Delia con inocencia.

—Sabes que sí, solo estoy de paso.

—Para hablar de negocios, pequeña —le explica su padre, acariciando su pelo—. Que es lo que vamos a hacer ahora, por lo que deja a tu tío que respire un poco.

—Vale, pero solo si me prometes que te quedas a cenar.

—Eso sí puedo prometértelo.

Delia sonrío y me da en la mejilla un beso que estremece mi corazón.

Vamos al despacho de Owen y nos ponemos a revisar cuentas y a hablar de la empresa.

En realidad, no he venido por eso.

Sé que Owen lleva las cuentas mejor que nadie. Es un cerebritito con un coeficiente intelectual más alto que la media.

He venido para no estar tan preocupado por Iris.

Ulises me escribe cada poco para mandarme informes, pero es cierto que hace una hora que no recibo uno y me estoy empezando a poner nervioso.

—¿Puedes dejar de mirar el móvil un segundo? —me pide mi hermano.

—No... En realidad tengo que hacer una llamada importante.

Mi hermano asiente y salgo buscando intimidad para llamar a Ulises.

Lo llamo y el móvil me da apagado, por lo que llamo a Iris. Me coge el teléfono al cuarto tono.

—¿Quién?

—Soy Romeo —le digo algo más relajado, aunque he notado su voz rara—. ¿Todo bien?

—¡No! Nada está bien. Estamos en el hospital... Yo no sabía dónde llamar... Ulises...

—¿Estás bien?

—Yo sí. Él... No lo sé.

—Quédate ahí, en una zona muy concurrida y a poder ser cerca de un guarda de seguridad. Ahora mismo te mando a alguien que te proteja.

—Vale.

—Te mandaré su nombre y una foto de él en un mensaje. No te vayas con nadie que no sea él.

—Vale.

Se queda en silencio y sé que no quiere que cuelgue, que está aterrada. Necesita una voz amiga, pero cuelgo tras despedirme porque soy idiota.

—Me tengo que ir —le digo a Owen—. Es por una urgencia.

No le digo que es por Iris y no sé bien por qué.

—Vale, cualquier cosa que necesites aquí nos tienes.

—Lo sé.

Me despido de ellos y prometo a Delia venir la próxima vez y quedarme un fin de semana completo.

Tal vez no lo reconozca ante nadie, pero estoy deseando estar con Iris y ver con mis propios ojos que se encuentra bien. Quizás movido por eso es por lo que preparo una nueva estrategia mientras viajo hacia ella, esta vez usando a uno de mis trabajadores para desplazarme y así poder ir dejándolo todo atado mientras él conduce mi coche.

# Capítulo 7

## Iris

Todo pasa demasiado rápido, tanto que casi no me da tiempo a pensar cuando llega mi nuevo guardaespaldas en mi busca y me indica que lo siga.

Romeo me ha mandado fotos para que sepa identificarlo y me ha escrito para decirme que lo siguiera sin levantar sospechas. Por eso, cuando me ha tendido ropa nueva y una peluca negra no he discutido y me he metido al servicio para ponérmela.

Me lo pongo todo hasta que veo la tripa que simula un embarazo de unos seis meses, a la espera de que la luzca. Nadie me buscará con esta descripción.

Me cuesta ponérmela porque siempre quise ser madre, un deseo que murió el día que acepté que Owen no era para mí y que no tenía las ganas ni la fuerza para volver a enamorarme de nuevo.

Llevaba casi diez años luchando por un amor perdido. Estaba tan cansada que cuando dejé el amor de lado casi hasta me liberé.

Me la pongo y no me miro al espejo. No quiero grabar esta imagen en mi retina.

Salgo y sigo a mi guardaespaldas hacia donde me dice.

Entramos en un coche negro y el chirrido de las ruedas contra el asfalto me recuerda lo vivido hace apenas dos horas.

Ulises me estaba abriendo la puerta para que pudiera entrar al coche cuando escuchamos una moto acercarse. Me protegió con su cuerpo antes de que la moto lo arrollara y cayera al suelo.

Por suerte, la policía estaba cerca y se hizo cargo de todo.

No dejo de ver la sangre en la cabeza de Ulises y su pierna en una posición nada normal.

Llegamos al aeropuerto. Aparca en una zona privada y saca una pequeña maleta.

—Vamos, es por aquí.

—No me has dicho tu nombre...

—No, pero así todo es más fácil. No has dejado de preguntarme por Ulises en todo el camino... Es mejor que no sepas nada de mí.

—No me dolerá menos si te pasa algo por mi culpa.

—No es culpa tuya. Es mía si no te protejo bien —me dice con firmeza. Su pelo es rubio y su piel morena. Es grande y ancho de hombros, igual que Ulises.

—¿Todo listo? —pregunta una voz que conozco muy bien.

Me giro y veo a Romeo vestido de traje, esperándome.

—Sí, jefe. Podemos irnos cuando quieras.

—¿Vamos a volar? —pregunto casi sin voz.

—Sí, en un avión privado que me han prestado —me responde Romeo—. Vamos.

—Me da miedo...

—Lo sé, por eso dentro tienes una pastilla relajante. Vamos —me apremia.

Lo sigo a él y a mi guardaespaldas misterioso al interior del avión. Me fijaría en el lujo si no estuviera temblando o aterrada ante la idea de volar.

—Vamos a despegar en unos minutos —me indica Romeo ya dentro y me tiende su móvil—. Haz una llamada a tus padres y avísalos de que te vas de vacaciones unas semanas. Diles que donde vas no hay casi cobertura.

—¿Dónde vamos?

—Ya lo verás.

—¿Tú vienes? —le pregunto al ver que se sienta junto a la ventana tras quitarse la chaqueta azul marino del traje.

—Claro. Soy tu nuevo guardaespaldas, y ahora disfruta del viaje.

Eso sí que no me lo esperaba y, si he de ser sincera, desde que lo ha dicho me siento más tranquila, más segura... Aunque nunca se lo he dicho, confío plenamente en él, y la frialdad de su mirada nunca ha cambiado lo que me transmite su compañía.

Me siento y me tomo la pastilla que me tiende con un gran trago de agua. Me relaja como hace días que nada ha logrado hacerlo.

Cuando me despierto, veo a Romeo mirando por la ventanilla. Al ser de noche lo que más se aprecia es su reflejo en el cristal. Ahora que no se siente observado, me fijo en que sus ojos azules transmiten mucha tristeza, tanta que me cuesta mucho no levantarme y abrazarlo.

Se percata que estoy despierta al ver mi reflejo y se gira.

Su aura ha cambiado. Ahora es más oscura, como si no hubiera ni un ápice de luz en él.

—Es tarde. Sigue durmiendo —me dice con voz dura.

—¿Llevamos mucho volando?

—Casi seis horas.

—¿Y queda mucho?

—No, llegaremos poco después del amanecer.

—Odio cuando aterriza...

—Esperaba que no te despertaras tan pronto.

—Ya... Un asco. —Miro la sala y veo a mi otro guardaespaldas dormido

—. ¿Has sabido algo de Ulises?

—No, cuando aterricemos sabremos más.

—No puedo dejar de verlo ahí... No soporto saber que es por mi culpa, que si le pasara algo...

Romeo hace un amago de coger mi mano. Me quedo a la espera de que lo haga, pero cambia de opinión... Lo termino haciendo yo y me mira desconcertado.

—No es culpa tuya —me dice sin mirarme, apretando la mandíbula como si le asqueara mi contacto. A pesar de ello dejo unidos nuestros dedos, como si al hacerlo buscara las respuestas de por qué siente eso hacia mí.

—Si no hubiera investigado, nada de esto pasaría...

—Lo has hecho para buscar justicia.

—Yo solo quiero que esto acabe y ver qué puedo rescatar de la vida que tenía... Tantos años trabajando para ser la mejor en mi empresa, para llegar cada vez más y más lejos de la basura. De nada me sirven ya las noches en vela por el trabajo o las horas extras, porque la realidad es que mi vida era tan patética que lo más divertido que había en ella era el trabajo y por eso vivía para él.

—Lo vivido te está haciendo perder los nervios y decir cosas que...

—Que no quieres oír. Está claro. —Suelto nuestras manos y dejo de sentir ese cosquilleo tan reconfortante que me estaba encantando. Su gesto se relaja y me enfurece—. ¿Dónde está el servicio?

—Allí.

—Gracias.

Entro al aseo, que es bastante espacioso, y me miro al espejo. Casi grito por la impresión. Tengo el maquillaje corrido, el pelo negro se me ha pegado a la cara, y, aunque eso es llamativo, es mi tripa de embarazada lo que hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

¿En qué momento dejé de vivir la vida con la que soñaba y empecé a conformarme con la vida que me había tocado vivir?

Lo ignoro.

# Capítulo 8

## Romeo

Observo de reojo a Iris regresar del baño ya sin la peluca y sin la tripa de embarazada. Cuando la vi así vestida sentí un escalofrío. La he imaginado muchas veces embarazada... de los hijos de mi hermano. Sabiendo que no sabría cómo sobrevivir a eso. Ver a la única mujer que he querido llevando en su vientre una parte de mí a la que sabía que iba a adorar, pero de la que no iba a ser partícipe.

Y ahora, cuando coge mi mano buscando consuelo, solo puedo tensarme porque para mí es como acariciar el cielo y temo que si respiro la pueda alejar de mí. Aun así, la alejo de todos modos por lo bruto que soy.

Se sienta a mi lado y recuerdo cómo se abrió a mí hasta que mi bocaza metió la pata y la cagué, y sé que estoy a punto de cagarla todavía más cuando le cuente mi plan.

—Vamos a vivir en una pequeña isla que tiene muy pocos habitantes. Solo existe una única entrada en ella y allí estará Alair. —Señalo a mi empleado.

—Ahora ya sé cómo se llama. No quería decirme su nombre.

—No le gusta intimar con los clientes a menos que se lo pida, pero vas a tener que hablar con él y mejor que lo llames por su nombre. La gente pensará que somos ricos y es nuestro empleado, que cuida de que tengamos todo lo que deseamos y nos informa de cómo está todo.

—Perfecto. ¿Eso es todo?

—No, para no levantar sospechas diremos que estamos casados —lo digo bajito y ella se ríe.

—¿De verdad esperas que la gente se crea que estamos casados?

La miro dolido por sus palabras, pensando que ya sé, mejor que nadie, que ella no se fijaría en mí, que no se enamoraría de alguien al que le cuesta tanto expresar su amor. Pero, a pesar de que lo tengo asumido, que se haya reído me molesta.



—No eres mi tipo, pero es lo que hay —le suelto hiriente.

—No me reía por eso, borde —me dice seria—. Me reía porque no sabes nada de mí. Nadie se creería que estamos casados.

—Llevamos desde la universidad casados. Nos casamos hace tanto tiempo que ya se han acabado las chorradas románticas y los «te quiero» rara vez se dicen.

—¿Así es como esperas que sea tu matrimonio cuando pasen diez años?

—Es la realidad. La gente deja para luego las caricias que se mueren por dar, y después ya es tarde porque cuesta acortar las distancias de tantas excusas que hay por medio para no hacerlas cuando te morías por ellas.

—No creo que sea así para todos.

—Para nosotros, sí. Somos un matrimonio frío y punto. Así será creíble.

—Pero será un matrimonio... Si llevamos tanto tiempo, debes saber algo de mí...

—Se lo justo de ti.

—Lo dudo. Siempre has pasado de mí. Las veces que te veía siempre te interesaba cualquier otra cosa más que yo. Nunca me mirabas —me dice retadora.

Me giro y la miro a los ojos. Siempre la miré, pero nunca dejé que lo supiera.

—Te gusta el café con leche, odias la carne muy hecha, no soportas ver a los niños sufriendo, te enternecen las personas mayores y, por eso, cuando una te habla, la escuchas con una sonrisa hasta el final porque sabes que esa persona tal vez solo necesita por unos instantes sentir que alguien la escucha. No soportas la lluvia y los truenos te alteran. Eres más de dulce que de salado, pero siempre depende de las horas. Para despertarte, dulce; para dormirte, salado; y tras la siesta, chocolate. ¿Sigo?

Abre y cierra los ojos.

—No. Sabes mucho de mí.

—Lo sé porque soy observador. Es mi trabajo observar a la gente y Owen también me contaba esas cosas. —Es cierto, y me molestaba que él pudiera saber tantos pequeños detalles que la hacían diferente y yo no. Lo peor es que con cada uno de ellos la queríamos los dos un poco más—. Así que deja de preocuparte por lo que no sé de ti y escucha lo que te cuento de mí.

—Siempre he deseado que me cuentes cosas de ti —dice apartando la mirada—. Ya no quiero saberlo. Con lo que tú sabes de mí es suficiente.

—Mejor, soy muy simple.

—¿Sí? No me digas... Lo que más te gusta es alejar a la gente de tu lado hasta estar solo y, por si alguna vez te lo preguntas, si estás solo es porque quieres. Yo siempre estaba ahí, esperando una señal de que me veías.

—Tú estabas ahí con mi hermano...

—¿Y qué más da? Quería ser tu amiga, pero preferías estudiarme como si fuera una puñetera cobaya de laboratorio que acercarte a mí. No siempre estuve ahí con Owen. Antes de que fuera la novia de tu hermano traté de... de nada. Da igual.

Se calla y lo dejo pasar, seguramente tratara de ser mi amiga y me hubiera encantado, pero ya no se puede volver atrás.

La miro a los ojos y compruebo que está dolida. Lo entiendo. Le ha molestado que le dijera todo eso, como si fuera un trabajo para mí, y no que supiera todas esas cosas porque de ella siempre me he fijado en los pequeños detalles.

—Siento que tengas que estar aquí conmigo. Que te tengas que hacer pasar por mi marido...

—No me tienes que pedir perdón, es mi trabajo. Voy a cobrar por ello.

—Sí. Solo soy trabajo para ti, porque está claro que si alguna vez esperaba que fueras mi amigo, ahora soy consciente de que eso no pasará nunca.

Se levanta y se va al servicio otra vez.

—Va a salir fatal —me dice Alair—. Puedo hacer yo de su marido y tú vigilar.

—Tú cíñete a tu papel y déjame el mío a mí. —Se lo digo muy serio y él asiente, dejando las bromas lejos de esta conversación.

Sé que he sonado muy duro, pero es porque la idea de imaginar a Iris con otro me mata. Sé que eso pasará tarde o temprano. Un día encontrará a alguien que no solo sepa amar cada parte de su alma, sino que tenga el valor para expresar y hacerle sentir cuánto la quiere.

# Capítulo 9

## Iris

Salimos del avión y montamos en un coche deportivo que nos conduce hasta una embarcación que nos lleva a una isla. Al llegar me pregunto si es aquí donde viviremos, aunque me extraña, porque Romeo dijo que vivía poca gente y esta isla está muy concurrida de residentes y turistas.

Como ya imaginaba, terminamos montando en otra barca más pequeña que nos lleva a otra isla. Bajamos por un precioso embarcadero de madera y andamos hacia donde un hombre de unos cincuenta años nos espera.

—Los estábamos esperando —dice tras darle la mano a Romeo. A mí solo me saluda con una sonrisa—. Está todo listo para que paséis unas adorables vacaciones lejos de todo. Seguidme.

Lo seguimos y me fijo en que hay unos cinco edificios pequeños hechos con madera y rodeados de vegetación. Parece un paraíso. El lugar me encanta y nunca he estado en uno así.

—Este será vuestro hogar.

Nos señala una preciosa cabaña cerca del mar que me enamora. Si no estuviera aquí porque mi vida corre peligro, y con Romeo, que parece querer recordarme con cada mirada lo mucho que le molesta tenerme cerca, lo disfrutaría al máximo.

Entramos.

Romeo y Alair hablan en voz baja antes de que este último se marche a donde se instalará para vigilar la entrada de la isla, una pequeña cabaña que sí tiene teléfono y comunicación con el exterior.

—Hay comida en la cocina y, si quieres descansar, puedes usar tu cama, que será la de matrimonio. Yo dormiré en el sofá.

—Me voy a dormir. No tengo hambre.

Asiente y, tras coger la maleta que me han hecho, nos despedimos hasta nuestro próximo encuentro. Abro la bolsa de viaje una vez que estoy sola en el cuarto y veo ropa de playa y algún que otro vestido más elegante. Todo nuevo

y con las etiquetas. Cojo un pijama, que por suerte no es de encaje ni de esos sexis que no me gustan nada.

Me doy una larga ducha y, cuando tengo la piel roja por el agua caliente, me meto en la cama deseando dormirme hasta que esta pesadilla acabe.

Al final, el hambre me hace despertarme cerca de las doce de la noche e ir a la cocina a por comida. Al hacerlo, tengo que pasar por donde espero que esté dormido Romeo.

No lo está, para mi mortificación.

Está despierto leyendo un libro.

Levanta la cabeza y nuestras miradas se cruzan.

—¿Hambre?

—Sí, pero tú sigue leyendo.

—Te acompaño. —Deja el libro y se levanta para venir hacia mí.

—¿Temes que alguien me espere en la cocina para cortarme el cuello? — bromeo, pero al decirlo me recorre un escalofrío.

—No, es porque tengo hambre. Estás segura aquí. Relájate.

Asiento al tiempo que los dos intentamos ser los primeros en entrar en la cocina; como la puerta es bastante pequeña, nuestros cuerpos se tocan.

Aspiro por la electricidad que mana de mi cuerpo como si buscara la conexión del suyo desesperadamente para recargarse. La piel se me eriza y, cuando aspiro para tomar aire, su perfume me embriaga. Siempre fue así. Me encanta como huele.

Entro, cortando el contacto, y miro en la nevera para ver qué hay para comer.

Romeo hace lo mismo con los armarios, y al final entre los dos preparamos una tardía cena fría.

—¿No has cenado? —le pregunto ya sentados en la pequeña terraza que tenemos con vistas al mar.

—No, no me entraba nada.

—¿Por qué? —lo interrogo, y me siento tonta—. Olvídalo. No recordaba que no somos amigos...

—Estaba preocupado por Ulises —reconoce, y eso me sorprende y me

aterra a la vez.

—¿Alguna noticia nueva? —Al llegar nos dijeron que estaba fuera de peligro y por eso me relajé.

—Quiere venir para ayudar.

—¿Y eso te preocupa?

—Debe recuperarse.

Que se preocupe por su trabajador me hace ver un lado suyo al que no me tiene acostumbrada.

—¿Tú qué harías en su lugar?

—Acabar con mi trabajo.

—¿Le van a dar el alta?

—El golpe en la cabeza no fue tan grave como parecía al principio. Lo peor se lo ha llevado la pierna, que la tiene rota, pero dice que puede vigilar y que Alair se quede en la otra isla vigilando y nos vaya informando.

—Dile que no. Oblígalo...

—No puedo, porque yo soy como ellos. Vivo para el trabajo.

—No eres como él. Él tiene una hija que ama a su padre...

—Y yo no tengo a nadie al que le importe mi muerte. Gracias por recordármelo.

—¿Por qué lo entiendes todo mal? ¡Claro que tienes gente que te quiere! Delia, Owen... Si te lo he dicho es solo porque su hija es pequeña y no entiende que su padre se juegue la vida. Es joven para aceptar que algunas personas solo están completas cuando hacen lo que más les gusta. Eso me lo hizo ver Ulises.

—No estuvo tanto tiempo contigo para que lo conozcas tanto.

—Se abrió a mí. El tiempo que conoces a alguien no te hace conocerlo más. Solo si esa persona ha dejado que seas parte de su mundo, la conocerás. Deberías probarlo... Ser menos serio. Con alguien, ya sé que conmigo no.

—¿De verdad te gustaría saber más de mí? —me pregunta con una medio sonrisa—. Lo dudo. La mierda que arrastro es solo mía. Ahora come. Se te va a enfriar la cena.

—La cena está fría.

Sonríe y su preciosa sonrisa alivia un poco la tensión que manteníamos desde hacía horas.

Lo miro mientras como, preguntándome si ese es el problema, que Romeo no sabe cómo abrir su corazón sin hacer que la otra persona se vea arrastrado por toda la oscuridad que hay en él, y por eso se aleja de todos.

Sé que no debería, que esto no es un viaje de placer, pero me muero por saber más de él. Tal vez sea por esa medio sonrisa, o por lo que sentí cuando lo tuve cerca, que aún me tiene frío el cerebro. Sea como sea, aquí, lejos de todo, solo pienso en descubrir qué esconde esa fría mirada azul y por qué hay tanta oscuridad a su alrededor.

# Capítulo 10

## Romeo

Me levanto temprano y, tras correr un poco por la isla, me doy una ducha para después informarme de todo. En la isla no hay internet, pero sí un teléfono en la casa que está usando Alair.

Les hemos dicho a los residentes de la isla que es nuestro guardaespaldas. Piensan que soy un importante empresario que necesita estar informado de todo, además de conocer la seguridad que hay; que hemos elegido esta isla para pasar un tiempo lejos de todo porque las cosas en mi matrimonio no van bien. Esto se lo habrá contado Alair al hombre que ayer nos enseñó toda la finca, en plan camaradas, para que así sea muy convincente.

Alair me informa de que Ulises se ha cogido el alta voluntaria en cuanto ha podido y que viaja hacia aquí.

—Empiezo a pensar que solo contrato cabezotas.

Se ríe.

—Como tú, y por eso somos tan buenos.

—Qué ilusión la mía.

—No, tú no te ilusionas con nada —me pica.

Nos conocemos desde hace muchos años. Antes me ayudaba en el *pub* de mi hermano Owen. Tras perder el *pub*, mi hermano y yo nos aliamos para fundar mi empresa de guardas de seguridad. Él lleva la contabilidad y yo el resto. Aunque siempre nos lo contamos todo, o casi todo, lo de Iris no se lo he dicho.

Después de que me informe de todo, regreso a la cabaña. Antes de entrar me fijo en que Iris está tomando el sol con un bañador azul marino que le queda perfecto, o no... me digo cuando veo que parte de sus generosos pechos quedan al descubierto.

Llego hasta ella sintiendo mucho calor.

—Deberías darte un baño.

—No me apetece. —Se quita las gafas de sol y me mira con sus

aguamarinas sonrientes.

—Si estás aquí fingiendo ser mi esposo, deberías estar a mi lado.

—Los he dejado creer que estamos en crisis...

—¿Y que estamos aquí para ver si lo arreglamos?

Asiento.

—¿Cómo lo has supuesto?

—Porque venir a una isla paradisiaca con tu mujer de tantos años en crisis solo se haría si queremos que la magia vuelva a nuestra relación.

—Es posible.

—Por lo que vete, ponte el bañador y finge que te importo lo suficiente para estar a mi lado. —Se baja las gafas y sigue tomando el sol.

No me queda más remedio que ir a ponerme el bañador para volver a su lado.

Cuando regreso está a punto de meterse en el agua y tratando de que la escasa tela del bikini se agrande.

—Me queda un poco pequeño —me dice sonrojada.

—Iremos luego a la otra isla y, si quieres, puedes comprarte lo que te haga falta.

—Mejor. No me gusta ir con tan poca ropa. Soy muy blanca y me quemo con facilidad. Normalmente llevo bañador. Eso no lo sabías.

—Nunca fuimos a la playa o la piscina juntos.

—Claro, y por eso no me pudiste estudiar.

No digo nada. Ya quedé suficientemente estúpido ayer.

Me mojo los pies. El agua está muy buena. Hace muchos años que no me baño o que no tengo un descanso. Incluso cuando decía estar de vacaciones en realidad estaba trabajando y viendo formas de mejorar en mi área.

—¡Qué gusto! —dice Iris notando como la arena desaparece bajo sus pies con cada ola. No hay muchas, pero sí las suficientes como para acariciar nuestra piel.

Me adentro en el mar y, tras pensarlo un poco, me lanzo de una vez y me sumerjo en estas aguas tan azules y cristalinas.

Al salir, Iris está cerca.

—Hacía años que no me bañaba en el mar —me dice con la vista perdida en la inmensidad—. Lo siento. Olvidaba que no somos amigos.



—No me importa escucharte un poco.

—Creo que es lo más amable que me has dicho en mucho tiempo.

—No se me da bien hablar con la gente —reconozco.

—¿De verdad? No lo había notado —bromea—. Entonces no tiene que ver conmigo...

—¿Contigo?

—Porque hice algo que no entendiste, como dejar a tu hermano y que cada uno viviera su vida...

—Hiciste lo que tenías que hacer —reconozco—. Owen se casó contigo porque lo querías y te quería...

—Pero no me amaba. Lo sé.

—Él se vio seducido por lo que nunca tuvo en casa.

—Ya, pero en realidad nunca me miró a mí de verdad. Ahora lo sé. Creo que siempre me vio como la persona de la que debía enamorarse, no de la que estaba enamorado.

—Sí, es posible. —Me tira agua a la cara—. ¿Y ahora qué he hecho?

—¡Tener muy poco tacto!

—Es que es la verdad.

—Gracias. Voy a nadar un poco.

—Sí, yo también.

Se aleja y la veo dar varias brazadas algo rápidas. He intentado hablar con ella para que no me mirara como si la estuviera matando con mis palabras. He hecho lo que podía. Pero, maldita sea, qué difícil es hablar de temas triviales que nada tienen que ver con el trabajo.

# Capítulo 11

## Iris

Estoy a punto de salir cuando siento un calambre en el pie que me duele horrores. A veces me pasa, pero no en el agua. Pongo mala cara y trato de nadar lo mejor que puedo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada que no puedo arreglar sola...

—¿Y es?

—Me ha dado un calambre. —No he terminado de hablar y ya me ha cogido en brazos como si no pesara nada.

Instintivamente, alzo los brazos y los enredo en su cuello para no caerme. Acabo pegada a su pecho y notando cada curva de su musculatura. Siento mucho calor y la electricidad que hay entre los dos se multiplica hasta casi hacerse insoportable. Noto mi piel erizarse y, sí, también mis pezones al contacto con su piel desnuda. Siento vergüenza y, tal vez por miedo a que vea demasiado, acabo hablando casi sin pensar.

—Hace frío... —Dejando claro que solo eso explica mis durezas.

—Ahora te das una ducha caliente.

Asiento, aunque la verdad es que ahora lo que necesito es una bien fría.

Podría decir que mi deseo descontrolado se debe en parte a que hace demasiados años que no estoy con un hombre... Podría, pero soy sincera y sé que no es porque no haya estado en la cama con alguien hace poco, es porque Romeo siempre me ha atraído sexualmente.

Tras darnos un tiempo Owen y yo, sabía que podía estar con quien quisiera, que él lo haría. El problema es que no me sentía cómoda y, aunque intenté salir con otras personas, no pude llegar más lejos de una cita sin besos ni arrumacos.

Al final me centré más en el trabajo.

Al dejarlo con Owen y firmar los papeles del divorcio, me sentí cansada y tonta por haber esperado tantos años para un desenlace como ese. Tenía que

haber sido más valiente y, en vez de darle un tiempo, haberle dicho de dejarlo desde el principio. Pero tenía la tonta esperanza de que con el pasar del tiempo, al verme, se enamorara perdidamente y ya fuera el momento de que quisiera sentar la cabeza.

¡Qué tonta fui!

Si alguien no te quiere, no te va a querer después por mucho que lo intentes.

A veces sí ocurren esas cosas, que una persona que es invisible para ti de repente te das cuenta de que lo es todo, pero no siempre... Lo di todo a un *posible* para luego paralizar mi mundo en un matrimonio acabado.

Perdí mis años de juventud porque mi sentido del deber me hacía no poder estar con otra persona.

Romeo no me suelta hasta llegar al baño de nuestra cabaña.

—Puedes soltarme —le digo ya en este minúsculo lugar.

No quiero que lo haga, me encanta estar entre sus brazos. Su piel emana un calor del que no quiero separarme ahora mismo. Si me alejo, es porque sé que esto que siento no está bien, porque a Romeo nunca le he importado. Ni sexualmente ni de otra forma.

Romeo me suelta más lento de lo que esperaba. Al hacerlo sus dedos me acarician la piel y pienso que lo hace sin querer; aun así, siento como la piel vibra bajo ese leve contacto.

—Si me necesitas, estaré cerca.

Asiento y se aleja, dejándome tremendamente desconcertada por lo que me hace sentir su cercanía.

# Romeo

Me cuesta mucho centrarme y no pensar en el cuerpo medio desnudo de Iris apretándose contra el mío y en sus pezones erizados... por el frío, como ella ha dejado claro.

Es lo mismo. Esa imagen no la olvidaré en mi vida.

Para enfriarme pienso que es la exmujer de mi hermano, y eso hace que todo el calor y el deseo que siento se esfumen de un plumazo.

«Justo a tiempo», pienso cuando veo en la puerta a Alair.

—¿Ocurre algo?

—No, pero Ulises... —se calla y sonrío— está a punto de llegar.

Siento que me oculta algo, pero no tengo ganas de investigar. Solo deseo salir de aquí.

Me pongo una camiseta blanca y sigo a Alair, hasta que escucho la puerta del baño abrirse e Iris sale con un albornoz.

—¿Me ha parecido oír algo de Ulises?

—Está a punto de llegar a la isla —la informo.

—Genial, voy con vosotros a verlo. Me cambio enseguida.

Sale corriendo y no tarda en regresar con un vestido playero y el pelo mojado sobre los hombros. Me encanta lo natural que es y que no le dé tanta importancia a su imagen física. Siempre ha sido así.

Salimos hacia el pequeño embarcadero y observo un barco acercarse. No puedo ver quién está dentro hasta que están cerca, y cuando al fin lo veo miro a Alair con cara de pocos amigos.

—¿No crees que se te ha olvidado decirme algo?

—Ah, cierto, se me ha olvidado decirte que Ulises venía con Amber y Am, su mujer y su hija —aclara mirando a Iris, que no las conoce.

—Podría despedirte por eso.

—Ha merecido la pena por ver tu cara perdonavidas. Alégrate, hombre, es tu guardaespaldas privado; como está convaleciente, lo has invitado a esta isla con su mujer e hija. Y de paso, yo vigilaré en la otra isla y te informaré de todo mientras se cura, porque Ulises es tan cabezón que no quería estar de baja. Era la única forma de que descansara.

—Es que todo eso es verdad.

—Sí, lo mejor para que algunas cosas salgan bien es contar la verdad.

Iris corre hacia Ulises en cuanto baja de la barca y lo abraza preocupada.

—Estoy bien. De verdad —dice al ver los ojos llenos de lágrimas de Iris—. Ellas son mi mujer y mi hija.

—Encantada de conocerte al fin, Iris —la saluda la mujer de Ulises, abrazándola—. Hola, jefe —dice al verme.

—No pienso pagaros a los tres.

—Primero —me indica desafiante—, estoy de excedencia, y segundo, la niña no cobra, por lo que alegra esa cara. Solo vamos a aprovecharnos de tu hospitalidad. —Me hace una mueca antes de irse a ayudar a su marido.

—¿No le habías dicho nada? —pregunta Ulises a Alair con una sonrisa. Este niega con la cabeza.

—Quería ver su cara.

—Ahora vas a ver tu culo en la calle —le digo, serio.

—No eres tan duro como aparentas, jefe, ya te conocemos. Somos tu familia —me pica Ulises.

Y en cierta forma es así. Nos conocemos desde hace años.

Me sometí a un duro entrenamiento para ser el mejor en mi trabajo cuando Owen quería abrir el *pub*, y ahí estaban Ulises y Alair. Cuando les ofrecí trabajo en el *pub* de Owen como mis ayudantes en la seguridad de este, aceptaron sin dudarlo. Es mucho el tiempo que nos une y, aunque me cuesta, ellos siempre han sido capaces de sacarme a tomar una copa o a hacer algo fuera del trabajo.

—Me marchó a darme una ducha. Luego nos vemos —aviso a todos, y regreso a mi cabaña para tener algo de tiempo para mí.

Que hayan traído a la niña me hace pensar que de verdad creen que este lugar es muy seguro... Algo se me escapa. Conozco a Ulises lo suficiente para saber que nunca expondría a su hija. Aunque este lugar es muy seguro, no dejamos de tener que proteger a Iris de una amenaza real. Tengo que hablar con él a solas y que me cuente lo que se me escapa.

# Capítulo 12

## Iris

La pequeña Am me tiene enamorada. Es preciosa y supercariñosa. Me encanta como cuida a su padre y como está pendiente de todo pese a lo pequeña que es.

Su madre, Amber, me cae enseguida genial y me gusta tenerla aquí. Ya sabía por Ulises que trabajaba en la empresa de Romeo y que se había cogido una excedencia para cuidar a su hija tanto tiempo como pudiera antes de tener que regresar al trabajo. Se nota por su forma física que, aunque no está trabajando, su cuerpo sí está listo para el esfuerzo físico. Tiene el doble de espalda que yo y, aun así, es muy femenina. Es preciosa, con ese pelo rubio como el de su pequeña, aunque los ojos de Am son como los de su padre.

—¿De verdad estás bien? —pregunto a Ulises cuando nos quedamos solos en el salón de la que será su cabaña.

—Sí, no es la primera vez que me rompo algo, y como te sientas culpable te dejo de hablar.

—No puedo evitar sentirlo.

—Pues a aprender a delegar en los demás.

—No recuerdo la última vez que lo hice —confieso.

—¿En tu trabajo no confiabas en nadie?

—No mucho. Siempre lo revisaba todo para que no hubiera errores. Mi padre me ha enseñado siempre a no dar nada por sentado.

—Y aun así se te ha pasado algo gordo, ¿no?

—Porque era de cuando yo no estaba en la empresa. Nunca me dio por mirar los cimientos que la sostenían, y ya no puedo decirte más.

—Lo sé, pero ahora relájate. No hubiera traído a mi hija aquí si este lugar no fuera seguro. Hasta el juicio no pienses en nada que no sea en ti.

Lo pienso y tiene razón.

Los dejo instalándose y me marcho tras dar un abrazo a la pequeña.

Como su cabaña está enfrente del embarcadero, veo al salir a Alair y a

Romeo despidiéndose. Alair se va a ir a la otra isla para tenerlos informados de todo. En la cabaña de Ulises hay teléfono y así se comunicarán.

Es raro estar aquí sin internet y sin que las nuevas tecnologías irrumpían en este paraíso. No soy muy dada a ellas. Tengo redes sociales, pero para ver a mis famosos preferidos de vez en cuando.

Siempre pienso lo agotador que es tener que estar cada segundo pensando qué hacer para no perder seguidores o para conseguir más. Tiene que ser agotador vivir expuesto a la gente; aunque cientos te quieran, otros te odian y te lo expresarán abiertamente, como si a ti, por ser un personaje público, te doliera menos.

Recuerdo mi vida sin esto y creo que todo era más fácil.

Antes no tenías que aparentar ser nada que no fueras, porque a los que te rodeaban les daba igual la gran mayoría de las veces y no tenías que plasmar una vida perfecta en internet.

—¿Vas a comer?

—Sí, voy a cocinar algo —respondo a Romeo—. ¿También para ti?

—No, me marcho con Alair a dar una vuelta por la isla.

Pienso en lo que me dijo de que podría ir con ellos, pero como ahora me excluye...

—Pensé que yo también iría.

—Y yo que Ulises vendría solo. Así es la vida.

—No lo pagues conmigo —le digo retadora—. Has dicho que yo iría y voy. Espero que hagas bien tu trabajo y me protejas. Ahora vengo. Voy a por mi bolso.

—No vas a por nada. No puedes pagar con tarjeta. Vamos, yo llevo dinero en efectivo.

Se ha cambiado y ahora lleva unos vaqueros y una camiseta blanca que parece haber sido diseñada para él. También lleva gafas de sol tipo aviador y no puedo verle sus ojos azules.

Montamos en el barco que nos espera y vamos en dirección a la isla desde la que vinimos y que, aunque no es muy grande, sí tiene muchas más tiendas y zonas turísticas.

Llegamos y, nada más bajar, Romeo se me pone al lado, con su mano en mi cintura.

Me tenso por lo que me produce su contacto.

—Supuestamente soy tu marido —me dice al oído para justificarse.

—Ya lo sé. No me molestas.

—Bien, porque no pienso soltarte.

Ni yo quiero que lo haga... Tarde me doy cuenta de lo que estoy pensando y desecho esos pensamientos de mi mente.

Esto no está bien.

Andamos por las calles, donde algunos turistas, como nosotros, se mezclan con los residentes locales. Cada vez que alguien se nos acerca, Romeo me aproxima más a él. Me encanta cuando lo hace y nuestros cuerpos se saludan en una dulce caricia que sabe a tan poco.

Llegamos a una tienda de ropa y me adentro en ella con Romeo al lado.

—¿Te vas a meter conmigo al probador?

—Si hace falta, sí. Tranquila. Para mí solo es mi trabajo.

—Gracias por aclarar que no te pongo nada aunque me veas en pelotas.

Hablamos entre susurros que más bien parecen dardos afilados.

Me ha molestado que tuviera que aclarar eso.

Compruebo qué me puede hacer falta de ropa y observo un par de bañadores de los que suelo llevar, pero no los cojo. Acabo con un bikini un poco más de mi talla, impulsada por las palabras de Romeo.

Tal vez no sea espectacular, pero a mí me encanta como soy y por una vez paso de taparme aunque me salgan pecas.

Me pruebo un par de vestidos y dudo con ellos puestos.

—¿Por qué tardas tanto? —me pregunta Romeo tras la cortina.

—No sé si merece la pena gastar el dinero en ellos. —Abre la cortina y me mira de arriba abajo—. Podría estar desnuda.

—Podrías... No es nada del otro mundo —indica de manera brusca, y por su forma de decirlo no sé si lo dice por mí o por el vestido.

Tiro de la cortina y la cierro del todo antes de quitármelo.

—¿No te los llevas? —se interesa Romeo cuando ve que los dejo en su sitio.

—No.

Salgo de la tienda y voy hacia donde está Alair.

—¿No te podrías haber hecho pasar tú por mi marido? —le digo enfada



por la frialdad de Romeo.

—Ya me hubiera gustado...

—Tienes novia —indica Romeo a mi espalda.

—Nos hemos dado un tiempo. ¿Cambiamos los papeles?

—Esto no es un juego. Si te lo tomas como tal, ya te puedes ir a tu casa —le responde Romeo haciendo de jefe.

—No la tomes con él, es por tu culpa. No pareces mi marido. Solo porque me pongas la mano en la cintura no te hace parecer uno. Aunque una pareja esté pasando por un mal momento, si lo quiere arreglar, es porque algo los une. Entre nosotros solo existe frialdad... Te comportas como si no soportaras estar cerca de mí. ¡Y ha sido así siempre! Este plan se va a la mierda y no es por tus empleados, que demasiado tienen con soportarte como jefe.

Tras decir eso me marchó esperando que me siga. Al final solo lo hace Alair y casi lo agradezco, porque ni yo misma me reconozco tras lo sucedido.

# Capítulo 13

## Iris

Mi bronca con Romeo me hace recordar tiempos pasados y que todo lo que le echado en cara no hace referencia solo al tiempo que estamos compartiendo, sino que le he dicho lo que he sentido siempre.

Tras conocerlo, lo vi en la universidad y fui tras él. Me puse delante de él y le di las gracias por haberme presentado a Owen, que me ayudó con todo. En realidad, no nos había presentado ni nada, pero quería hablar de lo que fuera con él.

Le pregunté lo primero que se me pasó por la cabeza al ver que solo asentía.

—¿Sabes dónde está la biblioteca?

—¿Vienes a la universidad y no sabes seguir las indicaciones de unos carteles? —señaló muy borde.

Claro que sabía dónde estaba la biblioteca, pero solo quería pasar tiempo con él o que me dijera que me acompañaba. Me sentí tremendamente tonta, así que solo asentí y me marché sin más de su lado.

Lo vi otra vez corriendo y me esforcé por llegar junto a él. Lo saludé con la mejor de mis sonrisas, y ni me respondió antes de adelantarme para perderme de vista.

Lo encontré más veces y siempre lo saludaba... Él solo me miraba serio.

Hasta que coincidí con Owen y empezamos a quedar. Con Owen era muy fácil hablar. Tengo que reconocer que al principio lo usé un poco para acercarme a Romeo...

Una de las veces estábamos cenando y le pedí que me pasara el ketchup.

—¿Acaso no tienes manos o no te puedes levantar? —me soltó con brusquedad, y creo que fue la gota que colmó el vaso.

Me levanté para cogerlo y empecé a pasar de él, a ignorar ese deseo que siempre sentía de estar a su lado.

Sin quererlo, Owen acabó por enamorarme con su personalidad, su

atractivo y su forma de ser.

Nunca entendí por qué conmigo era así. Tal vez ahora he explotado y le he soltado todo lo que llevaba años enquistado en mi corazón.

—Romeo es un gran tipo —me dice Alair, trayéndome al presente—. El problema es que incluso él mismo no se da cuenta.

—He sido un poco borde, pero él siempre lo es conmigo y nunca se ha dejado conocer.

—No has sido borde. Has dicho lo que piensas.

—Pero sientes que me he pasado.

—No, es lo que él está buscándose por actuar así. Si no lo conoces de tiempo como yo, no sabes leer entre líneas. Para empezar, nunca se ha tomado un trabajo como algo personal, ni ha sido el guardaespaldas de nadie que no fuera su hermano. Prefiere delegar todo en nosotros. Si ha hecho esto contigo es porque creo que le importas.

—¿Sabes que era la mujer de su hermano? —Asiente—. Me lo dijo Ulises.

—Es eso lo único que le une a mí. Lo conozco desde hace años y siempre me ha tratado de manera distante.

—Es así con todos. Creo que no sabe ser de otra forma. Dale una oportunidad, sabe lo que hace.

—Solo es un trabajo.

—Lo sé, pero si compartís una historia, mejor que todo esto no la destruya.

—No se puede destruir lo que nunca ha existido. Es así de triste, pero nunca ha querido ser parte de mi vida.

—Lo siento. ¿Comemos algo? Dudo que venga ahora.

Asiento y lo sigo. Me fijo en que no para de ojearlo todo y que no me deja sola ni un instante.

Me cuesta comer porque, pese a todo, me siento algo mal por lo que le he dicho a Romeo. Tal vez lo esté prejuzgando o no lo esté viendo como es en realidad.

Yo que sé...

Romeo tampoco regresa con nosotros y, tras hacer unas compras, volvemos a la isla. Nada más llegar voy a buscar a Amber y su pequeña. Las

encuentro junto a la playa, jugando con un cubo pequeño para llenarlo de arena.

Me siento junto a la pequeña y no tarda en llenarme de arena.

—Vamos a hacer una cena en casa, ¿te apuntas?

—Vale. Dejo esto en mi casa y vengo por si te tengo que ayudar.

—Perfecto. Y tú y yo —se dirige a su hija, dándole besitos en la frente—, nos vamos a la ducha a quitarnos esta arena.

La pequeña se ríe y me dice adiós con la mano conforme me alejo.

Llego a la casa y, tras darme una ducha, guardo lo que me he comprado. Me quedo un rato esperando a que regrese Romeo, pero, como no lo hace, decido irme a ayudar a Amber para la cena.

La ayudo a preparar las cosas mientras escucho las risas de Am en el salón de la casa. Me creo que está con su padre hasta que voy hacia allí con algunas cosas de la cena y la veo jugando con Romeo.

No se da cuenta de mi presencia y veo una parte de él que desconocía. Tal vez la que mencionaba Alair...

Sus ojos azules, por lo general fríos y sin sentimientos, brillan al mirar a la niña. Ella le sonríe y lo abraza de forma espontánea. Romeo no sabe qué hacer y compruebo que está perdido ante el detalle de la niña. No la aparta, pero tampoco la abraza. Es como si no supiera hacerlo.

Es como si por primera vez viera al verdadero Romeo, y eso hace que me sienta fatal por lo estúpida que he sido al exigirle tanto cuando en verdad no tenía que hacerlo. Aunque le caiga mal, tampoco puedo exigirle lo contrario; su trabajo sí lo está haciendo bien y eso es para lo que estamos aquí. Que yo sintiera por él algo especial desde que lo vi la primera vez no me da la razón en todo esto.

Como ha resaltado Alair, esto solo es un trabajo y Romeo se ha tomado la molestia de hacerlo personal. Que yo hubiera esperado más cercanía no significa que no esté dándolo todo por hacerlo bien.

Lo conozco desde hace años, pero en realidad no lo conozco de nada.

No me puedo quedar aquí. Necesito estar sola.

## Romeo

—¿Dónde está Iris? —pregunto cuando veo que está servida la cena y

todos estamos en el salón menos ella.

—No se encontraba bien y se ha ido a vuestra cabaña —me informa Amber.

—¿Y no has pensado que debería saberlo?

—Esta isla es segura —me indica—. Nos has dejado claro que Iris puede hacer lo que quiera aquí. Ahora deja de gruñir y siéntate a cenar.

Tienen razón y no puedo irme tras Iris. Tampoco sé qué decirle. No dejo de dar vueltas a sus palabras y no sé qué contestarle sin contarle la verdad.

Aunque soy un torpe a la hora de expresarme, la quiero.

Eso es algo que no tengo intención de revelar a nadie nunca.

# Capítulo 14

## Romeo

Llego a la cabaña y encuentro a Iris bebiendo a morro de una botella de vino. No sé qué decir, pero esta vez no huyo. Me siento a su lado. Me tiende la botella y bebo a morro de ella yo también.

—Lo siento —me dice afectada.

—No lo sientas, soy un capullo.

—No creo que lo seas, creo que eres así, pero... no te hace ser malo.

—Lo que tú digas —le respondo borde, hasta que me doy cuenta—. Lo hago lo mejor que sé.

—Lo sé. Y creo que en parte también estaba pagando contigo todo lo que sentí al perder a tu hermano.

La miro curioso.

—Hace poco que sabes que somos hermanos.

—Ya, pero... lo sé ahora. Al verte... No sé. Creo que me he comportado como una capulla exigiéndote más...

—Creo que has bebido demasiado.

—¿Por qué?

—Nunca te he escuchado decir palabrotas.

—No he bebido tanto, es que nunca bebo y esto se me sube más rápido.

—Tal vez por eso es mejor que lo dejes por hoy.

—No. —Da un trago largo—. Desde que te conocí siempre he querido saber de ti, pero... siempre me respondías como si mi presencia te diera asco.

La miro pensando en lo que dice. No era consciente de que ella pensaba eso.

—No me dabas asco.

—Lo parecía. Me respondías siempre borde, cortante o te ibas sin más como si te quemara.

Recuerdo las veces que nos vimos y lo tonto que me sentía por no saber qué decirle o cómo conversar sin más con ella. Al final, enfadado conmigo

mismo, me alejaba porque me sentía tonto.

—Tú nunca me has caído mal, pero... yo daba igual. Estabas con Owen.

—Antes de Owen traté de ser tu amiga y me alejaste. ¿Qué esperabas que pensara?

—No lo sé.

—Pensé que por muy guapo que fueras en realidad tal vez eras solo eso —me confiesa, y la miro incrédulo porque pensara que era guapo.

—La belleza exterior se marchita.

—Ya lo sé. Por eso no le doy tanta importancia como al interior. Y tú nunca me dejaste saber cómo eras por dentro.

—Soy muy oscuro.

—Eso solo lo sabes tú...

Tomo aire y doy un trago a la copa.

—No se me da bien... hablar...

—Se te da bien ser sincero y borde.

—¿Ves? No se me da nada bien tener tacto. Pero te confieso algo, no es solo contigo. Es con todo el mundo.

—Me dejas más relajada. Empiezo a pensar que de verdad siempre estabas ahí, ¿no? —Me mira con sus intensos ojos aguamarina—. Yo era la única de los dos que no te sabía ver. Lo siento —me dice una vez más antes de apoyarse en mi hombro y buscar mi mano para entrelazar sus dedos con los míos.

—No lo sientas. No pasa nada.

—Sí pasa. No se puede esperar que todas las personas sean iguales ni que hagan lo que tú harías en tu situación. Cada persona es un mundo y, si no entiendes eso, nunca apreciarás lo bonito que es descubrir todos los paraísos que se esconden en ellos.

Acaricia mi mano.

Miro nuestras manos entrelazadas y por primera vez no me muestro impasible, cierro mis dedos en torno a los suyos y participo de este contacto. Tal vez porque espero que lo olvide o porque odio que la mujer que más he querido en mi vida piense que no soporto estar a su lado.

—Pensaba que te caía mal —me confiesa—. ¿Te caigo mal? —Alza la cabeza.

—¿No acabas de decir en pasado que lo pensabas?

—Ya, pero lo mismo estoy confundida...

—Es por el vino.

—Puede ser. Responde a mi pregunta.

—Nunca me has caído mal —respondo.

—Me alegro. Yo siempre he pensado en ti —me suelta, y luego me mira a los ojos.

Va muy borracha y eso que la botella está casi llena.

—Es mejor que te vayas a la cama.

—¿Y si te beso? —me tantea, y sé que ha llegado el momento de irnos.

La Iris sobria nunca pensaría en besarme.

Yo trato de levantarme y ella de besarme, y al final nuestros labios se encuentran un segundo antes de separarse, de que yo recupere la cordura por los dos.

La cojo en brazos y la llevo hasta su cama con la insatisfacción de haber querido algo más que un roce de su boca.

La dejo sobre la cama y la tapo.

—Descansa, Iris. Mañana hablaremos más tranquilos.

Se queda dormida enseguida, lo sé porque me quedo mirándola un rato.

Todo este viaje es una locura. Vale que ella esté aquí a salvo, pero yo no. No estoy a salvo de ella o de cagarla y hacer alguna estupidez por lo que siento. Por esta atracción que hay entre los dos que hace que cada vez que la tengo cerca me quede sin aire por lo mucho que deseo acercarla a mí y recuperar la respiración entre sus brazos.

Recordar que es la exmujer de Owen me enfría, pero si a ella le da por perseguirme, no sé qué haría...

Llevo toda la vida deseándola.

Es temprano y he salido a dar una carrera.

Veo a Ulises en el balcón de su casa y me acerco.

Es la primera vez que estamos solos desde que regresó. Me siento a su lado y acepto el café que me ofrece de la cafetera que tiene en la mesa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto sin irme por las ramas—. Y antes de



que me digas que lo haces por Iris, mejor te lo piensas y me dices la verdad. A mí no me engañas.

# Capítulo 15

## Iris

Me doy un baño largo en el mar antes de volver a mi toalla. Cuando me desperté me dolía la cabeza por el vino ingerido y el orgullo por haberme tirado a los brazos de Romeo para besarlo.

Ojalá no recordara nada, pero lo hago y eso me mortifica.

Pese a todo, no quisiera olvidar la noche pasada, ya que sentí a Romeo más abierto y me gustó poder colarme en su interior un poco.

Me dejo caer sobre la toalla, muy cansada.

—Te vas a poner roja como un tomate —dice Romeo sacándome de mi sueño.

Lo hace poco antes de gruñir y ponerme crema en la espalda. Siento sus manos sobre mi piel. Aunque ya de por sí está caliente, es sentir su contacto y aumentar varios grados mi temperatura.

Todo esto no tiene sentido...

Empieza poniéndome la crema desganado y acaba dándome un sorprendente masaje que hasta parece un mar de caricias.

Me quedo impresionada por su cuidado, por la suavidad de sus manos y la forma en la que me trata.

Me conmueve.

Se aparta.

—Muchas gracias. —Me giro y parece desconcertado, arrodillado ante mí—. Siento lo de anoche o todo lo de ayer. No quiero que cambies como eres por mí ni por nadie.

Suspira y se sienta a mi lado en la toalla.

—A mí sí me gustaría cambiar un poco —reconoce—. Tener la facilidad de mi hermano para hacer amigos.

—Owen oculta en su simpatía cómo se siente en sus silencios. Os parecéis mucho ahora que sé que sois mellizos.

Si he de ser sincera, aunque Owen me enamoró, Romeo siempre me

pareció mucho más guapo. Esto no se lo pienso decir, pero ya no soy la mujer de nadie, ahora puedo ser sincera conmigo misma y he aprendido con todo esto que no se puede vivir engañada.

—Sí, en algo nos pareceremos. Tal vez en los ojos azules o el pelo negro —ironiza, ya que Owen tiene los ojos ambarinos y el pelo rubio.

—Si hasta tienes chispa y todo.

Sonríe y esa sonrisa suaviza sus rasgos.

Nos quedamos un rato en silencio mirando el mar.

—Conmigo puedes ser tú mismo —le digo—. Siempre he tenido muchas ganas de saber de ti —reconozco—. Pero pensaba que no te caía bien, y empiezo a ver que en realidad lo que pasaba era que no sabías cómo hablar conmigo.

—Soy así de torpe —dice con una medio sonrisa.

—Yo también soy muy torpe a la hora de hacer amigos. No me sobran —admito—. Tras lo de Owen me encerré en el trabajo, como si así no le fallara a nadie. Fui muy tonta —confieso—. Tenía que haberlo dejado ir, haber aceptado que ese era el final de lo nuestro. He perdido muchos años aferrada a la esperanza de que cuando me viera todo fuera diferente, como si con los años yo fuera otra persona o él... Lo nuestro se acabó con la misma rapidez que empezó.

—Seguramente sí, aunque yo sí creía que él, cuando te viera de nuevo, no te dejaría escapar.

—Eso me hace sentir un poco menos tonta.

—No eres tonta. Luchaste por él como sentías que podías.

—Ya. Bueno... Pero ahora no hablemos de eso...

—Ahora vamos a hablar de que nos vamos a comer o te acabarás quemando.

—Sí, puede ser.

Recojo mis cosas y andamos hacia la cabaña.

—Esta tarde si quieres podemos ir a la otra isla. Prometo fingir mejor...

—No quiero que lo hagas. Solo quiero que seas tú mismo a mi lado.

Asiente y me siento feliz por todo lo malo que pasó ayer. Creo que, de alguna forma, hizo que nos acercáramos más el uno al otro.

Al final, tras la ducha, tengo tanto sueño que cojo algo de comer y me meto en la cama.

Me despierto con unos toques de Romeo en la puerta.

—Tenemos que irnos —dice cuando le respondo.

—Vale, ya voy.

—Te he dejado algo en el armario por si te lo quieres poner o... no. Haz lo que quieras.

Su indecisión me hace sonreír.

—No tardo.

Me levanto de la cama y busco en el armario, curiosa, a ver qué puede ser. No veo ninguna bolsa ni nada. Miro la ropa colgada y veo entre ella los vestidos que ayer deseché. El que me estaba probando cuando él se mostró tan frío.

Su detalle me gusta y acabo por ponérmelo. No solo por eso, sino porque si a mí me gustó, no debería esperar que a otras personas les guste como me queda para sentirme más bonita.

Salgo y veo a Romeo con un vaquero y una camisa blanca arremangada que no hace más que realzar su figura. Se me seca la boca solo de ver sus morenos antebrazos y cómo se le ciñe la camisa a la amplia espalda. Ya sé lo que hay debajo de ella, un cuerpo fibroso y marcado por el esfuerzo físico que me encandila.

—¿Nos vamos?

Asiento.

No dice nada de mi vestido, ni he notado un gesto de que le guste, pero ahora ya sé que todo lo que piensa se lo guarda muy dentro de él.

Andamos hacia el embarcadero y, poco antes de llegar, Amber corre hacia nosotros al vernos.

Romeo se agacha para recibirla y noto como sus ojos azules se dulcifican.

Le da un torpe abrazo antes de que la niña le dé en la mejilla un beso que lo desconcierta. La pequeña corre hacia mí y la abrazo con fuerza antes de darle besitos en la frente como sé que le gusta.

—Tened cuidado —dice Amber. Ulises está sentado cerca en una hamaca y asiente ante las palabras de su mujer—. Y pasadlo bien. Por cierto, vas

preciosa, Iris.

—Gracias —le digo.

Sigo a Romeo hacia la pequeña barca y, tras despedirnos de todos, nos vamos.

A ver qué nos depara esta noche.

Espero que acabe mejor que la última vez que estuvimos allí.

# Capítulo 16

## Romeo

Iris está preciosa con ese vestido, y más porque no deja de sonreír. Está más calmada que cuando llegamos, al ver que pasan los días y no corre tanto peligro como en la ciudad.

Es fácil dejar todo de lado en este paraíso que parece tan lejano del mundo real en el que vivimos.

Llegamos y dudo en si poner mi mano en su cintura.

Alair nos espera sonriente e Iris va hacia él. Eso evita que tome una decisión ahora.

—Espero que esta vez salga mejor todo esto —dice Alair, y me mira como diciendo «no la cagues».

—Tú límitate a hacer tu trabajo —le espeto con brusquedad, y él solo me sonríe.

Iris se acerca a mí y resuelve sola mis dudas de qué hacer ahora, ya que pasa su mano por mi brazo y la deja ahí como si ese de verdad fuera su lugar.

Estoy preparado para la acción, para estar días sin comer, el trabajo duro y para las misiones más arriesgadas... Estoy preparado para todo menos para recibir gestos de cariño. Algo que no debería costarme aceptar, ya que son solo gestos, pero me hacen sentir muy raro, paralizado. No sabiendo muy bien cómo lidiar con lo que siento y deseo, con esta fuerza que emana de su contacto y con estas ganas de que lo que siento no desaparezca nunca.

No sé cómo atrapar lo invisible y retenerlo para siempre entre mis dedos.

Caminamos por las concurridas calles e Iris mira collares, pulseras y todo lo que hay en ellas expuesto. Veo como disfruta, aunque no compra nada. Al final solo adquiere un juguete de madera para la pequeña Am.

Vamos por la calle principal, que está llena de gente.

Pongo mi mano en su cintura y la atraigo hacia mí, y es inevitable que cuanto más gente hay, más pegados vamos.

Lo tengo todo controlado hasta que se gira y me sonríe.

Me quedo tonto, sin saber cómo reaccionar. Es la primera vez que me dirige una mirada así, una sonrisa tan pura para mí.

Aparto los ojos, porque soy incapaz de seguir mirándola y no hacer o decir alguna tontería que estropee este bello momento que se quedará para siempre guardado en mi memoria.

—¿Dónde vamos a cenar?

—A un sitio donde hagan carne muy hecha.

—Odias el sushi —afirma—. Lo sabía.

—Te mentí... No me gusta reconocer cuánto sé de una persona con solo fijarme en sus detalles.

—Vale... Podemos ir a un sitio de carne a la brasa o algo así.

—Yo conozco uno ideal —indica Alair—. Seguidme.

Lo seguimos por las abarrotadas calles, hasta llegar a un restaurante que está todo abierto y tiene pequeñas hogueras donde asan comida con vistas al mar. Noto en la mirada de Iris lo mucho que le gusta, ya que lo observa todo ilusionada. Y luego ella se pregunta cómo alguien que no encuentra otro placer más que el de observarla puede conocerla. Es un libro abierto, el mejor que hasta la fecha he tenido la suerte de leer.

—La carta —nos dice Alair—. Yo me voy a otra mesa a vigilar. —Nos guiña un ojo y se marcha.

—No me importa que se siente con nosotros —dice Iris.

—Tiene que hacer su papel.

Asiente.

—Te dejo que elijas, por haberte comido el sushi la otra noche.

Lo pienso y al final acepto. Pido un poco de lo que me gusta a mí y también lo que sé que le puede gustar. No tardan en traérnoslo.

—Menuda rapidez —dice mirando la comida y mordiéndose el labio sin darse cuenta—. Tengo mucha hambre y esto huele de maravilla.

—Pues adelante. Puedes empezar cuando quieras.

Me mira un segundo antes de empezar a cenar.

La sigo, disfrutando de la comida y de la compañía a pesar del silencio. Por una vez no siento que la esté cagando a cada segundo.

Alza la mirada y sus ojos aguamarina se encuentran con los míos.

—¿Puedo preguntarte algo? —Asiento. Sé que lo hará de todas formas—.

¿Cómo te hiciste amigo de Owen? Por lo que sé, tú estabas con los empleados y él en la casa principal. ¿Fue sin daros cuenta o pasó algo que os unió?

—¿Nunca te lo ha contado?

—No. Solo me dijo que siempre habías estado ahí.

Pienso en qué contarle o si quiero hablar de ello.

—No es una historia del otro mundo —digo cogiendo una pieza de carne y poniéndola en mi plato.

Iris pone su mano sobre la mía antes de que la corte.

—No quiero una historia perfecta... Solo quiero tus palabras. Lo que tú quieras decirme, como quieras decirlo.

—¿Qué esperas que te cuente? ¿Que nuestra unión de mellizos nos hizo ser amigos?

—No seas borde —me regaña—. Empieza a hablar y punto. Te estoy escuchando. Estoy aquí contigo.

La miro a los ojos y me pierdo en ellos, y simplemente hablo:

—A mí me gustaba coger prestados libros de la biblioteca de los dueños de la casa. Me colaba por la noche en ella cuando todos dormían. Nadie nunca me había pillado, ni mi padre sabía que lo hacía. Estaba muy orgulloso de mi sigilo, hasta que una noche, mientras hojeaba uno de los libros, Owen se puso detrás de mí y me dijo que ese libro no era muy bueno. —Sonrío al recordarlo—. Me asusté y traté de excusarme, pero Owen me dijo que no pasaba nada, que ya sabía que me colaba por las noches a coger libros porque él también bajaba a por alguno y me veía salir o entrar. Me dijo cuáles eran mejores y quedamos a la siguiente noche para comentar el que estábamos leyendo.

—¿Qué años teníais? —pregunta, cortando mi relato.

—Creo que siete años o así. Aprendí a leer muy pronto. Mi padre no quería a su lado a un niño analfabeto.

—¿Tu padre era idiota?

Sonrío.

—Lo sigue siendo, por eso hace tiempo que no quiero saber de él.

—Haces bien, y ahora sigue.

—No hay mucho más. Empezamos a compartir libros y luego a jugar al balón cada vez que nos veíamos. A Owen no le gustaba mucho, pero a mí sí, y por eso me seguía. Vieron que nos hacíamos amigos y nadie dijo nada. La



verdad es que lo encontré raro... Hasta que un día mi madre se acercó a mí... —Me quedo un momento en silencio—. Era la primera vez que me hablaba la dueña de la casa, la que hasta ese momento ignoraba que era mi madre. Mi padre me había dicho que mi madre me dejó con él porque no soportó mi fea cara al nacer. —Sonrío.

—Tu padre no es solo idiota, es que no tiene corazón.

—Sí, seguramente de tener uno sea negro como el carbón. El caso es que mi madre encontró divertido contarme la verdad y decirme quién era ella. Lo hizo hasta que me prometió que, como contara algo, me mandaría lejos y nunca volvería a tener a mi hermano cerca. Según ella, si me lo contaba, era porque mi vida no valía tanto como la de Owen y que, si llegado el caso alguien le hacía daño, yo debía protegerlo. Me contrató para cuidar a mi hermano y me apuntó a su colegio.

—¿Y cómo te sentiste?

—Supongo que bien por saber que tenía un hermano que quería.

—¿Y la verdad?

—La odié —suelto con toda la frialdad que siento—. Los odié a todos y me centré en ser el mejor guardaespaldas de mi hermano. No pensaba dejar que ninguno lo contaminara.

—Eras solo un niño...

—Yo nunca fui un niño como el resto, Iris. Siempre fui un peón más en el juego que iniciaron nuestros padres y, llegado mi momento, me tocó proteger a los peces gordos. Yo era reemplazable. Owen no.

Noto como mi respiración se agita. Quiero alejar toda esa oscuridad, todo el resentimiento que hay en mí y que con el paso de los años se convirtió en oscuridad para poder vivir... Para poder sobrevivir.

Iris acaricia mi mano.

—No te lo he contado para darte lástima. Esta es mi puta vida, no un cuento para conseguir que te abras de piernas y me mires con amor, así que guárdate tu mirada de pena. No quiero nada de eso.

Iris me da una bofetada y, tras coger algo de la mesa, se va hacia donde está Alair. La dejo ir porque sé que me he pasado, porque sé que lo he hecho aposta para alejarla.

Siento las heridas a flor de piel y los sentimientos tan expuestos que

tengo miedo, y por un momento me siento ese niño perdido que, cuando supo quién era su madre, también aceptó que nunca sabría lo que era de verdad tener una. Un niño que, aunque me joda decirlo, soñaba con un puñetero abrazo y una mirada de cariño desde que nació.

No soy más que un blando... Nada más que un niño que sigue esperando dejar de sentirse solo.

# Capítulo 17

## Iris

No me fui a dormir a la cabaña. Me volví con Alair para irme directa a la cabaña de Amber y Ulises. No me enfadé por sus duras palabras. Fue la frialdad con la que me miró, haciéndome temblar. Quería darme miedo, quería que me alejara de él, que huyera de como es de verdad... Quería que lo dejara solo, que no estuviera cerca de él ahora que estaba hecho pedacitos. Era un niño perdido... Me he alejado porque sé que necesita tiempo para armar su caparazón, para que la siguiente vez que le pregunte algo pueda dar otro paso más hacia su corazón.

Me levanto y veo a la pequeña Am bailando con la tele. Me acerco a ella y bailo a su lado. Se ríe antes de abrazarme las piernas y pedir que la coja en brazos.

—Buenos días, dormilona —me dice Amber.

—Solo son las nueve de la mañana.

—Yo llevo despierta horas. Se despierta tanto por la noche que llega un momento que ni contar ovejas me hacen volver a dormirme. Ten, he hecho café.

Cojo la taza y me siento en su pequeño salón a tomármela.

—Está muy bueno, gracias.

—De nada, y ahora dime por qué no estás en tu cama. Puedes hablar conmigo.

—Lo sé, y no estoy porque Romeo necesitaba espacio.

—Romeo siempre necesita espacio.

—No lo creo. Creo que piensa que debe dar espacio a la gente, pero él necesita a la gente... Es complicado.

—No lo es. Romeo es un gran tipo. Me dio trabajo cuando todos me decían que no me contrataban por ser mujer. Él solo quiso ver mi valía sin importarle mi sexo. Me trató siempre como al resto y ahí me demostró lo gran hombre que es por no juzgar nunca a la gente por lo que aparentan, sino por lo que son.

—Romeo es especial.

—Sí, y cuando me quedé embarazada quiso ayudarme para que pudiera quedarme en casa y cuidar a Am sin que tuviéramos problemas de dinero. No lo acepté y subió el sueldo a sus trabajadores más antiguos, Alair y Ulises. Sé que fue en parte para ayudarnos como podía.

—Piensa en todo. Pero me extraña, por lo que conozco a Ulises, que aceptara sin más esa jugada.

—No la aceptó, y entonces fue Owen a explicarle que, por un error en las cuentas, hacía años que debían haber cobrado más, y los hermanos se salieron con la suya porque no les dejaron más excusas que poner a Ulises y Alair.

Sonríó al pensar en Owen.

Desayunamos y, tras ponernos los bañadores, nos vamos a la playa a jugar con la pequeña, que está disfrutando mucho de su estancia aquí. Su madre dice que hasta duerme mejor por las noches y puede salir de su cama, sin que se despierte, para pasar tiempo con su marido a solas.

Eso me da una idea y les propongo que me dejen a la pequeña una noche para que puedan tener una cita romántica en su cabaña solos.

Amber acepta y me dice que ya me avisará del día.

Regreso a mi cabaña tras recoger mis cosas.

No veo a Romeo al entrar.

Voy al servicio que compartimos, pensando que estará fuera de la casa, pero no. Cuando abro la puerta me encuentro a Romeo de espaldas, desnudo, apoyado en el lavabo.

Me quedo quieta, sabiendo que debería irme pero atraída como un imán por el magnífico cuerpo que tengo ante mí.

Es impresionante. Tiene el trasero más perfecto que he visto en mi vida.

Mi respiración se agita, mi deseo se acrecienta y el calor del cuarto se hace más intenso.

Tengo que marcharme ahora que no se ha dado cuenta de mi presencia... o eso creo, pues cuando hago amago de irme sus ojos azules se cruzan con los míos en el espejo. Abro la boca para hablar, pero me callo al fijarme en una cicatriz en el costado que reconozco por las películas.

—¿Te han disparado? —me preocupo acercándome a él, tocando su morena piel.

—¿No crees que deberías irte?

—No me has respondido.

—Estoy en pelotas...

—Ya, ¿y?

—Vale que te ponga una mierda, pero no dejo de estar desnudo.

—¿De verdad piensas que no me atraes nada? —le digo desafiante, y se calla—. No quieres saber la verdad, Romeo. Creo que de saberla me volverías a lanzar palabras hirientes para alejarme de ti.

—Sobre eso...

—Ahora hablamos, y también de paso me respondes a lo que te acabo de preguntar.

Salgo del baño obligándome, ya que me ha costado mucho separar mis dedos de su suave piel. Quería más. Deseaba más. Con él siempre es así... Y ya me resistí una vez, dudo que pueda huir ahora también de lo que siento a su lado.

Romeo sale de la ducha vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca sencilla. Se sienta frente a mí en el salón y me mira perdido.

—Sobre lo de anoche... —Se calla y yo hago lo mismo porque tiene que aprender a encontrar las palabras necesarias—. Lo siento. Me sentí muy vulnerable y te quería lejos.

—Lo sé. Y no me voy con un tío a la cama por pena. De hecho, solo me he acostado con una persona y fue porque me importaba.

Asiente.

—Dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Atacaste porque te sentías débil —le rebato.

—Muy débil. No me gusta recordarme de niño.

—¿Por qué?

—Porque me hace pensar en todo lo que deseaba y nunca tuve —admite.

—Gracias por compartir esto conmigo. —No dice nada. Saco de mi bolsillo lo que cogí ayer de la mesa y lo dejo cerca de él. Es una pajarita de papel que hizo sin darse cuenta mientras me contaba el relato.

—¿Y eso? ¿De dónde ha salido? —pregunta cogiéndola con sus grandes

manos.

—La hiciste mientras me contabas tu historia.

—No me di cuenta... —La arruga—. Es una chorrada.

—¿Sabes hacer origami?

—Sí, y muy bien. Me voy a dar una vuelta por la isla.

—No me has respondido a lo del disparo.

—Sí, me han disparado haciendo mi trabajo de guardaespaldas. Nada grave. ¿Contenta?

Asiento.

—Sigo queriendo saber más. —Siento que hay algo más y me está alejando—. Quiero que me hables... Sé que se esconde algo tras las figuras de origami. Te lo he notado.

—Eres un poco pesada.

—Y tú un poco borde, ¿y qué? Sigo aquí a tu lado. Si me lo cuentas —le digo antes de que se vaya—, te contaré un secreto mío muy grande.

Me mira un segundo antes de marcharse de la cabaña sin decirme nada. Debería dejarlo en paz, no atosigarlo, pero no puedo. Quiero saber más y más de Romeo. Descubrir cada rincón escondido. Siempre lo he deseado, y ahora que tengo la oportunidad de hacerlo no pienso desistir. Tenga que pagar el precio que sea.

# Capítulo 18

## Romeo

Me marcho a la isla principal para ver cómo va mi empresa y porque necesito tener la mente ocupada.

Alair anda cerca y sé que se muere por decirme lo que piensa. Tal vez no se atreve porque valora su trabajo o porque me conoce y sabe que necesito más tiempo.

—Eres un capullo —me dice al fin cuando dejo de machacar las teclas del ordenador.

—¿Algo más?

—Que no sabes tratar a las mujeres, eres un bruto. Pones en peligro a Iris si en plena cena le sueltas eso y ella sale corriendo a saber dónde. Yo estaba cerca, pero no deberías delegar tu trabajo en mí. Tú eres su guardaespaldas principal y, anoche, a saber qué le dijiste para que te abofeteara y saliera corriendo. Tu tapadera hace aguas y su seguridad debería ser lo más importante. No te reconozco, jefe.

—Tienes razón.

—¿Ves? Te han hecho un puto lavado de cerebro... ¿Quién eres tú y qué han hecho con mi jefe? Él nunca me daría la razón sin protestar o gruñir antes.

—¡Vete a la mierda!

—Ya vuelves a ser tú. —Se sienta a mi lado—. Iris es especial, ¿no?

—¿Lo dices por lo mal que la trato y como la expongo al peligro?

—Lo digo por como la miras, aunque pienses que nadie se da cuenta. Te conozco ya desde hace muchos años y sé que sientes algo por ella.

—No quiero hablar de eso.

—Pero puedes hacerlo. Somos más que empleado y jefe, somos amigos. Aunque tú prefieras vivir siempre solo.

No digo nada y Alair se va.

No quiero vivir siempre solo, pero cuesta más cagarla cuando no hay nadie cerca.

Tras pasarme todo el día trabajando y hablando con Owen para ver cómo va todo, regreso a la isla.

Llego a la cabaña cansado y, al entrar, compruebo que Iris se ha quedado dormida en el sofá viendo la tele.

Me siento frente a ella y la observo sin más. Pienso en las palabras de Alair, en que los tengo ahí pero no cuento con ellos... Me encantaría ser de otra forma. Estoy cansado de como soy.

Tal vez por eso, y porque veo la pajarita recompuesta al lado del mando de la tele, cuando Iris se despierta y me mira no puedo evitar hablar:

—Cuando era pequeño, encontré un libro de origami entre la basura de papel a la vuelta del colegio. No pude dejarlo ahí. Me lo llevé a mi cuarto y, a escondidas, empecé a practicar. Yo no tenía juguetes... Gracias a ese libro de repente tenía un montón de animales de papel con los que jugar.

—¿Y qué más? —Se incorpora.

—¿Acaso el cuento del niño triste sin juguetes no te ha conmovido lo suficiente?

—Veo en tus ojos que hay más, Romeo.

—Estoy perdiendo las facultades de ocultar las cosas contigo, por lo que parece.

—Eso parece. —Sonríe.

Me levanto y miro por la ventana.

—A veces escribía cómo me sentía en un papel y luego lo transformaba en otra cosa antes de extraviarlo de camino al colegio. Pensaba que era para que mi padre no supiera lo que sentía, pero siempre he sabido que en el fondo era para que, si alguien lo encontraba, lo leyera y lo que sentía no fuera solo mío.

—¿Y cuánto tiempo fue así?

—Hasta la adolescencia. Luego me cansé de escribir y de hacer figuritas de papel. Hace tiempo que no hacía una.

—Tal vez la hiciste porque me estabas contando cómo te sentías. Tus recuerdos ahora no son solo tuyos. También son un poco míos... Y me encanta.

—¿Porque me he convertido en una puñetera cobaya a la que examinar y extirparle todos los secretos?

—No seas bruto. Me gusta porque siempre he deseado saber de ti.

Nos miramos a los ojos. Quiero cortar el contacto visual, pues me siento



perdido ante ella y eso me hace sentir indefenso.

Alza su mano y acaricia mi mejilla, cubierta de una barba incipiente.

Noto que mi respiración se agita y abro la boca, seguramente, para estropear este momento, por eso callo y espero.

—Te dije que, si me confesabas tu secreto, te diría otro mío —me dice con la voz suave—. Mi secreto es que desde que te vi me muero por besarte.

La miro atónito, sin creerme demasiado lo que me dice. Algo en lo que no puedo pensar mucho, ya que Iris se alza y me besa.

Pienso en que es la exmujer de Owen...

Pienso en...

Solo puedo pensar, ahora que la tengo entre mis brazos, en que ella es la mujer que amo; lo demás ahora mismo carece de importancia.

# Capítulo 19

## Romeo

Su sabor me enloquece y el tacto de sus labios, jugando con los míos, me embriaga de una forma tan intensa que ahora mismo dudo que nada me haga poder separarme de ella.

Una parte de mí no se cree que esto sea real. Me siento tan borracho por lo que siento ahora mismo que es como si este momento fuera sacado de uno de mis sueños donde Iris era solo mía.

Se alza un poco para llegar mejor a mi boca y eso hace que el beso se intensifique todavía más.

Metó mis manos entre su pelo y cojo su cabeza entre mis manos, con los dedos enredados por sus suaves hebras.

Me siento morir de placer.

Cuando su lengua busca la mía, pierdo el control y solo puedo pensar en que nada ni nadie interrumpa este instante que sé que se quedará para siempre a buen recaudo en mi mente.

La cojo en volandas para apoyarla en la pequeña mesa del salón.

Sus piernas se abren y me hacen un hueco entre ellas antes de enredarse en mi espalda. Noto el calor de su sexo traspasar mi ropa y eso no hace más que incrementar mi deseo.

Me separo un instante de su boca para perderme en su perfume, que en la zona de su cuello es más intenso. Huele a vainilla... A ella...

Dejo pequeños besos por su cuello hasta llegar a sus orejas y juego con ellas, descubriendo que justo ahí tiene un punto erógeno que la hace gemir.

Me separo para mirarla.

Sus ojos aguamarina están más vidriosos que nunca, hoy se parecen mucho a estas aguas paradisiacas en las que estamos perdidos.

Tiene las mejillas sonrojadas, los labios rojos por mis besos y una sonrisa bailando en ellos.

La quiero y, aunque no tiene sentido, es justo por lo mucho que siento que

me aparto de su lado.

—Romeo... —dice cuando ve que me marcho de la cabaña.

Me llama hasta que me pierdo en la oscuridad de la isla.

No debería haberla besado.

Ahora mismo siento las emociones tan expuestas por ese beso que me siento tan perdido como cuando era niño y buscaba una explicación a que mi vida fuera una mierda, a que mi padre pareciera más un sargento que mi progenitor... A que mi madre ni me mirara porque para ella solo era un error que había sabido ocultar a tiempo.

Odio esta sensación de querer simplemente no estar solo.

## Iris

Espero a Romeo hasta altas horas de la noche para hablar.

Cuando entra y me ve, pone mala cara. Algo que ya esperaba.

—Tenemos que hablar.

—No tengo nada de qué hablar. Solo ha sido un beso.

—¿Y por qué te has ido si solo ha sido eso?

—Porque me ha dado la gana —me responde borde.

Su mirada es afilada, como si quisiera congelarme en el acto, pero conmigo no funciona.

—Si quieres puedes escribirme lo que sientes, como cuando eras un niño.

Se ríe de manera mordaz.

—No soy un puto crío. ¿Acaso no lo has notado cuando me tenías entre tus piernas?

—Te estás pasando, Romeo —digo poniéndome a su altura—. Solo quiero saber lo que piensas.

—¿Quieres saber lo que pienso? Bien, te lo diré. Pienso que solo te lías conmigo porque te recuerdo a Owen, y como no puedes tener a mi hermano te conformas conmigo para así poder tener algo parecido a él. Solo soy su sustituto. También creo que tal vez me usas para darle celos o para que yo le cuente lo maravillosa que eres en la cama y así sienta celos... A saber... Lo que sé es que nunca me acostaré contigo, porque para mí siempre serás la ex de mi hermano, y las ex no se tocan.

—¿Has acabado ya, pedazo de burro sin filtro? —Se queda callado—.

Para empezar, no me lío contigo porque me recuerdes a Owen, aunque te dije que te parecías a él... Mentía. No te pareces en nada. Sois la noche y el día. Segundo, no me conformaría más con nada en mi vida. Ya lo hice una vez y ahora lo quiero todo o nada. Si me he liado contigo, ha sido porque quería y porque, aunque no te lo creas, desde que te conocí siento un fuerte deseo por ti. Uno que apagaste hace años cuando pasabas de mí y me ignorabas. Te lo puedes creer o no. Es problema tuyo. Pero yo, cuando beso, sé a quién beso, y te estaba besando a ti. Otra cosa es que no entiendas que dos personas adultas pueden tener sexo o acostarse sin complicaciones o líos. Para que lo sepas, soy mucho más que la ex de alguien. Soy Iris, y espero que me trates como tal.

Me mira y abre la boca para hablar.

No dice nada.

Al adentrarme en sus iris azules, veo lo perdido que se encuentra ahora mismo y el dolor que siente por no saber cómo expresarse o porque, sin querer, acabe por herir a la gente para no sentirse tan expuesto.

Me acerco a él y cojo una de sus manos. Tras acariciarla, la pongo en mi cintura y hago lo mismo con la otra. Lo abrazo y apoyo mi cabeza sobre su pecho.

Su corazón late como loco y noto como tiembla.

Tan grande, tan cálido y tan perdido.

—Esto solo es un abrazo.

—Que digas que esto es solo es un abrazo significa que, de los dos, la que menos sabe expresar la realidad eres tú —me dice, sorprendiéndome.

Alzo la mirada y me pierdo en sus ojos. Abro la boca para hablar, para decirle que no es solo eso, porque desde hace mucho tiempo no me sentía tan reconfortada.

—Tengo sueño —dice cortando el momento y alejándose.

—Gracias.

—¿Por ser un imbécil? De nada —bromea.

—No, porque sin decir mucho me has confesado que no te soy tan indiferente.

—Yo no he dicho eso... —Sonrío, y tarde se da cuenta de que antes lo dijo con lo del abrazo—. No me lo tomes en cuenta.

Se encierra en el aseo. Me quedo sola, pensando en todo lo vivido y con

la necesidad de dar un paso tras otro hacia él, hasta que llegue el momento en que entre los dos no haya nada que oscurezca su alma, sino solo luz y color.

Estoy lista para llenar de pinceladas de color su vida.

# Capítulo 20

## Iris

Me despierto tras un sueño agitado, una pesadilla que me ha recordado que mi vida corre peligro. Es fácil olvidarlo aquí, donde parece que estás en una burbuja lejos de la realidad.

Me levanto y busco el *pendrive*. Sigue escondido. Lo sujeto con mis dedos recordando lo que encontré, lo que se destapará cuando vaya al juicio... Tal vez de aquí al juicio lo hayan destruido todo y esta sea la única prueba.

Tal vez sea la única que sepa la verdad...

Lo vuelvo a guardar en el cajón bajo la ropa y decido no pensarlo. Ya no puedo hacer nada. Pienso llegar hasta el final y que se haga justicia.

Me giro para hacer la cama y es entonces cuando veo sobre la mesita de noche tres pajaritas de papel esperándome.

Voy hacia ellas como una niña corriendo hacia un juguete nuevo y las acaricio.

Cada una tiene un número.

Desenvuelvo la primera, deseando leer el contenido, temerosa de que tampoco así Romeo se abra conmigo y me diga alguna barbaridad:

*Perdóname, cuando pienso en todo lo que te digo para alejarte de mí... Siento vergüenza de como soy.*

Sonrío y abro la segunda:

*A veces no sé si es que no me sé expresar o en realidad callo porque me da miedo lo que quiero decir.*

Tercera:

*Me marcho unos días, regresaré pronto. Y sí, estoy huyendo. Es mi única forma de sobrevivir.*

Me quedo triste por su partida. Sé que se ha ido hace mucho, que seguramente ni ha dormido para que no pudiera convencerlo de lo contrario.

Noto en los ojos el peso de las lágrimas porque sé que, si se marcha, es para regresar con nuevas barreras entre los dos y que estos pasos que hemos avanzado dejen de existir.

Leo otra vez lo de que es su única forma de sobrevivir, y me invade el

dolor al pensar que siendo solo un niño aprendió que, para poder sobrellevar la vida que le había tocado vivir, tenía que ser así para resistir.

La primera lágrima que cae por mi mejilla es por ese niño que aún sigue habitando en él, y la segunda, por ese hombre que creció sin saber lo que de verdad era ser un ser inocente y puro.

# Capítulo 21

## Romeo

—¡Tío! —Delia se tira sobre mí y la abrazo por inercia.

Se ríe feliz y, aunque no suelo hacerlo, por una vez me permito abrazarla con fuerza al recordar las palabras de Iris explicándome lo que era un abrazo.

—Hola, pequeña —digo cuando la suelto, y me toca la frente.

—¿Estás enfermo? —me pregunta preocupada.

—Solo te he abrazado... No es nada del otro mundo.

O sí, porque cuando alguien a quien quieres te abraza es como si por un segundo se detuviera el tiempo, porque no eres capaz de sentir nada que no sea ese gesto.

—Vale... ¿Qué haces aquí?

—Estoy de paso, y como la otra vez rompí mi promesa he pensado invitarte a merendar.

—¡Me encanta la idea! ¿Lo sabe papá? Iba a venir a recogerme.

—Claro que lo sabe. No soy un secuestrador de niños por mucho que seas mi sobrina.

Me saca la lengua. Es muy responsable y, aunque sea su tío, no quiere preocupar a su padre. También sé que no puede evitar ese miedo a hacer algo mal y defraudar a sus padres adoptivos.

Aunque Delia es feliz ahora, una parte de ella no olvida que hace años nadie la quería y que la devolvían al orfanato al no comprenderla. Hacen falta años para que esa herida no sangre, y tal vez lo haga toda la vida.

Yo mejor que nadie sé que los niños no olvidan los palos que reciben cuando su mayor delito es existir.

Tal vez por eso, cuando nos miramos a los ojos sin decir nada, y pese a la diferencia de edad, nos entendemos.

—Hamburguesa —dice mirando su merienda— muy muy hecha como la de mi tío. —Sonríe.

Ya estamos sentados en su hamburguesería preferida con nuestros



pedidos.

Le da un gran bocado a su comida y me mira con la cara llena de salsa.

Hago lo mismo.

—Deliciosa, para que luego digan que así no se come la carne. —Se ríe con la boca llena.

—Se te nota cansado. Muy cansado... Tienes una pinta horrible.

—Gracias por tu sinceridad.

Sonríe y sus ojos brillan.

—De nada. Es mi mayor defecto.

—Tu mejor virtud, no lo olvides.

—Sí, pero dime qué te pasa.

—No he podido dormir bien.

—¿Por qué?

—Un trabajo de mierda —confieso al fin, y sigo comiendo como si nada.

—Vaya, lo siento —me dice preocupada.

—No lo sientas, pequeña. —Le acaricio la nariz y me mira otra vez desconcertada.

Aparto la mano, pero la coge y me la acaricia.

—A mí también me cuesta no recordar que hace años nadie quería mis abrazos o mis sonrisas —me dice con esa sabiduría que me deja helado.

Solo tiene diez años, pero lo vivido y el ser superdotada le concede una inteligencia superior en todos los aspectos de la vida.

—Yo siempre los querré, aunque no sepa bien cómo corresponderte.

—Estás ahí. A veces solo se necesita saber que la otra persona está contigo en ese mismo sitio y que no preferiría estar en ningún otro lugar en ese instante.

La miro conmovido y asustado.

Delia tiene mucho amor que dar y cuando se enamore será todo o nada, solo pido que no sea pronto, o mejor, que no sea nunca... No quiero que nadie le haga más daño.

Cojo una hoja de su cartera y empiezo a hacer una flor de papel para mi niña preciosa, para mi tesoro, para la princesa de mi vida.

—Ten, es para ti.

—Es preciosa, tío... Te quiero.

Me callo y cojo un boli. Tiemblo cuando abro la flor y escribo lo que aún no sé decir en voz alta:

Te quiero, pequeña.

Hago la flor de nuevo y antes de acabar ya la tengo abrazada a mí; le devuelvo el abrazo con fuerza.

Estoy expuesto, muy expuesto...

Me siendo muy débil y a cada paso temo que alguien me lastime con una estocada mortal de esas que sabes que nunca se van a curar.

Necesito volver a ser yo o, mejor dicho, a esconder quién soy de verdad.

# Capítulo 22

## Iris

Pasan cuatro días en los que no sé nada de Romeo que no sea por sus empleados.

Ahora mismo estoy con Am, que se va a quedar a pasar la noche conmigo. Sus padres van a tener una cena romántica tras mucho insistirles en que me dejaran a la pequeña. Al final Amber se ha dejado convencer y, tras darme una larga lista de todo lo que puede necesitar su hija y hacerme prometer que no le quitaría los ojos de encima en ningún instante, aceptó.

Estoy con la pequeña, dándole de cenar, y me está costando mucho. Aun así, no dejo de sonreírle y de insistir. Al acabar le doy un abrazo y le digo que ha comido genial, aunque en realidad la mitad de la cena está en el suelo.

Recojo con su ayuda y pensamos en qué hacer antes de que le entre sueño.

Estamos sacando uno de sus libros preferidos cuando la puerta del balcón se abre y entra Romeo.

Nos ve a las dos juntas y se queda algo cortado.

Eso me indica que no ha pasado por la casa de Ulises antes de venir. La pequeña va hacia Romeo, o como ella lo llama, «Omeo».

Se abraza a sus piernas hasta que Romeo la coge y esta enreda sus pequeños brazos en torno a su cuello.

Romeo se queda quieto un momento antes de abrazarla.

Sonrío por su esfuerzo; me hace pensar que, aunque se ha ido lejos, tal vez no haya podido endurecer de nuevo su corazón.

Lo miro esperanzada y notando mi corazón latir con fuerza en mi pecho.

Lo he echado mucho de menos y, sin querer, lo he buscado desde que se fue en cada sombra.

—¿Hoy estamos de niñeras? —me pregunta.

—Sí, les he dado la noche libre a sus padres.

—Perfecto.

Deposita a la pequeña en el suelo y va a dejar su maleta en el armario. Tras refrescarse, regresa.

Estoy contando un cuento a la pequeña e inventándomelo cada vez que me pide que se lo cuente otra vez.

A la pequeña le cuesta dormirse.

Lo intentamos varias veces, pero de la emoción de estar en un sitio nuevo no se duerme con facilidad. Al final son cerca de las doce cuando el sueño la vence y acaba dormida en mi cama.

Regresamos al salón y, cansada, me siento en el sofá.

—¿Dónde pensabas dormir si yo no hubiera venido? —me pregunta Romeo.

—En el sofá cama...

—Puedes dormir en él. Yo me voy...

—Podemos dormir juntos. Somos adultos. Solo es dormir. Prometo no agredirte en sueños. —Asiente y me deja descolocada. Esperaba que se negara —. Pensaba que te habías ido para poner cientos de barreras entre los dos.

—Y esa fue mi idea.

—¿Y qué ha pasado?

—Nada... Solo que he vuelto, te he visto y las has mandado todas a la mierda. Menudo esfuerzo para nada.

No sonrío, pero a mí me hace reír su comentario.

Se aleja para cambiarse y mientras preparo el sofá cama.

Tarda y por eso, una vez tengo todo listo, me meto en la cama a esperar. Cuando al fin aparece de nuevo, apaga todas las luces y se mete en la cama a un metro de mí. Solo le ha faltado poner cojines para evitar que lo roce por la noche.

—Buenas noches —me dice como si nada.

—Buenas noches —le respondo.

Pasa un rato, que a mí se me hace eterno, y no consigo dormirme.

Me giro para buscar a Romeo en la oscuridad. Gracias a la luz de la luna que se cuela por la ventana puedo ver que está despierto mirando al techo.

—¿Te incomodo?

—Si te callas y te duermes, no —me indica borde.

—Es que no tengo sueño.

—¡Qué suerte la mía!

Me acerco un poco a él.

—Te he echado un poco de menos.

—Yo nada de nada. Ni me he acordado de ti.

—Ni de nuestro beso —digo acercándome un poco más.

—De eso aún menos.

—Perfecto. —Me acerco del todo y me alzo para mirarlo a los ojos—.

Entonces no te importará que te dé un nuevo beso... de buenas noches.

Abre la boca para decir algo, pero son mis labios los que se llevan su respuesta y la silencian.

Me encanta como encaja su boca con la mía. Su sabor, su suavidad y como su corazón late acelerado bajo mis manos. Esa fuerza con la que golpea su pecho me hace ser consciente de que todo esto, por mucho que lo niegue, no le resulta tan indiferente como quiere aparentar.

Me acerco más a él, deseando sentir su cuerpo junto al mío.

Soy adicta a este hombre de una forma en que nunca creí capaz.

No recuerdo haber sentido esto por Owen, tal vez porque pasó hace muchos años o porque no era la misma, o tal vez porque en verdad todo esto es diferente y mucho más intenso.

Solo sé que besarlo es una de las mejores cosas que he hecho en mi vida y por eso merece el riesgo de intentar robarle una nueva caricia.

Sus manos impasibles se posan en mi espalda cuando nuestras lenguas se saludan. Al fin se deciden a hacer lo que desean.

Hago lo mismo con las mías y las paseo por su fibroso pecho sobre la camiseta, que ahora mismo me molesta al no poder tocar su morena piel.

Nuestros cuerpos se enredan atraídos por la electricidad que nos recorre a los dos y nos hace adictos a sus descargas de placer.

Romeo despega su boca de la mía para llevar sus labios a mi cuello.

Me retuerzo cuando toca con su lengua ese punto erógeno de mi cuello que descubrió el otro día. Me cuesta mucho guardar silencio cuando me muero por gemir de placer. Lo hago por la pequeña y porque, en el fondo, temo que mis gemidos lo alejen de mí.

Acabo subida sobre su firme cuerpo y eso hace que sea muy consciente de su sexo y de cómo se amolda al mío.

Lo miro a los ojos.

Los tiene cerrados.

Me muevo buscando la mejor fricción entre nuestros cuerpos y entonces los abre.

Sus iris azules parecen agua líquida por el deseo que siente. Ahora mismo entre los dos no hay barreras que oculten lo que sentimos. Me desea, y mucho. Aunque luego lo niegue, estoy viendo la verdad.

Perdida en sus ojos me muevo una y otra vez y enredo mis manos en su pelo.

Nos movemos al unísono buscando el máximo placer, hasta que un poderoso orgasmo me arrastra dejándome impactada por la intensidad del mismo a pesar de que estamos los dos vestidos.

Romeo me besa al tiempo que noto como su cuerpo se une al mío en este placentero desenlace.

Al acabar, sonrío contra sus labios y lo abrazo muy fuerte, temiendo que al tiempo que se enfría todo esto lo pierda de nuevo o me aleje de él.

—¿Vamos a la ducha? —le pregunto al oído—. Solo a lavarnos y eso...

—Ahora mismo no puedo negarme a nada —me confiesa.

Salgo de la ducha y tiro de él.

Me sigue.

Me quito la ropa ante él. Noto como la piel se me eriza por la profundidad de su mirada. Desnuda, me pongo frente a él algo cortada.

Tiro de su camiseta y él termina de quitársela. Acaricio su pecho sin prisa, admirando cada curva y cada cicatriz que cuentan la historia de su vida.

Soy la primera en entrar, espero que me siga y lo hace gloriosamente desnudo.

Todo él es perfecto.

Nos enjabonamos el uno al otro, disfrutando del placer de nuestras caricias. Hay mucho deseo entre los dos, pero en este momento solo queremos el cuidado y los mimos, y me encanta. Me hace sentir más unida a él que nunca.

Al acabar, lo abrazo desnuda y noto como sus brazos se enredan en torno a mí y como su cabeza se agacha hasta buscar el hueco de mi cuello.

Tiemblo por lo que siento en este instante y noto en los ojos el peso de

las lágrimas.

«No te alejes de mí...», pienso, pero no tengo fuerzas para decírselo.

Regresamos a la cama tras comprobar que la pequeña duerme ajena a como dos personas adultas tratan de encontrar la forma de hablar entre cientos de silencios, con gestos que expresan más que las palabras que tanto cuesta decir.

Nos metemos en la cama y Romeo no hace amago de abrazarme, pero yo sí. Cojo su brazo y me acomodo lo mejor que puedo antes de poner mi mano sobre su corazón, ese que late con fuerza y me cuenta lo mucho que le gustan mis detalles.

Esto solo es deseo...

Solo eso...

# Capítulo 23

## Romeo

No consigo dormir en toda la noche por el mar de sentimientos que siento ahora mismo. Mi idea era llegar fuerte para no caer en esto otra vez... Pero fue verla, tenerla cerca, y olvidarme de todas las razones para alejarla de mí.

Si solo es deseo, solo es pasión para ella, se apagará y cada uno seguirá su camino.

Es lo mejor...

Dudo que ella sienta lo mismo que yo. De sentirlo, no sé si daría el paso de estar juntos si eso supusiera correr el riesgo de perder a mi hermano, la persona por la que daría mi vida aunque mi madre no me lo hubiera pedido.

No quiero darle vueltas a eso.

En realidad, creo que Iris solo se siente atraída por mí ahora mismo porque le doy seguridad tras lo sucedido y porque prefiere pensar en esto que en lo que se le viene encima cuando vaya al juicio contra su jefe.

No sería a la primera que le pasara.

Sea como sea, siento que está marcando un antes y un después en mi vida, porque sin saber cómo lo hace está adentrándose en mi interior y destruyendo todas las barreras que me he autoimpuesto a lo largo de mi vida para protegerme.

Ahora mismo me veo incapaz de moverme porque ella está dormida plácidamente entre mis brazos, abrazada a mí con fuerza.

Nunca he dormido con nadie.

Tras acostarme con alguna mujer, o ella o yo acabábamos el encuentro con palabras estúpidas de esas que a veces es mejor no decir, como «bueno... nos vemos» o «ya te llamaré», cuando sabes que eso no pasará.

Hace mucho que no estoy con nadie; el sexo me encanta, pero no me gusta acostarme con personas por las que no siento nada.

Está amaneciendo.

Acaricio la espalda de Iris con cuidado de no despertarla.



La veo dormir tan a gusto entre mis brazos que por un segundo me permito imaginar que esto no es solo un paréntesis en mi vida.

Si ya antes me costaba estar con una mujer, ahora que sé lo que es estar con la que quiero creo que va a ser imposible volver con otra.

No me importa. No cambiaría los momentos robados con ella por nada. Aunque la realidad me haga decirle adiós.

Escucho a la pequeña llorar y, sin despertar a Iris, me levanto para ir hacia ella. Cuando llego está sentada en la cama con la cara triste, mirando hacia la puerta.

Me acerco a ella y alza los bracitos en busca de consuelo.

La cojo en brazos y me acuesto con ella.

Noto como se duerme calmada y confiada.

Siempre he querido y temido tener un hijo. Lo he querido porque los niños me parecen lo más puro y maravilloso de este mundo, pero lo he temido porque me da miedo ser como mi progenitor y hacer que pierda su infancia porque yo no sepa ejercer como un buen padre.

La dejo dormida y me levanto para preparar café, momento en el que veo a Amber en la puerta, dudando de si llamar a no.

Voy hacia ella y se la abro.

—Hola —me dice muy bajito.

La saludo y la guio hasta donde está su pequeña plácidamente dormida, pero, pese a eso, no puede evitar darle cientos de besitos en la frente como si llevaran días sin verse.

Nos vamos hacia la cocina para preparar café.

—Siento haber venido tan pronto... No he dormido en toda la noche, inquieta al no tener a mi hija —me confiesa—. Necesitaba esta noche con mi marido y estar solos... pero estoy muy unida a mi bichito. Debes de pensar que soy rara.

—No —digo sin más.

—¿Ha dormido bien? —Asiento—. Bien...

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿De verdad te interesa qué me pasa?

—He preguntado, ¿no?

—Vale, vale... —Sonríe—. Es solo que tengo miedo de que crezca tan

rápido que un día ya no me necesite para nada. Sé que eso pasará, pero cuando me abraza como si en mis brazos hallara todo lo que necesita, me siento poderosa.

—Tiene suerte de tenerte y, cuando crezca, te seguirá necesitando. En el fondo, nunca dejamos de ser niños perdidos...

—Es bonito eso que has dicho. Tal vez por eso cuando llegamos a ancianos nos importa una mierda fingir y nos comportamos como niños que necesitan mimos y cuidados.

—Puede ser.

Sonríe.

—No sé qué te está pasando, Romeo, pero... no cambies otra vez. Siempre he sabido que bajo esa aura oscura que te persigue tenías un corazón de oro que brilla a la espera de que alguien se ciegue con su luz.

—No sé si puedo soportar esas cursiladas sin café...

—Idiota. —Me saca la lengua.

—Solo soy un hombre, mi corazón sangra como el de todos.

—Y yo que pensaba que eras un robot sin sentimientos —me pica—. A veces lo pareces.

—Te vas a quedar sin café.

Se ríe.

Nos sirvo la bebida y Am llora. Amber se va corriendo a por su hija y, al ir al servicio, las encuentro abrazadas frente con frente, mirándose felices. No, eso no se pierde por mucho que pasen los años. Un niño no puede nunca quejarse del exceso de amor, y hay uniones que nada ni nadie puede separar.

Mucho menos el tiempo.

Dejo a Amber en mi casa y me voy a buscar a su marido. Lo encuentro en el balcón desayunando. Hoy parece que todos hemos decidido madrugar.

—¿Qué tal mi pequeña? —me pregunta cuando me siento a su lado.

—Muy bien. Ha dormido toda la noche de un tirón, pero no sé si esto quiere saberlo tu mujer.

—Seguro que no. Prefiere pensar que sin ella Am no duerme igual de a gusto. —Sonríe—. ¿Qué tal todo?

—Bien, mi infiltrado en la empresa de Iris dice que no han hecho movimientos raros, que todo está demasiado normal teniendo en cuenta que en unos días van a ser acusados en un juicio al parecer de algo gordo.

—Algo no te cuadra.

—No. O tal vez es que lo han hecho desaparecer muy rápido o tienen a alguien importante de su lado que les va a cubrir las espaldas en el juicio. De ser así, Iris quedará expuesta y marcada para futuros trabajos.

—Iris sabe dónde se mete.

—Lo sé...

—Pero ella es importante para ti. —No respondo—. Se te nota. Estás más dulce, menos agresivo desde que está cerca.

—Eso es por este paraíso.

—Ya, claro. Somos amigos y te conozco. Estás más... menos tú —me pica.

—Estoy pensando mandarte a casa.

—No lo harás porque nos quieres. Venga, dime que me quieres —me dice poniendo ojitos.

—Me marcho antes de que me arrepienta de teneros en mi plantilla.

—A mí no me engañas, pedazo de osito amoroso —insiste mientras me alejo.

No lo ve, pero sonrío.

# Capítulo 24

## Iris

Me dejo flotar en el mar, haciendo el muerto, mirando el sol bañando mi cuerpo y sintiendo el agua acariciando mi piel. Me encanta hacerlo y dejarme llevar por la corriente.

Esta noche hay una fiesta en la isla principal y, cuando vea a Romeo, le preguntaré si podemos ir.

No lo he visto desde que me desperté.

Estaba Amber en casa con la pequeña y desayunamos juntas.

Lo de anoche fue muy especial. No se trató solo de sexo. Con él empiezo a pensar que no es solo eso. Cada vez que nos tocamos no solo hay placer, hay mucha alma de por medio entremezclada en cada caricia.

Me da miedo volver a la realidad por todo lo que va a suceder y porque temo que esto solo se deba al lugar en el que nos encontramos, que luego todo cambie...

—Cuidado. —Romeo tira de mi pie y me aleja de mi trayectoria—. Ibas derecha a unas rocas.

—No me di cuenta —digo sumergiéndome en el mar hasta la barbilla y mirándolo a los ojos.

Sonríó, pero no me devuelve la sonrisa.

—Sobre lo de anoche.

Pongo mi mano en su boca.

—Si vas a decir algo que me ponga de mal humor, mejor lo evitas.

—Como quieras, pero no quiero que pienses que fue algo más que sexo...

—No sé para que te he dejado hablar —digo entre dientes—. Ya sé que es solo sexo. Tengo casi treinta y tres años, y sé que ahora el mundo está al revés. Primero te acuestas con alguien y luego, tal vez, empieces una relación...

—Nosotros no somos de esos. Nunca habrá nada entre los dos.

—Eso no lo sabes por muy sabelotodo que te creas.

—Eso lo sé, porque nunca estaría con la ex de Owen pudiendo perder a mi hermano. Nunca me la jugaría.

Sus palabras me provocan un escalofrío y, aunque lo entiendo, me molesta que solo me vea como la ex de Owen, con la que sí se puede divertir un rato, pero no pensar en ella como algo más.

—Bien, pues que sepas que a mí solo me atraes sexualmente y que seguramente cuando regresemos todo esto que siento ahora se disipe.

—Es lo que espero —suelta de manera brusca.

—Genial, ahora puedes perderte donde te dé la gana y dejarme que siga con mi baño a solas, lejos de ti.

—Soy tu guardaespaldas y estabas a punto de hacer el muerto de manera literal. Si quieres seguir arriesgando tu vida, tendré que estar cerca o no me pagarás.

—No te soporto cuando te pones así, que lo sepas. Has mandado a la mierda lo que pensaba de nuestra noche juntos —le aclaro antes de regresar a mi toalla y dejarme caer en ella de espaldas para que no vea lo que me duele su sinceridad—. Por cierto, te informo, como mi guardaespaldas que eres —digo girándome y buscando su mirada, ahora que está sentado cerca—, de que esta noche iré a la fiesta de la otra isla. Espero que me protejas bien.

—Claro que lo haré. Soy el mejor.

—En eso, sí. En otras cosas, no —le dejo claro.

—Lo sé —admite, y aunque no puedo verle los ojos, noto el pesar en su voz.

Me giro para no acercarme a él, abrazarlo o dejar pasar sus duras palabras. Él ha sufrido, pero yo también. Es hora de que alguien también luche por mí. Y si esto solo es sexo, es mejor que no me enamore de Romeo, porque ya sé lo que duele ver marchar a la persona que quieres y aceptar que nunca será para ti.

Al final nos vamos todos a la fiesta. Hasta la pequeña Am y Ulises con las muletas.

La niña está feliz y lo mira todo asombrada. Me encanta mirarla y redescubrir el mundo a través de sus ojos.

Con Romeo no he hablado nada ni me ha dejado un mensaje oculto, aunque lo esperaba, la verdad.

Llegamos a la isla y me ayuda a bajar.

Está tan guapo que duele mirarlo, y más si recuerdo lo bien que me sentí entre sus brazos y como su calor me envolvía.

Hay mucha gente y, por la cara de Romeo, no le hace gracia. No para de observar a todo el mundo como si los quisiera asesinar solo por mirarme. Parece un marido celoso y, en verdad, solo está preocupado por mi seguridad.

—¿Podrías no matar a todos con la mirada? —le digo al oído.

—Es lo que hay. Tú has querido venir a esta mierda de fiesta.

—Podrías empezar a disfrutar más de las cosas. Las vas a vivir igual. Al menos si dejas de fruncir el ceño, lo mismo con suerte hasta te lo pasas bien.

No me responde.

Vamos hacia la playa, a la zona donde han puesto mesas y el baile, y nos sentamos para comer algo.

La pequeña Am no quiere parar de bailar y tira de su madre para que vaya con ella. Luego viene a por mí y acabo bailando con las dos.

Miro a Romeo varias veces y compruebo que no me quita el ojo de encima; eso sí, su mirada es severa y parece que está enfadado.

No dejo que me amargue la noche y disfruto como una enana.

Cuando se apagan las luces para los fuegos artificiales, siento a Romeo detrás de mí. Posa sus manos en mi cintura y supongo que es para que su cuartada funcione.

A mí me gustaría que, tras lo experimentado anoche, no fuera solo por eso.

Empieza a llegar más gente y Romeo gruñe en mi oído. Me acerca más a él y me abraza, haciendo que su cuerpo me proteja de los golpes de quienes nos rodean.

Los fuegos artificiales empiezan.

El ruido retumba contra mi pecho con la misma fuerza que lo hace mi corazón por la cercanía de Romeo.

No quiero que acaben nunca... Pero lo hacen y llega la hora de regresar a nuestra pequeña isla apartada de todo este bullicio.

En la barca de vuelta, Am se queda dormida en los brazos de su madre.

Romeo mantiene el gesto severo, como si siguiéramos rodeados de gente.

Al llegar a la isla, nos despedimos de Ulises y su familia y vamos hacia nuestra cabaña.

Nada más entrar noto como Romeo trata de alejarse de mí. Lo intenta, pero no lo dejo.

Busco su mano y la entrelazo con la mía.

—Si esto es solo deseo y una aventura... No pienso conformarme con lo que tuvimos anoche. Si esto se va a disipar, que lo haga, pero yo me llevo este recuerdo para mí.

Romeo no dice nada, como yo esperaba que hiciera, pero tampoco me aparta cuando mi boca busca la suya.

# Capítulo 25

## Romeo

No puedo apartarme de Iris cuando me besa. Es imposible que lo haga con el mar de sensaciones que siento tras haberla estado observando toda la noche y haber sentido su cuerpo apretado contra el mío el tiempo que duraron los fuegos artificiales.

Metó mis manos entre su pelo para profundizar el intercambio de besos que ya nada tiene de inocente.

Una parte de mí quiere detener esto, pero otra piensa que al menos a mi solitaria vida me llevaré este recuerdo, aunque sepa que acostarme con Iris me hará no desear a nadie más ni conformarme con menos.

Iris tira de mi camisa y me desabrocha los botones de la prenda.

Cuando me la quita, acaricia mi pecho con cuidado y mimo. Al igual que anoche en la ducha, que, aunque el deseo era insoportable, pudieron más las ganas de explorarnos con lentitud y llenarnos de cientos de caricias.

Aparta su boca de la mía y la lleva a mi pecho para dejar en él cientos de besos y lametones que hacen que mi piel se erice y mi corazón casi se salga del pecho.

Aprieto los puños a mis costados, preso de lo que siento.

Mi cuerpo sabe expresar mejor que yo lo que ella me hace sentir.

Tiro de su vestido y, al quitárselo, confirmo lo que ya intuía: no lleva sujetador, solo unas braguitas de encaje que no hacen más que intensificar mi deseo por cómo le quedan.

Llevo mis manos a sus pechos y los acaricio, disfrutando de como se endurecen bajo mis dedos. Noto sus endurecidos pezones reclamar mis atenciones.

Bajo mi boca hacia ellos y los saboreo como me muero por hacer desde hace tiempo.

La cojo en volandas para tener mejor acceso.

Su espalda choca con la pared. Gime y se retuerce entre mis brazos.



Hoy no se calla todo lo que le hago sentir con mis caricias, ya que nadie nos puede escuchar.

Camino con ella entre mis brazos hasta la cama y la dejo caer sobre ella. Me sonrío y me pierdo en esa mirada alegre y enfebrecida por el deseo que va dirigida hacia este bruto que no sabe amar.

Me quito la ropa y me deshago de la única prenda que lleva.

La observo mientras me hago un hueco entre sus piernas, tras ponerme la protección, y nos miramos a los ojos.

La intensidad del momento me deja sin respiración, tal vez por eso no lo prolongo más, o bien porque temo cagarla o que ella se arrepienta.

Aunque, siendo sincero conmigo mismo, porque temo acariciarla con algo más que deseo y vea cuánto la quiero.

Me adentro en ella poco a poco. Notando como las paredes de su sexo me absorben. Está muy estrecha, demasiado, y no sé si podré aguantar tanto como me gustaría.

La miro a los ojos un instante antes de besarla de nuevo, al tiempo que me muevo para entrar de lleno en ella.

La sensación es tan placentera que siento mil descargas por mi cuerpo que hacen que mi deseo se intensifique.

Entro y salgo de ella notando como en cada embestida estoy más y más perdido, al borde del abismo que me lleva a un anticipado orgasmo que no quiero que se adelante.

No quiero que nada me aleje de aquí y el final deseado disipará el deseo haciendo que las dudas dejen de estar silenciadas.

Iris se alza para que entre más hondo, y eso me pierde.

Nos movemos al unísono para alcanzar el éxtasis y llegamos a él juntos, sin dejar de besarnos como si quisiéramos absorber el placer del otro entre nuestros labios.

Caigo sobre ella sin aplastarla y, antes de que la realidad me aleje de su lado, la abrazo con fuerza contra mi pecho como nunca he abrazado a nadie.

# Capítulo 26

## Iris

Al despertarme estoy sola en la cama y noto el frescor mañanero en mi piel. La cama está helada. Romeo hace mucho que se fue pese a lo temprano que es.

Miro por el cuarto y sé que busco uno de sus origamis con las palabras que no me dirá en voz alta.

Pero no hay nada.

Me quedo un rato en la cama, sintiéndome un poco vacía. Hacía muchos años que no me acostaba con un hombre. Sé que era solo sexo, que hoy en día la gente se acuesta con unos y con otros y no da explicaciones... lo sé. Pero también sé que yo no soy así y que, aunque lo que sienta por Romeo sea una fuerte atracción, tampoco me conformo con esta frialdad.

Tras darme una ducha y desayunar, me voy a dar una vuelta por la isla. Al llegar a la cabaña de Ulises veo que no está en el balcón vigilando como de costumbre.

Toco a la puerta del balcón y paso.

Amber y Am están en la habitación de la pequeña recogiendo.

—Hola... ¿Os vais?

Amber se gira al escucharme.

—Eso parece. ¿No te ha contado Romeo las nuevas noticias?

—No.

—Pues sí, regresamos todos a casa.

—¿Por?

—Creo que debería decírtelo él.

—¿De verdad piensas que va a decírmelo? Te has enterado tú antes.

—Ya... Vale. —Am pide que la coja en brazos antes de que me lo cuente —. Han atrapado a tu jefe y a su hijo. Están en la cárcel acusados de estafa y de haber engañado a cientos de personas con un medicamento falso hace años. También han intentado matar a quien lo sospechaba... Todo ha acabado. Eres

libre.

Siento alivio, pero también parece que el destino juega del lado de Romeo para así separarnos sin un posible hasta luego.

—Me gustaría ver la noticia.

—Eso solo pasará si vas a la otra isla. Aquí solo hay teléfono.

Asiento y me marcho en busca de alguien que me lleve a la otra isla tras coger unas cuantas cosas de mi cabaña, entre ellas la memoria USB. Al final consigo que lo haga el dueño de las cabañas, ya que tiene que ir a por provisiones.

Llego a la isla y no intento buscar ni a Romeo ni a sus amigos. Si no se han tomado la molestia de informarme o de pedir a Amber que lo hiciera, yo tampoco voy a decirles que estoy aquí. A la primera que le interesa esa noticia es a mí.

Me voy en busca de un lugar donde pueda usar internet y encuentro en un hotel una cafetería con ordenadores. Me meto en ella y, tras pedir algo para consumir, me siento delante de un PC.

Meto mi *pendrive* para contrastar la noticia y ver que todo lo que descubrí es por lo que están en la cárcel, y compruebo que es así. Todo ha salido a la luz. La información que tengo está en boca de todos. Ya no soy un objetivo.

Me meto en mi cuenta de correo.

Tengo cientos de correos sin leer, varios de Fermín de ayer contándomelo todo y diciendo que se alegra de que al fin la verdad haya visto la luz.

Le respondo que regreso a casa y que quedaremos para hablar y vernos.

El último es uno de mi madre; me lo acaba de mandar asustada al enterarse de la noticia. Cojo la memoria USB y recojo todo antes de irme a buscar un teléfono.

—Hola, mamá —la saludo nada más responder.

—¡Hija! ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Todo ha acabado.

—¿Es por eso por lo que te fuiste y has estado incomunicada?

—Sí, pero ya ha pasado. Regreso a casa. Necesito recuperar mi vida.

—Lamento que te hayas visto envuelta en esto. Si hubieras acabado tu carrera de astrónoma, estarías lejos de todas estas cosas...

—No era lo que yo quería. Hablamos, ¿vale?

—Vale, hija. Cuídate mucho.

Cuelgo y me quedo un rato quieta. Mis padres no llevan muy bien que no acabara la carrera que estudió mi padre y no es la primera vez que sacan el tema.

Sé que me quieren y hoy ha hablado más su preocupación.

Pienso en regresar, pero no lo hago.

No me apetece volver y tampoco hay allí nada mío. Es por eso que busco la forma de irme sin tener que lidiar con la falta de explicaciones de Romeo.

Tal vez me esté comportando como una cría o no sea capaz de admitir que esperaba mucho más de él. Como si no supiera ya lo que hay o no hubiera dejado las cosas claras.

Me arrepiento de lo de anoche por estas ganas que siento de que se repita de nuevo, de revivir lo que sentí estando entre sus brazos, pero sé que eso no sucederá. Menos ahora que nos marchamos.

Compro un billete para irme de la isla y espero a que sea la hora, o esa era mi idea antes de que Alair se sentara a mi lado. Antes de ver por el rabillo del ojo como se acercaba tenía la esperanza de que quien me hubiera buscado fuera Romeo.

—¿Te manda el jefe?

—Sí, te vimos llegar a la isla y me dijo que te siguiera, pero sin alertarte de mi presencia. Lo he hecho hasta que he visto que te querías ir sola.

—Ya no corro peligro. Al llegar a casa os haré una transferencia...

—¿Qué ha pasado?

—Nada, y tú no quieres saberlo. Te recuerdo que no quisiste decirme ni tu nombre.

—Y yo que si estás enfadada o molesta con alguien, esa persona no soy yo.

—Vale, lo siento, pero de verdad quiero irme sola... Ya he hecho demasiado el ridículo.

—Vale, como quieras.

Se marcha y me sorprende lo poco que ha insistido, hasta que a mi lado se sienta otra persona que conozco muy bien, y mi cuerpo también, pienso al notar como el calor de Romeo me traspasa y mi cuerpo reacciona por él.

—Me marcho, te pagaré cuando llegue a casa...

—¿No me vas a mirar a los ojos para decírmelo?

Cojo fuerza y me giro para mirarlo. Sus ojos azules están fríos, impasibles, y eso me duele. Me duele tanto que llena los míos de lágrimas.

—Me marcho y lo hago sola. Soy mayor para tomar mis propias decisiones y tu frialdad deja claro que para ti solo he sido sexo y un trabajo.

Espero me contradiga, que diga lo contrario. Espero ver alguna emoción en sus ojos azules.

Nada.

Aparto la mirada.

—Como quieras, pero si no te importa te acompañaré Alair.

—Me importa, por eso aquí se acaba todo.

—Bien. Te pasaré mi número de cuenta por correo electrónico para el ingreso del pago por mis servicios.

—Perfecto.

Espero algo más que esta frialdad, y una vez más no hay nada.

Se levanta y se aleja, dejándome destrozada porque empiezo a asimilar que siento más por este hombre de lo que me gustaría.

Es hora de regresar a mi vida y de olvidarme como sea de lo que siento al lado de Romeo.

# Capítulo 27

## Romeo

Veo a Iris marcharse en el barco que la llevará a la isla en la que cogerá el autobús para ir al aeropuerto.

Me ha costado mucho dejarla marchar.

Si lo he hecho es porque es mejor dejar las cosas aquí.

—Eres un idiota —me dice Alair.

—No te he pedido consejo.

—Pues te fastidias, porque te lo pienso dar. Estás enamorado de ella y la alejas así...

—No te metas.

—La has dejado irse sola y triste...

—No va sola. Hay uno de mis trabajadores cerca. ¿Por quién me tomas? Hago mi trabajo hasta el final.

Alair sonrío.

—Bien, pero eso no cambia que eres un imbécil por perderla. He visto cómo te mira y seguramente será lo mejor que te va a pasar en mucho tiempo, y tú... Tú no haces nada.

—¿Has pensado en interesarte más por tu novia, esa a la que has dejado, que en mí? Deberías empezar a preocuparte por tus propios asuntos.

—Aunque mis asuntos no te importan, sí, he pensado en ella y voy a luchar para que lo nuestro funcione de nuevo. Yo no tengo miedo a admitir que la amo. No soy tan cobarde como tú.

—Piensa lo que quieras.

Alair abre la boca para hablar, pero prefiere callarse. Mejor. Toca volver a casa. Recogerlo todo y seguir con mi vida como si estos días no hubieran pasado.

La dejo ir porque se merece a alguien mejor que yo a su lado. Alguien que primero sepa expresar cuándo ama, y alguien que, pese a quererla con toda el alma, no estaría a su lado si eso supone perder a la única familia que

tiene.

Se merece a alguien que no soy yo.

# Capítulo 28

## Iris

Ha pasado un mes desde que regresé de la isla. Puede decirse que he recuperado mi vida. El nuevo jefe que se ha hecho con la empresa me devolvió mi puesto y a Fermín también. Sigo haciendo lo mismo y debería estar feliz por ello, pero... no es así.

La isla me cambió en muchos sentidos.

No solo me hizo desear a un hombre que no quiere ser amado, sino que me vi a mí en retrospectiva y cómo había sido mi vida al llegar a este momento. No me gustó comprobar que tenía un gran puesto de trabajo, pero una vida solitaria que ni era lo que quería ni me gustaba.

No sé nada de Romeo desde que le dije que me iba. Ni me ha mandado el número de cuenta para hacerle el ingreso ni nada.

Me molesta que ni tan siquiera me escriba un correo electrónico para eso, ni responda a los míos...

Ahora mismo estoy en la sala de informes donde descubrí la verdad sobre mis antiguos jefes... Me cuesta estar aquí y no recordar como mi mundo cambió y como he regresado para no ser la que era.

Ahora, una vez más, reviso todo para que las cuentas salgan y lo hago con miedo de lo que me pueda encontrar.

Regreso a mi puesto de trabajo. Algo que también ha cambiado. El nuevo jefe ha pintado todo con colores tan llamativos, y según él alegres, que me dan dolor de cabeza. Hay flores y color por todos lados, tanto que, en vez de ponerme alegre, me ponen nerviosa.

Me siento y me pongo a hacer informes para terminar cuanto antes este día en que lo más interesante que me ha ocurrido es recibir un correo de una tienda de ropa con un descuento del veinte por ciento si compro online. Ya hasta se ha perdido la emoción de ir a la tienda para ver cómo te queda la ropa.

—Hola.



Reconozco esa voz.

Alzo la cabeza y me encuentro con los ojos dorados de Owen, mi exmarido, pero, ante todo, mi amigo.

—¡Hola! —lo saludo, levantándome para darle un abrazo que, como ya sabía, me devuelve—. ¿Qué haces por aquí?

—He venido a ver a mi hermano para unas cosas del trabajo y se le ha escapado que estuviste en peligro.

—¿No te había dicho nada?

—No, bueno... y hoy tampoco. Ulises se ha ido de la lengua y yo he tirado de la cuerda hasta que Romeo me lo ha contado todo.

Me sonrojo por si de verdad le ha contado todo, hasta que pienso que hablamos de Romeo, y Romeo no suelta prenda.

—¿No te habías enterado de las noticias de lo de mi jefe?

—No, estoy algo alejado de las noticias que pasan a mi alrededor. Al llegar a casa ayudo con el pequeño Lucas y a Delia con sus deberes. Cuando acabo solo quiero dormir... Yo, que me pasaba las noches de fiesta.

Me da la risa.

—Estoy bien, no te preocupes. Contraté a los mejores guardaespaldas.

—Me alegro y, aunque estés genial, ya que estoy aquí... Te invito a cenar.

—No voy a decirte que no, pero te toca esperarme media hora.

—Lo hago encantado. —Me guiña un ojo y se sienta en la zona de descanso o de espera.

Al acabar recojo mis cosas y me marchó con Owen para cenar aquí cerca, en un restaurante tranquilo. Con él siempre fue así de fácil. Siempre tenía una sonrisa o una palabra amable. Sin darme cuenta lo empecé a querer y me vi enamorada de ese joven que me miraba como si yo tuviera las respuestas de todo y me abrazaba necesitando mi consuelo. Me vi seducida por la idea de ser tan importante para él.

Era adictivo.

Ahora me pregunto si lo quise o lo amé alguna vez.

Lo miro frente a mí en la mesa mientras lee la carta y no siento nada. Solo que lo quiero, pero no hay atracción, no hay mariposas, no hay descargas eléctricas... Siempre fue así con él en realidad, ahora que lo pienso.

Al lado de Romeo siento la fuerza de un tremendo huracán corriendo por

mis venas y a la vez la calma que deja cuando pasa.

—¿Por qué me miras así?

—Nada, solo me alegra que sigamos siendo amigos.

—A mí también. No me gustaría perderte solo porque no estemos enamorados.

—¿Por qué das por hecho que no estoy enamorada de ti? —le pregunto, curiosa, con una sonrisa.

—Por cómo me miras. Tus ojos no brillan cuando lo haces.

—Ahora sabes reconocer el amor.

—Es lo que tiene estar casado con alguien que me quiere tanto. Espero que un día encuentres lo que haga que tus ojos brillen con fuerza.

—Yo también... Ya sea un trabajo, un hijo, un hombre... Sea lo que sea.

—Has cambiado. Te noto apagada.

—Todo esto me ha hecho pensar. Si me hubieran matado ese día, la gente me recordaría por la persona que se pasaba horas trabajando, esa que se confundía con los muebles pero que nunca fue amiga de nadie... Como no seguí los pasos de mi padre en los estudios, quería demostrarle que hice bien, que era la mejor. ¿Y para qué? Es mi vida, no la suya. Si no me entiende, no es mi problema. Eso no cambiará lo mucho que lo quiero...

—Ni lo mucho que te quieren tus padres —me dice, pensando en sus hijos—. Vive tu vida, Iris. Es el momento de hacerlo ahora que has visto la verdad. El trabajo no es lo más importante, y te lo dice alguien que vivía solo para ser el mejor y destruir a su padre con ello.

—Lo sé, pero no sé por dónde empezar... No sé cómo cambiarlo.

—Pues la próxima vez que en tu trabajo salgan de fiesta te apuntas la primera sin rechistar.

—Si me entero...

—Haz por enterarte. Saca tu encanto y habla con la gente.

—Podrías venir tú y hacerme el trabajo.

Se ríe.

—No, te lo dejo a ti. Es tu momento para que brilles y te conozcan como yo.

Asiento, emocionada.

Pedimos para cenar y Owen me cuenta cómo le va de profesor. Me

enseña cientos de fotos y vídeos de su familia. Me encanta verlos y comprobar que ese chico que escondía su pesar con sonrisas ha conseguido sonreír de verdad.

Al terminar me acompaña a mi casa y me hace prometer que lo llamaré si me pasa algo malo.

—Lo haré. No te preocupes.

—Y también prométeme que buscarás tu felicidad. Esté donde esté.

Me pierdo en su mirada y, sin querer, sus ojos dorados se transforman en otros azules. Los de su mellizo. Me pregunto si le gustaría saber que, cuando asiento, pienso en Romeo.

# Capítulo 29

## Romeo

Me cuesta centrarme en el trabajo. Sé que debería dejarlo para otro momento, pero no puedo. Quiero acabar cuanto antes y... en verdad, estoy trabajando un sábado por la noche porque no tengo otra cosa que hacer.

Owen vino a verme ayer y estuvimos juntos repasando unas de la empresa. Luego Ulises me preguntó delante de Owen si Iris estaba bien o si había tenido problemas de nuevo en el trabajo, y mi querido hermano empezó su interrogatorio.

Se fue a cenar con ella y, cuando regresó a mi casa, me dijo que estaba muy bien, aunque parecía triste.

No dejo de pensar en ella, de recordar nuestros días juntos...

Esa última noche donde no dormí por no querer perderme ni uno solo de los segundos en los que ella descansaba dormida sobre mi pecho, ajena a mis miradas.

Estoy enamorado de ella desde que la conocí, pero antes no me había acercado tanto a su mundo, no sabía tanto de ella por mí mismo, no me había sonreído de esa forma ni besado como si en mí pudiera encontrar todo lo que busca en una pareja.

Ahora todo es más intenso y más doloroso al no tenerla... Al tener que alejarme de ella.

Cuando mi hermano se enteró de lo sucedido, se enfadó por no saber nada, porque la sigue considerando una parte de él. Ví en sus ojos que no entendía por qué no le dije nada si es su exmujer...

No soporto recordar que Iris y mi hermano estuvieron casados.

Me duele mucho.

Estoy pensando en dejar de marear las cuentas cuando tocan al timbre. Miro extrañado hacia donde está la puerta de la casa. No soy el alma de la fiesta en mi edificio y mis vecinos pasan de molestarme, y por eso no tengo ni idea de quién puede ser un sábado por la noche.

Voy hacia ella cuando tocan de nuevo.

Molesto, abro sin mirar, y al hacerlo me encuentro con una Iris que parece enfadada.

Me quedo mirándola sin más cuando entra y cierra la puerta.

Parece dolida, ofendida...

Yo solo puedo pensar en lo bonita que está y en que, pese a todo, me alegra tenerla cerca.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta el borde del ogro que me debí tragar al nacer.

—Hola a ti también. Encantada de verte... No sé por qué me molesto en parecer amable contigo.

—Hola.

—Bueno, algo es algo. Tu hermano dijo que había venido a verte e intuí que estabas en la ciudad. Por eso he venido a pedirte el número de cuenta para pagarte mis servicios, ya que no te da la gana de responder a mis correos.

—No te vamos a cobrar nada.

—¿Lo ha decidido Owen?

—Claro, es tu exmarido. No se le cobra a la familia.

No ha sido cosa de Owen. Yo nunca pensé cobrarle nada. Ya he pagado a mis trabajadores su sueldo sin que mi decisión les repercutiera en su trabajo, pero, cuando Owen se enteró, me preguntó ofendido si le había cobrado algo. Le dije que no y dejó claro que, si Iris necesitaba algo, nunca le cobraríamos por ser alguien de la familia.

—No soy parte de vuestra familia ya, y si no me cobras, si otra vez necesito tus servicios, me buscaré a otro.

—Lo dudo. Somos los mejores de la ciudad y, si quieres protección, no serás tonta de pedirselo a alguien que no pueda hacerlo. ¿Algo más?

Iris me mira dolida y estalla aunque no era su intención, pero sé que la he provocado.

—¿Qué clase de persona eres?! Vale que te cueste expresarte, pero ¿también me tienes que tratar con esta frialdad tras lo que compartimos? ¡La gente se acuesta con extraños a los que trata mejor de lo que tú lo haces conmigo! Solo fue sexo. Solo hay deseo entre los dos y ni espero de ti un enamoramiento ni que me mires como si tenerme cerca te asqueara... Mira, no

sé qué hago aquí. Mejor me marchó y te dejó feliz con tu triste vida en solitario.

Se marcha de mi casa y, cuando la puerta se cierra de un portazo, me pregunto qué narices estoy haciendo.

Salgo tras ella, escuchando el ascensor cerrarse y sabiendo que, si se marcha, la distancia entre los dos seguramente sea insalvable.

Nunca he corrido tanto en mi vida, ni la vez que vi que a mi protegido iban a dispararle y tuve que interceptar la bala y salvarle la vida.

En ese momento no temí tanto por mi vida como ahora, porque si la pierdo así, lo lamentaré mientras viva, y eso será un sinvivir.

## Iris

Me cuesta mucho aguantar las lágrimas para no llorar. Me ha costado mucho venir a su casa con la excusa del dinero porque necesitaba verlo, comprobar que no había esta frialdad entre los dos, pero... ha sido la peor decisión que he tomado en mucho tiempo.

Romeo me miraba como si mi presencia lo asqueara y ha sido insoportable.

Salgo del ascensor con paso decidido, o esa es mi idea hasta que alguien me coge del brazo y me detiene.

—Prométeme que lo que sientes por mí es solo deseo —me dice Romeo, agitado tras bajar andando las escaleras y con la mirada devastada—, que no esperas de mí más que algo pasajero que se apaga con la misma fuerza con la que nos consume de placer.

—Yo... —Me pierdo en sus ojos. Sus iris azules son tan intensos, están tan cargados de emociones y de miedos, que no puedo más que asentir.

En el momento que lo hago, sé que le miento, pero ya es tarde.

En mi defensa diré que fue tras mi asentimiento cuando reconocí la verdad de mis sentimientos.

Sus labios me besan con una ternura para lo que no estaba preparada, y estoy perdida en este mar de sensaciones sin poder pararme a pensar en lo que siento de verdad.

# Capítulo 30

## Iris

Entramos de vuelta al ascensor y subimos hacia su casa sin poder dejar de besarnos. No vine aquí con esta idea, pero ahora que estoy entre sus brazos sé que en el fondo era lo que deseaba.

Pasar una noche más perdida en su cuerpo.

Entramos a su piso y cierra la puerta con mi espalda. Me alza y enredo mis piernas en su cintura, sintiendo cómo crece su deseo.

Tira de mi ropa con urgencia, al igual que yo de la suya.

Vamos hacia su dormitorio dejando un reguero de ropa esparcida por el frío suelo y, al caer en la cama, le sonrío y me quedo maravillada cuando me devuelve el gesto. Antes de besarme deja una leve caricia sobre mis labios.

Me descoloca, me aleja como si no me soportara y me acaricia como si me amara.

Acerca sus labios a los míos y me roba un beso, de esos que te dejan sin sentido, antes de separarse y llevar su morena cabeza a mis pechos que, desnudos y duros, esperan sus caricias.

Los chupa con mimo sin dejar un trozo de mi piel por acariciar o mimar. Cuando se separa noto el aire helado en comparación con el calor de su boca.

Baja su cabeza hasta mi ombligo y pasa su lengua levemente sobre él. Me mira al tiempo que sus grandes y morenas manos abren mis piernas al máximo.

Veo mi pecho bajar y subir muy rápido por lo que está a punto de pasar.

Me muerdo el labio antes de que baje la cabeza y la pierda entre mis piernas, ahí donde reside mi sexo hambriento de sus atenciones.

El placer me azota con fuerza cuando su juguetona lengua acaricia mi clítoris con precisión. Sus dedos entran y salen de mi interior, intensificándolo todo aún más.

Me retuerzo entre sus sábanas oscuras.

El orgasmo llega demasiado pronto y me hace estallar en cientos de pedazos que se recomponen cuando entra en mí de una firme y certera

estocada. Lo miro sobre mí, tan guapo, tan grande... Tan humano e imperfecto como yo, y que sin apenas hacer nada está logrando que me enamore de cada una de sus taras y defectos.

Se acerca a mi boca y me besa mientras entra y sale de mí, acariciando con su sexo las paredes del mío hasta que un nuevo orgasmo me invade y roba el suyo, sumiéndonos en un mar de sensaciones.

Me despierto con miedo de lo que me puedo encontrar a la luz del día. Romeo no está en la cama, aunque sé que ha dormido a mi lado. Incluso una de las veces que me desperté para ver si seguía dormido me pareció notar algunas caricias en mi espalda desnuda. No sé si lo soñé, yo creo que sí, porque esas eran caricias de alguien que siente algo más que deseo.

Salgo de la cama y veo sobre la mesita de noche un origami. Esta vez es una flor.

La cojo entre mis manos y la deshago, deseando leer su mensaje.

Cuando la perfecta letra de Romeo está ante mí con cientos de arrugas en este papel azul, la leo:

*Tal vez nunca encuentre palabras para decirte en voz alta que las mejores noches de mi vida son las que he pasado a tu lado... Guárdame el secreto y el de que, aunque esto se llama deseo, vayas donde vayas siempre tendrás una parte de mí.*

*Romeo.*

La leo una y otra vez y me siento como esa niña que esperaba las cartas de sus amigos en el colegio, a la espera de leer los mensajes secretos que no podía leer el profesor.

La guardo antes de buscarlo por la casa.

Lo encuentro en la cocina, de espaldas y sin camiseta, preparando el desayuno. Lo abrazo sin importarme mi falta de ropa.

—Gracias por la flor, me ha encantado su interior...

—De nada, es solo un pedazo de papel.

—Sí, pero los mejores detalles no son los caros, son los que nos llegan al alma, y este me ha calado.

—Recuerda que solo es deseo...

—Recuerdo que ahora, en este momento, estoy contigo. Llámalo deseo o



llámalo coincidencia, porque los dos sentimos lo mismo al mirarlo... Eso no cambia lo que siento cuando estoy contigo, Romeo. Ni cambiará la sonrisa con la que recordaré estos momentos cuando pase el tiempo.

Se gira y me mira a los ojos.

—No puedes quererme... No puedo darte más que esto —me dice mostrando una vulnerabilidad que me deja ver cómo es—. No arriesgaré por nada lo que tengo con Owen... No olvides que no hay más. No podría elegirte a ti si para eso tengo que perder a mi familia —me confiesa, roto, y veo el miedo en sus ojos de tener que ponerse en esa tesitura.

—No eres tan bueno para enamorarme con un par de polvos —bromeo con una sonrisa—. Me iré... como quieras, pero no ahora, ¿vale? —Asiente—. Solo déjame quedarme un poquito más a tu lado.

Asiente y me pregunto si no debería salir corriendo ahora que estoy a tiempo de no enamorarme de este hombre que ha dejado claro que nada lo hará cambiar de idea.

No lo hago porque quiero más, mucho más de mi Romeo.

Y tal vez porque sé que, aunque me aleje hoy de él, eso no cambiará en nada lo que siento ahora.

# Capítulo 31

## Romeo

Miro a Iris en mi sofá con su móvil en la mano, decidiendo qué cenaremos esta noche. Le toca elegir y esta vez paso de comer nada crudo.

Alza la mirada y me sonrío. ¿Cómo voy a sobrevivir a esto? A no tenerla, a extrañarla, a buscarla en esta casa que se siente tan cálida con su presencia...

Es la primera vez que dejo a alguien, que no sea Owen, que se quede en mi casa... Compartir mis cosas.

He perdido la cuenta de los corazones de origami que he creado con un «te quiero» escrito dentro y que ahora están en la papelera de mi casa. Esos no se los pienso dar. Me siento ya demasiado ridículo con el de ayer. Pero necesitaba que supiera parte de la verdad.

Sé que si otra vez siento deseos de crear figuras de papel es porque mi corazón no deja de hablar en verso desde que la besé la primera vez... Desde que el destino quiso que la tocara, que la tuviera para recordarme que una decisión puede hacer que lo pierda todo.

—Entonces carne cruda y sushi —me pica.

—Claro, y de paso me matas y tiras mis restos al contenedor —le replico, y se ríe.

—Pizza, ¿vale?

—Perfecto. No era tan difícil —le digo.

—No, qué va... Tú no eres nada complicado.

—Nada de nada —bromeo, y me sienta bien.

Llevamos juntos todo el fin de semana y ella continúa aquí. Me sorprende que me siga soportando.

La pizza no tarda en llegar y nos la comemos en el suelo sobre la alfombra, con música de fondo y una botella de vino.

—Creo que soy una mala influencia —comento dando un trago a mi copa—. Antes no bebías.

—Antes no hacía muchas cosas. —Mira la copa antes de alzar su mirada aguamarina y mirarme con intensidad—. ¿Alguna vez te has sentido como si vivieras la vida de otro?

—Explícate mejor.

—Creo que llevo años viviendo la vida que creía que debía vivir. Primero siendo la mejor hija para tener algo en común con mi padre, luego siendo la esposa respetable de un marido inexistente... La mejor en mi trabajo, para que mis jefes no tuvieran motivos para despedirme... Siempre pienso en lo que otros esperan de mí o en ser de una forma u otra para que otra persona sea feliz. Estoy viviendo la vida que ellos quieren para mí.

—¿Y tú qué quieres?

—Ser feliz... Algo que no soy. Estoy pensando dejar mi trabajo —me confiesa.

—¿Y en qué vas a trabajar?

—Ni idea, por eso no lo he dejado aún. Lo que sé es que no me llena. Soy buena con los números, pero eso no hace que me encante lo que hago...

—De algo tienes que trabajar. A mí no me gusta mi trabajo —confieso—. Pero soy muy bueno en ello. El mejor. Y en vez de pensar en la mierda de herencia que me ha dejado mi padre por criarme como un soldado y no como a un hijo, lo acepto y hago que eso sea favorable para mí.

—Y cuando no trabajas ¿qué haces para ser feliz?

—Trabajar. Soy feliz haciendo dinero.

—¿Que te gastas en? —Me quedo callado—. Eres consciente de que el dinero no se lleva a la otra vida, ¿no?

—Claro que lo soy. Lo invierto en el colegio para niños superdotados que Owen alzó en donde estaba su *pub*, y pagamos becas a los niños que no tienen el dinero para poder estudiar. Eso me gusta y me gratifica.

Me mira impactada y abro la boca para hablar, incómodo con mi confesión, pero se me adelanta:

—Lo sé, no me dices esto para que me acueste contigo. Gracias por confesármelo.

—No me las des, me estoy arrepintiendo y mucho. —Se tapa los oídos—. ¿Qué haces?

—No quiero escuchar la burrada que me vas a soltar para alejarme de ti,

o mejor —se tira sobre mí y hace que caiga al suelo—, te beso y me llevo de esta forma tus duras palabras.

Me besa haciéndome olvidar lo que iba a decir.

Se ríe feliz y la abrazo por primera vez como deseo. Hasta que me doy cuenta y me levanto.

—Puedes irte cuando quieras... Yo tengo que madrugar.

—Romeo... —Me detengo al notarla a mi espalda, y ella me abraza con fuerza—. Que no te dé miedo abrazarme, porque cada vez que lo hagas yo te devolveré el abrazo con fuerza.

No digo nada, por una puñetera vez me muerdo la lengua y, aunque estoy aterrado y me siento expuesto, evito alejarla de mí porque no quiero poner punto final a esto todavía.

La quiero egoístamente un poquito más a mi lado.

# Capítulo 32

## Iris

Hace una semana que vi a Romeo por última vez en su casa. Me escribió para decirme que iba a estar fuera por un trabajo y que a la vuelta me buscaría.

Estoy en el trabajo, haciéndolo como siempre perfecto.

Recojo mis cosas a la hora de irme y, cuando en el ascensor coincido con mis compañeros, hablo de algo... del tiempo, vamos, en un intento desesperado de que me vean otra vez. Pero nada, tras unas sonrisas de cortesía cada uno sigue su camino.

Salgo para buscar mi coche.

No lo he aparcado en el garaje de la empresa porque ahora mismo no tengo derecho a una plaza. He recuperado el puesto, pero no cuento con las mismas ventajas que antes. Esperan que me las gane, que demuestre mi valía, que una vez más siga luchando por demostrar que soy apta.

Estoy cansada, pero es lo que hay, las letras de mi piso no se pagan solas.

Tal vez acabe siendo una de esas personas que se conforman con un trabajo que no les llena, ansiando la jubilación, poniendo en ella cientos de sueños para no cumplir porque una vez llegas a cierta edad estás tan cascado o te has metido tanto en tu papel que, aunque puedes, no haces nada por salir de tu vida monótona, porque en tu burbuja se respira mejor.

Estoy a punto de llegar a mi coche cuando alguien me llama.

Fermín se sienta frente a mí en el bar.

—¿Qué tal te sienta tu vida como padre?

—Genial... Vamos, deseando empezar a trabajar, por suerte ya me queda poco.

—Sí, en unos días ya estamos juntos de nuevo.

—Brindo por eso.

Dudo de si pedirle fotos de su hija, no me ha enseñado nada y me sabe

mal hacerlo por si es de esos padres celosos de la intimidad de sus hijos.

—¿Y tú qué tal? ¿Te has repuesto del susto?

—Sí, todo sigue como antes.

—Todo no. Te noto diferente.

—Sí, eso sí. Pero nada va a cambiar.

—No... o bueno, sí. Ahora por lo menos trabajamos para unos buenos jefes...

—Eso de momento. Con el tiempo veremos su verdadera cara.

—Sí, yo prefiero pensar que todo irá bien. Ahora con la pequeña no quiero imaginarme perder el trabajo de nuevo. No te imaginas el gasto que conlleva un niño.

—Imagino...

No, no me lo imagino, y noto como se me contrae el estómago al saberlo. Seguimos tomando una cerveza hasta que se tiene que ir y regreso sola a mi casa.

Cojo el coche para llegar a mi apartamento. Aparco y busco las llaves en mi bolso para abrir mi portal. Es entonces cuando noto que alguien se pone detrás de mí y me posa un cuchillo en el cuello.

Me aterroriza, siento que ha llegado mi final.

—Quiero que le des un mensaje...

—¿A quién? —pregunto cuando se queda callado.

—Aquí solo hablo yo. —Aprieta el cuchillo y noto como la sangre cae por mi cuello—. Dile a Ulises que me pienso cobrar mi deuda.

—No sé dónde está...

—Espero por tu bien que sí.

Se marcha y me quedo helada en la fría calle. Me giro y lo veo alejarse. Cojo el móvil y pienso en llamar a la policía. No lo hago porque creo que Ulises debe decidir eso.

Marco su número y no me lo coge.

¿Y ahora?

Solo me queda llamar a la única persona que sé que sabrá dónde está.

Dudo un segundo antes de marcar el teléfono de Romeo.

# Capítulo 33

## Iris

La herida del cuello no era muy profunda, fui a curarme a urgencias cuando tampoco localicé a Romeo. Le he dejado un mensaje diciéndole que necesito saber dónde está Ulises.

No he obtenido respuesta.

Tras el viaje, llamé a Ulises y Amber para ver cómo les iba, pero no supe nada de ellos. Le pregunté a Alair un día que lo vi y me dijo que los dos se habían pedido una excedencia. Me pareció raro, ya que Ulises ni lisiado se había querido tomar unas vacaciones.

Empiezo a pensar que hay algo más tras lo sucedido.

Me pongo el pijama y estoy pensando acostarme y ver cosas en el móvil en la cama cuando alguien llama a la puerta de mi casa. Temerosa de quién pueda ser, voy hacia ella. Estoy llegando cuando suena de nuevo y el timbre retumba en las paredes.

Antes de mirar por la mirilla, la voz de Romeo se cuele a través de la puerta.

—Abre. Soy yo.

Abro la puerta y veo a un Romeo preocupado; en cuanto ve mi cuello con una gasa, maldice y se me acerca con su mirada de acero, pero sé que no va dirigida a mí.

—Haz una maleta con tus cosas. Te vienes a mi casa.

—¿Y eso por qué?

—¿Porque te han atacado?

—¡¿Cómo lo sabes?! Yo no te he dicho nada.

—Me has dejado un mensaje con la voz chillona, asustada, y te conozco para saber que tenías miedo. He venido en cuanto lo escuché y ahora he visto tu cuello. No hace falta ser muy listo para saber qué ha pasado...

—O que sabes algo de Ulises que yo ignoro.

—Sí, te lo cuento en mi casa. ¿Nos podemos ir?

—No eres de los que les gusta vivir con nadie y, que yo sepa, estabas trabajando.

—Alair se puede encargar solo. Yo voy a ocuparme de ti.

—No, te dije que si no me cobrabas por tus servicios, me buscaría la vida.

—Lo que tú digas. ¿Te hago yo la maleta?

—No, ya la hago yo. —Empiezo a ir hacia mi cuarto, pero me retiene cogiendo mi mano.

—¿Estás bien? —me pregunta acariciando mi cuello con cuidado.

—Sí... Solo ha sido un susto. —Me giro para irme, pero no me deja.

Tira de mí hasta que choco con su pecho y me abraza. Esta vez la que se queda quieta, sin saber qué hacer, soy yo.

No me lo esperaba.

Noto mi corazón latiendo con fuerza contra mi pecho, al igual que el suyo. Sé que para él no ha sido fácil dar este paso, y que lo haya dado me ha emocionado. Reacciono y lo abrazo con fuerza, no queriendo que acabe nunca este momento; por primera vez, me siento de verdad cerca de él.

Al final, quien rompió el abrazo fue Romeo, pero no me importó. Siento que vendrán más, que poco a poco empezará a hacer lo que desea sin miedo.

Hemos llegado a su casa y me ha dejado uno de sus cuartos vacíos para que me acomode. Aunque pienso dormir con él, me gusta tener un espacio para mí.

Romeo prepara algo de cenar, ya que con el susto no he comido nada ni tenía pensado hacerlo. Solo quería esconderme bajo las mantas.

Regreso al salón tras ponerme ropa cómoda y cojo uno de los sándwiches que ha preparado mientras espero a que me ponga al día de qué ocurre con Ulises.

—Ulises aceptó un trabajo fuera de la empresa —me informa cuando le recuerdo que estoy esperando respuestas—. Yo nunca acepto ser guardaespaldas de personas que no considero limpias o que tienen las manos metidas en algo turbio. Antes de aceptar hago una pequeña investigación, porque hace años recibí un balazo donde ya sabes por trabajar para



cualquiera, y desde entonces tengo más cuidado. Por supuesto, no expongo a mis trabajadores. —Asiento—. Pero Ulises se dejó engañar por un amigo que le dijo que la familia a la que tenía que cuidar era de fiar y que ganaría un buen dinero extra. Yo ignoraba que tenía problemas para pagar la hipoteca, si no, yo mismo le hubiera dado horas extras —admite, y me gusta que piense en sus empleados, aunque empiezo a conocerlo y seguramente le hubiera subido el sueldo sin esas horas—. El caso es que los fines de semana que no trabajaba conmigo acompañaba a un hombre a hacer negocios... peligrosos, y una de las veces fue una trampa. Hubo tiros y, aunque Ulises trató de protegerlo, no lo logró. El hombre murió.

—Vaya.

—Sí, y entonces el hijo lo amenazó con destruirlo para que pagara por su muerte. El primer accidente que tuviste creemos que sí fue tu jefe, pero el segundo iba a por Ulises.

—¿Y no pensabas decírmelo? Me sentí bastante culpable.

—Lo sé, pero Ulises creía que cuanto más supieras de esto, más en peligro te ponía. Ahora te lo cuento porque te han encontrado y usado para mandarle un mensaje. —Asiento—. Ulises vino a la isla con su familia porque tenía miedo de que cumplieran sus amenazas. Al volver le aconsejé que fuera a la policía y contara todo lo que sabía para pasar a ser testigos protegidos.

—Y por eso están ocultos. —Asiente—. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que los pillen. Entonces acabará su peligro. Por lo que te ha pasado, mañana deberías ir a la comisaría a contarlo. Debes poner una denuncia y que sepan que te han amenazado.

—Lo haré. Si me hubieran querido hacer algo, lo hubieran hecho, pero yo no era su blanco.

—No te confíes. Por si acaso, yo cuidaré de ti como tu guardaespaldas...

—No, porque luego no me cobras.

—No es discutible...

—Sí, lo es. Puedo pedirle a la policía que me escolte...

—No lo harán, pero como quieras.

—No me sigas o te denuncio por acoso —le digo retadora.

Me mira molesto y asiente. Terminamos de cenar y, cuando me da las buenas noches en mi cuarto, sonrío y me cuelo en el suyo.

Gruñe, pero se mete en la cama a mi lado. Cuando lo abrazo y me acomodo contra su pecho no me aleja, al contrario, acaba por poner su mano en mi cintura.

Esto no es sexo, no hay beso, no hay más que cariño, y me llena más que todos los orgasmos que me pueda dar porque hace que mi corazón se llene de una paz que hacía tiempo que no lograba.

# Capítulo 34

## Iris

Fermín se incorpora al trabajo y eso hace que sea más ameno.

Él sí se habla con varias personas y me incluye en los grupos. Al principio me miran raro, porque soy la sosa... Así me llaman, hasta que ven que he cambiado y que ahora los dejo entrar en mi mundo.

Esto me recuerda a Romeo, a como se está abriendo a mí en esta semana que llevamos juntos. Estoy descubriendo a un gran hombre que, aunque cree que es oscuridad, en su pecho brilla un corazón de oro. Sobre todo, cuando habla con su hermano o su sobrina. Entiendo por qué no quiere arriesgarse a perderlos, a quedarse sin las únicas personas que lo han querido en su vida tal como es.

El problema es que no sé cómo explicarle que, cuando me mira con esos ojos azules donde cada vez más deja aparecer una sonrisa, me enamoro un poco más de él, como sé que lo hubiera hecho hace años si me hubiera dejado entrar en su mundo.

He decidido aprovechar el tiempo que estemos juntos y luego aprender a decirle adiós sabiendo que lo recordaré y lo añoraré toda la vida.

Estoy pensando en mandarle un mensaje para quedar con él y dar una vuelta hoy viernes por la noche cuando proponen ir de cervezas.

—¿Te apuntas? —me dice Alis, una de mis compañeras.

—Claro, por qué no.

Me mira ilusionada y feliz. Escribo a Romeo para decirle que me voy de cervezas con mis compañeros y guardo el móvil.

Recojo mis cosas y los sigo a un bar cerca del trabajo donde se reúnen varias personas de mi empresa. Siempre hacen lo mismo, pero es la primera vez que me animo a ir. Me sorprende que Fermín también se apunte y no se marche a casa a ayudar a su mujer con la pequeña, por eso se lo pregunto en cuanto nos sirven las cervezas.

—Necesito un poco de descanso o me volveré loco. Quiero mucho a mi

hija, pero mi mente va a estallar. —Se ríe, pero no le sigo la risa—. Cuando tengas hijos te darás cuenta.

—Si es que los tengo... —Me sonrío y me abraza como si acabara de decir algo genial—. ¿Te pasa algo?

—No, solo estoy feliz de trabajar. Quién lo diría.

Se bebe la cerveza de un trago y pide otra. Yo doy tragos a la mía, preguntándome por qué a todos les encanta este líquido anaranjado que a mí me sabe tan mal.

Al final lo doy por imposible y me pido un refresco.

«¡Vuelve la sosa!», pienso cuando me siento con mi refresco de naranja y trato de meterme en las conversaciones de mis compañeros sin éxito. La mitad me aburren; la otra, ni las entiendo; y el resto ni las escucho, perdida en mis pensamientos.

Me siento muy mayor y estoy rodeada de gente de mi edad.

Estoy pensando en irme cuando noto que alguien se pone a mi espalda. Me invade el miedo hasta que Romeo me susurra al oído.

—¿Te lo estás pasando bien?

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunto girándome.

—Cerca de tu trabajo solo hay dos bares donde se vaya a tomar cervezas un viernes. Era uno o el otro. Si quieres me voy —me pregunta dudoso.

—No, por favor. Al menos hablaré con alguien —digo solo para él.

Me sonrío con calidez y tira de mí hasta la zona de las mesas de billar. No me pasa desapercibido cómo lo miran mis compañeras y cómo se lo comen con la mirada. ¡Y no me extraña! Romeo es el chico más sexi que he visto en mi vida, y que él no se lo tenga creído aumenta aún más su atractivo.

## Romeo

He mentido a Iris. No me gusta hacerlo, pero ella no quiere que la proteja y... Lo siento, no pienso cobrarle y tampoco dejarla sola ahora que puede correr peligro.

En su empresa el guarda de seguridad de su planta es un trabajador mío y me informa de todo. Y, por si hiciera falta, yo estoy en la puerta aparcado en un coche de alquiler para que no reconozca el mío.

Estaba viéndola desde él cuando decidí acercarme al sentir que no estaba

bien, que no era tan feliz como desearía.

Ella piensa que vivir la vida es hacer lo que se supone que todo el mundo hace, que es lo normal. Yo sé que ser feliz no reside en eso, sino en encontrar lo que a ti te llena. Me gusta estar con mis amigos, pero no cambio por nada el pasar una tarde con mi familia viendo dibujos o pelis que no me pondría estando solo. Tal vez no se considere tan a la última o no quede tan bonito en redes sociales, pero es así.

Iris está asustada y creo que al fin está aceptando cómo ha cambiado su vida tras el divorcio. Quiere saber cuál es su camino, pero no lo va a encontrar siguiendo el camino trazado por otros.

—¿Te apetece jugar? —Sé que sabe jugar porque Owen le enseñó hace años.

—Hace mucho que no juego.

—Seré bueno. —Le guiño un ojo y asiente.

Cada vez me es más fácil ser yo mismo a su lado. Pensaba que me costaría mucho vivir juntos y no es así. Cuando me llamó asustada, no lo pensé dos veces y fui a buscarla. La sola idea de que le pasara algo me mataba. Al ver su cuello vendado, me derrumbé. Me costó mucho mostrarme sereno, y por eso la abracé. Necesitaba sentir que estaba bien.

El primer abrazo es el que más cuesta. Ahora, sin querer, siempre la busco y al fin he conseguido dormirme con ella entre mis brazos, porque sé que cuando me despierte seguirá ahí.

Me gusta mucho la sensación, y saber que un día tendré que renunciar a ella me destroza.

—Hola —dice una mujer de la edad de Iris, mirándome coqueta—. ¿Y tú eres?

Mira a Iris y luego a mí, espera saber si somos algo o estoy libre, con la clara intención de tirarme los trastos. Me apoyo en la mesa de billar y espero a ver cómo Iris sale de esta.

—Un amigo... Solo eso —responde, apartando la mirada.

—¿Y se llama?

—Tiene boca y puede responder solito. Vamos, si quiere —me dice Iris algo borde.

Está celosa. Me sorprende y me gusta.

—Romeo.

—Dios, me encanta ese nombre.

—Solo es un nombre. Mi padre me lo puso porque mi madre lo odiaba.

—Vaya, qué cruel. —Pone su mano en mi brazo—. ¿Y cómo se lo tomó ella?

—Genial. Nunca me ha llamado por mi nombre.

—¿De verdad?

—Sí, para ella siempre he sido «¡eh, tú!».

—Oh, qué triste. —Acaricia mi brazo y se acerca—. ¡Qué triste historia!

Miro a Iris y veo cómo coloca las bolas del billar. Parece ajena a todo, pero sé que está escuchando y le molesta que haya contado esta historia. Aunque en cierta manera, a mí me da igual que el retorcido de mi padre me pusiera ese nombre porque ella no lo soportaba, ya que le recordaba a su primer amor, el que le rompió el corazón al irse con otra y dejarla sola.

Alis acaricia mi pecho.

—¿Puedo jugar? —pregunta.

—Claro —dice Iris—. Yo voy a buscar otra pareja. Vosotros podéis jugar juntos.

Iris se marcha a por uno de sus compañeros y este acepta encantado.

Está celosa, y no puedo evitar sonreír por eso.

# Capítulo 35

## Romeo

—Romeo, este es Fermín —dice Iris regresando con su compañero.

—Encantado —lo saludo—. Y ahora podemos dejar de hablar y empezar a jugar.

—Claro, no vaya a ser que sigas desplegando más encanto y no cojamos aquí por culpa de tu ego.

Iris me sonrío y se dispone a romper el triángulo.

Lo hace con tanta fuerza que acaba por meter dos. Fermín se pone contento y la abraza con mucha familiaridad. Cuando falla, me toca tirar y pienso si dejarme ganar o ir a por todas. Al ver la cara de sobrado de Fermín, lo tengo claro: bajarle los humos.

—Vaya, he fallado —digo cuando fallo tras meter cuatro bolas.

—Sí, qué lástima —comenta Alis—. Eres increíble.

Me acaricia los brazos, expuestos al llevar la camisa arremangada.

—Lo sé —le digo siguiéndole el juego.

—Dios, no sé cómo te soportas a ti mismo —señala Iris tras bufar.

—Ya sabes que soy adorable...

—Sí, cuando quieres —me replica.

Fermín tira y mete una bola.

Pierde y me mira de reojo.

No le gusta perder, pues que se joda.

Alis tira y mete una tras acercarse bien a la mesa de manera seductora con miraditas incluidas.

—¿Si quieres te dejo la casa libre? —me dice Iris al oído.

—¿Para?

—¿Te vas a hacer el tonto?

—No. —Le guiño un ojo y espero a que tire.

Iris tira y, al mirarla sonreír tras colar una, me recuerda a cuando jugaba con Owen y me miraba... Un momento, ¿me miraba? Sí, ahora al verla jugar

recuerdo como me sonreía a mí. No a mi hermano...

—Te toca —me indica Alis, acariciándome el brazo—. O si prefieres no acabar la partida podemos perdernos los dos juntos —me susurra al oído.

Yo sigo afectado por lo que he recordado.

—No me gusta follar en viernes.

Me mira impactada, pero parece que le gusta mi sinceridad.

Iris sonrío. Espera que Alis se espante, pero yo sé que no lo hará.

—¿Y en sábado?

—No, solo me gusta hacerlo en luna llena, como los lobos.

—Para sacar a la bestia. —Se ríe. Se muerde el labio y me mira demasiado forzada—. A mí me encanta los fieras en la cama...

—Y a mí, por eso lo hace conmigo durante toda la semana —dice Iris con una sonrisa—. ¿Podéis dejar de ligar y centraros en la puñetera partida? ¿O si no os perdéis de una maldita vez y así dejamos de resbalarnos con vuestras babas?

—¡Lo sabía! ¡He ganado la apuesta! —grita Alis corriendo hacia la mesa donde estaban sus amigos.

—¿Era una apuesta?

—Sí, la hicieron cuando entré y me puse detrás de ti.

—¿Lo sabías?

—Claro, soy el mejor en mi trabajo. Me adelanto a los acontecimientos. Eres una celosa —digo cuando pone morros de enfadada—. Alis se ha dado cuenta y ha sabido qué decir para que explotaras.

—¡Ja! Qué ilusión...

—No te enfades —le pide Fermín, abrazándola—. Has dicho la verdad, ¿y qué si os acostáis? No es delito, y eres libre para hacer lo que quieras. Ahora sigamos la partida. ¡Alis! —la llama.

Alis viene y sigue jugando con nosotros, esta vez sin teatro. Aunque parece mentira, tras la confesión que ha hecho Iris se suelta más y acaba por reírse con sus compañeros, estar más suelta.

Se nos hace tarde cuando salimos del bar. Hemos cenado con sus compañeros, bocadillos y muchas patatas fritas.

Al ir de camino a mi casa, Iris no deja de sonreír, y me encanta verla así.

—¿Te ha molestado? —me pregunta casi llegando.



—¿Que seas una celosa empedernida?

—Idiota. No soy tan celosa o nunca lo he sido —admite, y me gusta saber que en algo soy diferente a Owen—. Entendería que me dijeras que te quieres ir con ella o... con otra. Pero me dolería —admite.

—¿Por qué? —No debería preguntarlo. Su respuesta solo me hará daño y lo sé.

Ella también, por eso sonrío con tristeza.

—No quieres saberlo.

—Sí... Pero me asusta —confieso.

—Entonces mejor dejarlo aquí —me dice triste.

Me acerco a ella y la beso. Soy un cobarde, o tal vez solo esté asustado porque, si me dice que me quiere, me costará mucho dejarla marchar.

—Me encantaría ser otro hombre... Alguien que no arrastrara mi pasado y que no tuviera tanto miedo a perder a quien más quiere.

—Pero no lo eres, y por eso te estoy empezando a querer... un poquito —admite al fin.

Sus palabras me calan hondo y me hacen sentir una dicha que nunca he sentido con alguien que no sea de mi familia. La abrazo con fuerza y me pregunto por qué no es todo más fácil. Nunca pensé que ella me quisiera. Tal vez no esté enamorada de mí, pero me quiere a mí... Al roto, al borde, al que sin que lo sepa se muere de amor por ella.

# Capítulo 36

## Iris

Me estoy dando una ducha tras una noche en la que no he dormido con Romeo. Después de decirle lo que sentía, noté que necesitaba distancia y, al informarlo de que me iba a mi cama, percibí alivio en su mirada.

Tal vez no le gusta saber que no he cumplido la promesa de solo sexo o... como dijo, no puede ser otro hombre, otro que esté sintiendo algo más que deseo como yo.

Yo cada vez tengo más claro que no quiero a otro, que solo lo quiero a él. Para bien o para mal, al corazón no se le ordena a quién debe amar; él simplemente ama a quien le da gana. Tiene vida propia y no nos queda más remedio que vivir sabiendo que, aunque no nos guste, latirá fuertemente solo por la persona elegida. Aunque sus latidos te duelan porque no la tienes.

Salgo y me marcho a mi cuarto. Es entonces cuando escucho la voz de Owen y a un niño llorar.

Su hijo.

Me cambio de ropa y escribo a Romeo al móvil.

¿Salgo o me escondo en el armario?

Mejor te escondes bajo la cama, y si te encuentras al hombre del saco, lo saludas.

Lo leo y sé que está de broma.

Sal. Has llenado la casa de chismes tuyos. Ya saben que estás aquí porque corres peligro, no porque nos acostemos, por si te apetece gritarlo a los cuatro vientos, otra vez.

¿No quieres que lo sepa?

Responde tajante.

Ya sabía lo que había. No debería molestarme.

Salgo y observo a Lilliam, tan rubia y tan perfecta como cuando la conocí aún siendo yo la mujer de su marido... ¡Qué lío todo!

Me ve y se acerca para darme un abrazo. Es maravillosa. Owen tiene mucha suerte de tenerla.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, mi vida ha pasado de aburrida a sacada de una mala película de policías.

Owen sonrío antes de darme un par de besos.

Lleva a su hijo en brazos. Lo miro y pienso que es perfecto, adorable...

Le acaricio la cabecita y le dejo un beso en la frente antes de irme hacia Delia, que no se separa de su tío.

Le doy un par de besos.

—Entonces, ¿nos vamos a pasar el día fuera o no podemos por ella? —pregunta Delia algo borde.

Owen la mira con reproche.

—Yo mejor me quedo aquí... Quiero adelantar trabajo.

No me apetece mucho ir con mi ex y mi actual... lío, que además es su hermano.

—Como quieras... Hay comida en la nevera —dice aliviado Romeo—. No abras a nadie y, si quieres salir, llama a Alair para que te saque...

—Claro, como si fuera un perro... Puedo cuidarme sola.

—Por supuesto. Estás en mi casa porque puedes cuidarte sola y no te metes en problemas cada dos por tres.

—¿Te estás escuchando? Este follón en el que estoy es por culpa de tu plantilla, así que asume tu culpa y no me lo echas en cara.

Nos miramos desafiantes hasta que Owen se pone delante y me sonrío.

—Si quieres salir, nos llamas y venimos a por ti.

—De acuerdo.

Me despido de ellos y me quedo en casa sola.

Al poco recibo un mensaje de Romeo.

Puedes estar enfadada conmigo, pero, por favor, no te pongas en peligro.

No estoy enfadada. Sé qué soy para ti.

No, no lo sabes, y aunque lo supieras... No importa.

A mí sí me importa.

Cuídate y no hagas tonterías. Es tu vida la que está en juego. Si te matan una vez, no tienes vidas extras.

Game over.

No le respondo, igual que él ha pasado de contestarme a mí. Pienso qué hacer y acabo por llamar a Alair para ir a dar una vuelta. No lo hago por Romeo, lo hago por mí, porque me importa mi vida.

# Capítulo 37

## Romeo

Me cuesta mucho mirar el móvil o escribir a Iris con Delia pegada a mí todo el día. Sé que está con Alair porque este me ha escrito para decirme que le debo horas extras, pero aún así me preocupo.

—¿Qué te pasa? —le pregunto a mi sobrina cuando nos quedamos sentados solos en un banco del parque mientras mi hermano se va con su mujer y su hijo a dar un paseo cerca para ver si así se duerme el pequeño.

—Nada... Estoy genial —me dice alzando los hombros.

—¿Todo bien en el colegio?

—Como siempre... Muchos idiotas que van de gallitos. No me preocupa.

—¿Y fuera del colegio?

—¿Fuera?

—¿No tienes amigas o amigos?

—Vosotros... Soy feliz, si es tu siguiente pregunta.

—Deberías tener amigos, salir por ahí...

—Tengo diez años, si le digo a mi padre de salir, le da un infarto o me acaba por poner un cinturón de castidad. —Me río por como lo dice—. Estoy bien así.

—Yo a tu edad tenía pocos amigos, solo a Owen vamos... pero siempre quise tener más, ser parte de esos grupos de gente que parecían ser una piña pasara lo que pasase —le confieso.

—Sí, pero en esos grupos no siempre entran las personas que tiene personalidad propia y pasan de hacer lo que diga el cabecilla. Es el precio que pago por ser diferente y pensar con libertad —me responde, dejándome una vez más de piedra por sus razonamientos.

—Seguro que hay alguien que no es así, que solo quiere tu amistad...

—¿Lo hubo para ti? —me rebate, y no le contesto, dando la callada por respuesta—. Si un día tiene que llegar para mí un superamigo, lo haré, si no, no pasa nada. Soy feliz. Os tengo a vosotros. Y, aunque no te lo creas, eso es

mucho más de lo que siempre pedí.

Me conmueve, pero me gustaría que lo tuviera todo, que fuera feliz, que nunca llorara por sentirse sola. Hago algo que no suelo hacer con ella. Paso mi brazo por su cintura y la atraigo hacia mí para abrazarla. Me mira y sonrío antes de abrazarme con fuerza.

—Sé que tú nunca me dejarás sola.

—Nunca. Sois lo más importante de mi vida.

Yo entiendo lo que siente Delia, ese amor y agradecimiento por su familia. Lo siento y lo he sentido.

Owen regresa con el pequeño ya dormido, dando un pequeño beso a su mujer. Me mira y sonrío al descubrirme abrazado a su pequeña, y veo el amor en su mirada.

Al ver a Delia abrazada a mí con fuerza y los ojos llorosos, síntoma de que no está tan bien como dice, sé que no puedo permitirme el lujo de alejarme de mi familia; aunque Owen con el tiempo me perdone, los pequeños crecen muy rápido y quiero estar a su lado sin perder un instante en que puedan necesitarme.

—¿Qué le pasa a Delia? —pregunto a Owen cuando nos quedamos solos mientras Lilliam mira ropa para sus hijos en una tienda enorme de un centro comercial.

—Le pasa que no entiende que es pequeña para andar enamoriscada de nadie.

—¿Enamorada de alguien?

—Sí, del hijo de Christian. —Es un amigo de mi hermano—. Ella lo niega, pero soy su padre y la conozco mejor que nadie.

—¿Y qué ha pasado?

—Que Chris tiene novia y en una de sus conversaciones se lo ha dicho como si nada, ya que son amigos... Delia no se lo tomó muy bien. No sé qué hacer para que sea feliz, por eso pensé que venir a verte ayudaría.

—¿Cómo puede gustarle ese crío que le saca cuatro años?

—Casi cinco, y ni idea, pero ella está empezando a vivir y el otro a madurar... Ahora mismo viven en mundos distintos. Espero que se le pase

pronto. En qué momento dejé que Chris la llevara al baile del colegio con ocho años...

—En el que tu hija sufría porque nadie quería ir con ella.

—Creo que no lo ve de verdad, sino que lo tiene como ese niño que le dio una noche especial... Ya se le pasará. A mí se me pasó mi primer amor.

—De tu profesora.

Owen se ríe.

—Era preciosa.

—Sí, pero no dejaba de ser diez años mayor que tú.

Owen sonríe.

—¿Y tu primer amor? Nunca me has hablado de ello.

—Me llegó tarde.

—¿Cuándo?

—Cuando estudiabas en la universidad.

—Pues sí que tardaste en enamorarte —me pica—. ¿Y quién era?

—Nadie importante.

—Y se pasó, ¿no? —Asiento sin mirarlo—. Pues ya se le pasará a Delia, como nos ha ocurrido a todos, y llegarán otros.

—Claro.

Si es como yo, no. Mi primer amor fue Iris, hasta ese momento pensaba que yo no tenía la capacidad de amar a alguien. Entonces la conocí y todo cambió, menos lo que siento por ella que, con los años, no se ha extinguido. Espero que Delia sea más como su padre y no sea de las que cuando aman lo hacen para siempre.

Llego a casa y me encuentro a Alair e Iris viendo una película en mi salón.

—Hola, jefe. ¿Pizza y cerveza?

—No, gracias.

Iris no me mira y sigue comiendo.

—¿Qué tal el día? —me pregunta Alair.

—Muy bien. Voy a darme una ducha. Ahora salgo.

—Claro, tú como si estuvieras en tu casa —me responde con guasa.

Me voy al servicio preguntándome por qué confío en él si siempre me desafía, y sé que lo hago porque siempre está ahí cuando se le necesita, aun cuando no se lo diga.

Al salir de la ducha, Alair se ha ido e Iris está en la cocina recogiendo la cena.

—¿Quién fue tu primer amor? —le pregunto apoyado en la puerta.

Se gira y me mira curiosa.

—¿Mi primer amor? —Asiento—. Un niño de mi clase. Me levantaba todos los días feliz de saber que iría a clase y lo vería. Era una sensación mágica.

—¿Lo olvidaste?

—Sí, pero lo que sentía de algún modo sigue en mí, aunque no lo quiera ya o aunque pueda amar más a otra persona. Ese enamoramiento, esa felicidad solo por que me mirara o me sonriera, la recordaré siempre.

—¿Tuviste algo con él?

—No, pero no hacía falta. Sufrí, pero ahora sé que no quería más.

Pienso en Delia, en que, aunque esté sufriendo, es parte de la vida: amar y perder. No soporto verla sufrir, pero no puedo evitar que viva y experimente cosas nuevas.

—Siento lo de hoy —le digo cuando se acerca.

Alzo mi mano y acaricio su mejilla.

—¿El qué? Sé que estoy de paso en tu vida y que no quieres sentir nada por la exmujer de tu hermano por si este no se lo toma bien. Lo sé todo...

Asiento incapaz de decirle la verdad. Se alza y me besa, y sé que estoy perdido, que no sé cómo podré decirle adiós.

Todo sería más fácil si ella no sintiera nada, porque lo aceptaría, pero como me diga que me ama no habrá día que no recuerde ese instante y lo añore.



# Capítulo 38

## Iris

—¿Estás segura? —me dice un policía antes de meterme un chip indetectable en el brazo.

—Sí. Si queremos pillarlo y que no tema que me use para hacer daño a Ulises, es lo que hay.

—Puedes decir que no.

—Ya... pero no me gustan las injusticias.

La policía me llamó para informarme de que quien me amenazó me sigue la pista y que no se acerca a mí porque Romeo está vigilándome. Me quedé de piedra cuando me lo dijeron, aunque en el fondo sabía que lo haría. Por eso no se ha acercado y la policía cree que, si me ve sin su vigilancia, puede intentar secuestrarme para hacer salir a Ulises, ya que piensa que a Romeo le importo lo suficiente para presionar a su empleado.

Estoy aterrada, pero no tanto como creía.

No conocía este lado de mí.

Me explican cómo debo hacerlo. Tengo que irme de la casa de Romeo sin que se dé cuenta para que no me siga, por eso me dicen que me compre ropa de deporte y salga temprano a correr.

Espero que todo salga bien y, como piensan, no me hagan nada. Dicen que, aunque son peligrosos y han amenazado a mucha gente, nunca han matado a nadie.

Espero no ser la primera.

Salgo de la comisaría y busco a Romeo. Lo veo en un coche que no es el suyo. Se hace el disimulado y piensa que como lleva una gorra y gafas no lo reconozco.

No sabe que lo reconocería entre cientos de personas. Hay algo en él que me hace localizarlo como si tirara de mí un lazo invisible.

Lo llamo cuando ya no puedo verlo.

—Hola —le digo cuando me responde—. ¿Dónde estás?

—En la ciudad —responde, tal vez para no mentirme.

Sonríó porque no me dé una excusa o información falsa. Yo tampoco puedo juzgarlo, porque también le estoy ocultando cosas.

—Era por si te apetecía ir a cenar y tomar algo por ahí.

—Me parece bien. ¿Dónde quedamos?

—Te mando la dirección de un restaurante que me encanta y te espero allí, ¿vale?

—Genial, ahora nos vemos. Ten cuidado.

—Siempre lo tengo.

Ando hacia donde hemos quedado y no puedo evitar sentirme observada. Saber que me persigue mi atacante me pone nerviosa. Pese a eso, ando normal, sin delatar mi miedo, porque si no todo el plan se estropearía y estoy cansada de vivir así.

Quiero tomar yo las riendas de mi vida y que el miedo no decida mis pasos.

Llego al restaurante donde he quedado con Romeo y lo espero sabiendo que no tardará mucho porque me ha estado siguiendo.

Pido una mesa para dos y me siento a esperar. Está cerca de la ventana, por eso lo veo llegar.

Me sonrío al verme antes de entrar. Lo hace sin ocultar nada y me doy cuenta de cómo han cambiado las cosas, de cómo se está abriendo a mí y me está dejando ser parte de su mundo.

Sé que no podrá haber nada, pero sin él darse cuenta me lo está dando todo.

Entra al restaurante y viene hacia mí. Tan guapo para mí que me duele mirarlo. Cuanto más lo quiero, más impresionante me parece cada gesto, cada detalle, cada centímetro de su persona. Y es que el amor no es que nos ciegue, es que nos hace ver en el otro un sinfín de detalles que al resto de personas se le escapa a la vista por no saber mirar lo que de verdad importa.

Estoy enamorada de este hombre...

—No has tardado mucho —le digo cuando se acerca.

Se sienta a mi lado y duda de si darme un beso o no, al final soy yo la que se levanta y lo besa.

—Estaba cerca. —Aparta la mirada porque no me quiere mentir.

Ahora que sé la verdad no puedo evitar pillarlo en cada renuncio.

—¿Qué tal la tarde? —le pregunto mientras lee la carta.

—Aburrida. ¿La tuya?

—Interesante.

Nos miramos. Sé que se muere por preguntarme de qué he hablado con la policía, pero no lo hace.

Pedimos y deja su mano sobre la mesa. Alzo la mía y la entrelazo con la suya. Me encanta tocarlo, perderme en su piel, sentir sus caricias... Sus miradas cargadas de ternura y de tantos deseos de ser querido.

—¿Has sabido algo de Ulises? —pregunto.

—No, ya sabes que está oculto.

—Lo sé... Ojalá todo se resuelva pronto.

—Sí.

—Así podrá volver a mi piso sin correr peligro.

—Claro, lo estoy deseando —dice mirando por la ventana.

Nos traen lo que hemos pedido y nuestras manos se separan.

—¿De verdad quieres que me vaya de tu vida?

—Solo hemos hablado de que vas a volver a tu piso...

—Pero un día lo tendré que hacer... No podré ser tu amiga sin más —le confieso, notando un nudo en el estomago al hablar claro.

—Lo sé. Yo tampoco —admite.

Nos quedamos en silencio y comer se me hace muy difícil. La cena no me la imaginaba así. Tal vez por eso no pedimos postre ni damos muchas vueltas a la hora de marcharnos a casa.

Caminamos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Ha llegado el momento de hablar claro, de decir lo que siento, de ser valiente... Tal vez lo haga ahora porque temo lo que pueda pasarme o porque estoy harta de callar y conformarme.

Sea como sea, no quiero que esto acabe, pero al menos, si lo hace, que él sepa la verdad.

—¿Tan malo sería intentar una relación?

Romeo se tensa y noto como pierde el color del rostro al mirarme, como en sus ojos reina una auténtica batalla donde hay alegría y miedo.

—Sí —dice con un pesar que me cala hondo—. Owen es mi única

familia, sus hijos lo son todo para mí... Delia es mi princesa. Me necesita a su lado, a todos, ya ha sufrido demasiado al no ser entendida ni comprendida por ninguna familia de acogida antes de Owen y Lilliam... Si Owen se molesta o se enfada, me tocará darle tiempo, esperar que entienda que quiero estar contigo —confiesa al fin—. En ese tiempo mis pequeños crecerán y estaré lejos... Me aterra pensar que no podré estar cerca o que, cuando regrese a su lado, ya nada sea igual y haya perdido a mi familia. O que Delia se oculte de nuevo porque piensa que una persona más a quien ha querido la deja de lado. Yo sé lo que es eso. Por eso no puedo cargar con la culpa de hacérselo a ella.

—Entiendo. Gracias por ser tan claro.

—No lo entiendes...

—Sí, comprendo que no merezco el riesgo porque los quieres más a ellos y porque son tu vida. Y tal vez esté de paso...

—No lo entiendes —dice perdido, y noto como le cuesta pronunciar cada palabra.

—Te quiero, Romeo... Estoy enamorada de ti —confieso, y mis palabras lo dejan más devastado. Cojo su mano—. Te quiero tanto que quiero que seas feliz, por eso un día me iré y te diré adiós sabiendo que lo nuestro nunca pudo ser, pero no por eso te querré menos.

Noto que cae una lágrima por mi mejilla, una que Romeo me seca entre caricias.

—Todo hubiera sido más fácil si esto que sientes hubiera pasado hace años...

—¿Antes de Owen? —Asiente—. Es que nunca me viste, nunca me dejaste entrar en tu mundo... Yo me cansé de inventar excusas para llegar a ti, porque desde que te vi te he deseado, Romeo, y tú me rechazaste.

Me mira desconcertado y se aleja.

—Eso es mentira...

—Eso es cierto. ¿Acaso no recuerdas mis tontas excusas, como no saber dónde estaba la biblioteca? ¿O cómo te pedía cualquier cosa? Nunca me mirabas, nunca me hablabas, y la fuerte atracción que sentí por ti se pasó o se ocultó porque no tenía sentido.

Se pasa la mano por la cara.

—¿Me estás diciendo que si te hubiera hecho caso tal vez no te hubieras

casado con mi hermano? Te enamoraste de él estando yo cerca...

—¡Tú siempre estabas lejos de mí! —Se pasea por la acera—. No te culpo... Yo quise a Owen, pero no lo amo como a ti. Y esa es la verdad. Tal vez, si me hubieras hecho caso, nunca hubiera acabado con él... Pero eso nunca lo sabremos porque te mueres porque la gente te quiera, luchas por los que más quieres, pero te cuesta mucho aceptar ser amado. La vida pasa, Romeo, y, o empiezas a aceptar lo bueno que tienes y a dar lo que deseas sin esperar nada, o llegará un día que no solo te arrepentirás de todos los abrazos que no recibiste, sino de todo los que por miedo no diste. Y esos... Esos serán los más dolorosos, porque los hubieras podido evitar. Si los quieres, házselo saber. Porque cada vez que no los abrazas por miedo estás perdiendo un segundo del tiempo que tienes para amarlos como se merecen. Esos segundos tienen fecha de caducidad, si no lo aprovechas, los pierdes para siempre...

—Necesito estar solo —me dice antes de alejarse de mí, de dejarme sola en mitad de la calle.

Me quedo sola viendo cómo se pierde entre las sombras, y siento miedo. Más cuando alguien me pone una mano en la boca.

—Dios, como ha costado que te perdiera de vista... Nos volvemos a ver, preciosa. A ver si esta puta vez le llega el mensaje a Ulises, si ve que tu vida está en peligro.

Y, tras decir esto, lleva a mi nariz un pañuelo húmedo y el contenido me hace perder el sentido.

Nada está pasando como estaba planeado.

No estoy preparada...

Estoy aterrada.

# Capítulo 39

## Romeo

Estoy perdido. No puedo dejar de recordar las palabras de Iris y sé que tiene razón, pero no puedo hacer más...

Mi mente recuerda lo que me ha confesado sobre la universidad, sobre como yo la apartaba de mí. No lo recordaba así hasta que lo dijo en alto y vi esos momentos en los que ella me buscaba y me preguntaba cosas. Como siempre, la cagaba siendo un imbécil, pero había olvidado su mirada de dolor cuando me comportaba así, no pensaba que a ella pudiera afectarle. Creía que, más bien, yo a ella no le importaba nada y que lo que le dijera daba igual.

Estaba tan encerrado en mí mismo que lo rechazaba todo...

Llevo años quejándome por la falta de cariño, sabiendo mis limitaciones a la hora de darlo, sin darme cuenta de que uno no puede quejarse de algo que luego rechaza porque es más fácil seguir con la vida que tiene que aceptar los cambios que se le ponen por delante.

Me paseo nervioso, ciego de rabia, de dolor...

Ella está enamorada de mí. ¿Y ahora qué?

No lo sé. Esa es la respuesta.

Era todo más fácil cuando solo era deseo, cuando pensaba que, si me dejaba, era porque no sentía nada. Ahora tengo que elegir entre la posibilidad de perder a mi familia o perderla a ella, otra vez.

Me siento un ser horrible y siento que soy como mis padres, esas personas a las que la vida los ha hecho incapaces de sentir nada, de dar una pizca de amor.

Soy como ellos, porque nunca he dicho «te quiero» o no me he dejado perder por mucho tiempo en el placer de las caricias. He dejado que mi dolor apagara todo lo demás y me sumiera entre las sombras para que la luz no me cegara, temiendo perder lo que más quería. Sin ser consciente de que, siendo como soy, es cuando pierdo.

Estoy perdiendo a Iris...

Tras decir eso, me doy cuenta de que la he dejado sola, sin vigilancia, sin protección. Corro aterrado hacia donde estaba, pero... ya no la encuentro. La busco y no veo nada.

Voy corriendo hacia mi casa con la esperanza de que esté allí, al tiempo que llamo a Alair.

—He perdido a Iris —le digo cuando descuelga.

—¿La has perdido porque se ha cansado de que pases de ella o...?

—¡No sé dónde está y puede estar en peligro!

—Vale, vale...

—¿Quién es?

—Mi jefe, cariño. Sigue durmiendo —le dice a su novia, con la que sé que ha vuelto desde hace unos días—. Voy para tu casa...

—No, ve a casa de Iris para ver si está allí mientras yo voy a la mía, donde me temo que no estará.

—Oído, jefe, y tranquilo. Estará bien.

—Eso no lo puedes saber con seguridad.

Cuelgo y llego a mi casa; como ya temía, no hay nadie. Me marchó hacia la casa de Iris y, al llegar, veo a Alair saliendo de esta.

—No está. Pero no tiene por qué estar mal.

—Siento que algo no va bien.

Duda de si poner su mano en mi pecho en señal de apoyo, pero no lo hace porque teme que lo rechace. Tal vez esto pasa siempre. Rechazo sin querer todos los gestos de cariño.

—La encontraremos.

—Sí. Gracias por estar aquí.

—Es por la noche, pagas muy bien las horas nocturnas —bromea, y sé que estaría aquí aunque no le pagara.

Estamos preparando una ruta cuando me llega un mensaje al móvil. Es una foto de Iris en el suelo:

Te doy ocho horas para que llames a Ulises y le digas que regrese.  
O ella lo pagará...

Me quedo helado.

Alair coge mi teléfono y lo lee maldiciendo.

Me cuesta reaccionar, por eso cuando llama a Ulises al teléfono de contacto no puedo detenerlo antes de que hable.

—Ven echando leches aquí. Iris está en peligro.

—Ahora mismo voy. —Escucho que dice Ulises.

—Tú no lo hubieras llamado. Eres demasiado leal a todos... Yo pienso que cada uno debe cargar con su mierda y, para otra vez, que Ulises hable antes con sus amigos en vez de aceptar ese tipo de trabajos.

No digo nada. Sé que tiene razón y que me ha puesto fácil el paso a dar; también sé que no dejaré que Ulises se enfrente a esto solo. Es mi amigo y no está solo.

No nos queda más que esperar a Ulises, que por suerte no tarda en llegar.

—¿Y ahora qué hago?

—Ahora qué hacemos. Estamos juntos en esto —le digo con firmeza porque no pienso discutirlo.

—A mí me encanta una buena pelea —dice Alair—. Así que me apunto.

Ulises sonrío y noto alivio en su mirada. No quería enfrentarse a esto solo, pero lo hubiera hecho.

Me pregunto cuántas más cosas me he perdido por el camino mientras estaba tan preocupado mirando mi ombligo.

Pienso encontrar a Iris... No puedo pensar en la posibilidad de que ella salga herida.



# Capítulo 40

## Iris

—Vamos, bonita. Despierta —me dice mi secuestrador, trayéndome una bandeja de comida.

—No tengo hambre.

—No está envenenada. No tengo nada contra ti.

—Sí, pero me has usado...

—Quería que Ulises saliera y Romeo no iba a protegerlo si te ponía a ti en peligro.

—Lo conoces bien.

—Romeo hace años hizo un trabajo de guardaespaldas para un amigo mío. Hasta que recibió un tiro y se dio cuenta de dónde estaba metido. Desde entonces tiene más cuidado. Ya no es ese jovencito. —Ahora todo encaja—. En esta ciudad nos conocemos todos —me confiesa.

Tiene sobre unos cincuenta años, pero está en forma. Su padre debía de ser muy mayor cuando lo protegía Ulises.

—Ulises no tiene la culpa de lo sucedido.

—Se le contrató para proteger a mi padre y... no lo hizo. Ahora, que pague.

—¿Lo vas a matar?

—No, pero lo dejaré lisiado. No soy un animal.

—Él seguro que lo dio todo para protegerlo...

—Hay vídeos de seguridad y dudó. En ese instante de duda la bala le dio a mi padre y no a él...

—Seguramente dudaría por su familia, pero reaccionó eligiendo salvar a tu padre pese a todo.

—No me basta. Quiero que pague. Luego me iré y os dejaré en paz. Y ahora come, bonita.

Voy a apartar la bandeja y, al hacerlo, veo un vendaje en mi brazo. Lo abro y compruebo que mientras estaba inconsciente me han quitado el chip del

brazo. Seguramente, mucho antes de llegar aquí. ¿Y ahora qué?

El pánico y el miedo me invaden. Tengo que pensar cómo salir de esta sola.

## Romeo

Ulises ha encendido su viejo móvil para llamar a la persona que tiene a Iris retenida. Está hablando con él cuando una patrulla de coches de policía se nos acerca sin llamar la atención.

—No sé donde está Iris, pero sí sé dónde quiere verme a mí —dice Ulises—. Después de hablar conmigo, la soltará.

—Hola —nos dice un agente de la policía—. Romeo, soy Arnol, el encargado de la seguridad de Iris.

—¿El encargado de su seguridad? —pregunto confuso.

—Sí, ella ha estado colaborando con la policía.

Lo miro incrédulo.

—¿Y dónde está?

—Le perdimos la pista cuando le quitaron el chip del brazo.

—La policía siempre cagándola —indica Alair.

—No éramos nosotros los que la estábamos protegiendo cuando fue secuestrada —apunta y me mira—. Si queremos recuperarla y que tú —dice mirando a Ulises— recuperes tu vida, será mejor que colaboremos todos juntos.

Lo pienso y asiento. Quiero que todo esto acabe para volver a la normalidad; sobre todo, necesito saber que ella está bien y que no corre peligro. Me cuesta recordar mis años de entrenamiento cuando es ella la que está secuestrada.

# Iris

Espero al secuestrador tras la puerta y, cuando la abre, le estampo con fuerza la bandeja en la cara.

Maldice y trata de cogermme, pero corro con rapidez para escapar.

Huyo hacia la puerta de salida y salgo.

Me encuentro en medio de la nada y pienso en volver, hasta que lo veo correr hacia mí.

Empiezo a correr sin saber a dónde voy, temiendo que el camino elegido sea peor que haberme quedado quieta.

# Capítulo 41

## Romeo

Ulises llega al lugar de encuentro, pero el secuestrador de Iris no se presenta.

Miro a Arnol.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ni idea...

—Lo mismo nos ha visto.

—Imposible.

—A partir de ahora las cosas se hacen a mi modo. —Voy hacia donde está Ulises—. Nos vamos. Hay que pensar cómo traer a Iris de vuelta.

Estamos a punto de irnos cuando suena el móvil de Ulises. Es un mensaje:

Nunca quise que a ella le pasara nada...

Tras esto, aparece la dirección de un hospital.

—¡Nos ha pillado! —estallo al ir hacia mi coche.

Voy hacia el sitio donde está Iris, seguido de mis amigos, temiendo lo que le ha podido hacer ese hombre sin escrúpulos.

Estamos llegado al hospital cuando Arnol nos comunica que el secuestrador ha sido detenido al traer a Iris al hospital. Las patrullas tenían aviso de detenerlo si lo veían y, al llegar con ella, en cuanto salió del hospital y fue hacia su coche, lo detuvieron.

Ahora pesa sobre él el secuestro de Iris y, aunque no lo han pillado por sus otros delitos, por este estará un tiempo en la cárcel; más si, como parece, ha tratado de matarla.

Solo de pensarlo me falta el aire.

Por eso, al preguntar por ella, no sé reaccionar y es Alair quien lleva la

voz cantante. No tardan en informarnos de que está bien tras llevarse un fuerte golpe en la cabeza con una piedra.

Llegamos a la sala de espera y no queda otra que esperar a ver cómo evoluciona todo.

La policía también está cerca, deseando que despierte para que haga declaraciones.

Los miro con rabia porque todo esto es por su culpa, por haberla usado como moneda de cambio...

Nunca los he odiado, hasta ahora.

## Iris

Me despierto agitada. Me duele tremendamente la cabeza.

Miro a mi alrededor y veo que estoy en un hospital.

Un médico llega y me dice que me relaje mientras me examina.

Recuerdo cómo he llegado hasta aquí y trato de hablar, pero tengo la boca seca.

—Descansa, te pondrás bien.

No quiero dormir más, pero acabo por cerrar los ojos igualmente.

Al despertar de nuevo, veo a Romeo, Ulises y Alair sentados en el sofá, esperando una reacción por mi parte. La escena me hace sonreír al ver a los tres grandullones compartiendo el minúsculo sofá.

Romeo es el primero en darse cuenta de que los observo y, al mirarme a los ojos, observo tanto alivio y tanto amor que, aunque no me lo diga, sé que me quiere más de lo que tal vez un día me exprese con palabras.

—Hola —dice levantándose—. ¿Estás bien? ¿Llamamos a un médico?

—Estoy bien. Tranquilo. —Coge mi mano y la acaricia.

Ulises y Alair se ponen a mi lado.

—Siento todo lo que te ha pasado por mi culpa —me dice Ulises, afectado.

—Yo quise hacerlo, y tampoco fue culpa tuya —indico llevándome la mano a la cabeza—, fue mía. Me escapé y, al correr por el bosque, me tropecé

y caí.

—Te trajo aquí en vez de dejarte herida —me informa Ulises—. No entiendo nada.

Noto que me pesan los ojos y, sin desearlo, me vuelvo a quedar dormida.

—¿Estás lista? —me pregunta Romeo desde la puerta mientras cojo el bolso.

Asiento y lo sigo lejos de aquí.

Me han dado el alta esta tarde y, salvo una fea herida en la nuca, todo se ha quedado en un susto.

Mi atacante, que ahora sé que se llama Enrique, me perseguía; cuando me caí, me trajo al hospital aun a riesgo de ser detenido o de que pensarán que no solo me había secuestrado, sino que había tratado de matarme.

Si el golpe hubiera sido letal, mi muerte pesaría en su condena.

Me ha sorprendido que actuara así alguien que me usó para hacer daño a otra persona.

He prestado declaración de lo sucedido y he dado mi versión.

No comentamos nada de vuelta a la casa de Romeo, aunque siento que esta noche será la última entre los dos. Ya no tengo motivos para seguir en su casa ni para seguir con él... Aunque me encantaría no tener que dejarlo nunca.

—Si quieres, me puedes dejar ya en mi casa y mañana voy a recoger mis cosas.

—Es tu primera noche fuera del hospital. Mejor que esta noche la pases con alguien, ¿no?

—Sí. También puede ser nuestra despedida —digo sin mirarlo.

No responde, pero esa es la realidad.

Tenemos una noche para decirnos adiós.

Aparca en el garaje y, tras coger mis cosas, subimos a su casa. Entramos y voy a dejar mis cosas en el cuarto de invitados.

Noto un fuerte pesar en el pecho al ser consciente de que cada segundo que pasa es uno menos a su lado.

# Capítulo 42

## Romeo

Saber que esta será nuestra última noche juntos, me mata. Pero ¿qué puedo hacer?

Iris viene a mí tras dejar sus cosas.

Abre la boca para hablar, pero no la dejo hacerlo. Cojo su cara entre mis manos y la beso sin dejar de decirle, sin palabras, cuánto la quiero.

Su lengua danza con la mía en un baile donde no hay deseo, solo amor y la sombra de la despedida marcando nuestros pasos.

Por eso no hay prisas. Solo el deseo de que esta noche no acabe nunca.

Entre caricias y miradas cargadas de cientos de mensajes que tal vez nunca se expresen en voz alta, nos quitamos la ropa y vamos hacia mi dormitorio.

Ya en la cama, la pongo sobre mí, sintiendo como su cuerpo se amolda al mío y como mi deseo crece entre sus piernas.

Se introduce poco a poco mi miembro sin dejar de mirarme. Sin dejar de contemplarme con esos ojos que parecen dos lagos y con esa sonrisa en sus rojos labios en los que me encantaría perderme todos los días de mi vida.

Se alza para luego dejarse caer, haciendo que entre más en ella.

Tiro de ella para besarla mientras nuestros cuerpos siguen danzando al unísono.

El orgasmo nos alcanza demasiado pronto, tanto que, cuando acabo, la abrazo con fuerza sin poder dejar que se aleje todavía.

—Te quiero, Romeo, y sé que siempre lo haré.

Se me parte el alma y mi corazón se encoge de dolor. Nunca esperé que nadie me amara, nunca pensé que cuando lo hiciera tuviera que dejarla ir.

Me invaden las dudas, los miedos, y mi decisión se tambalea cuando el amanecer llega.

Este no puede ser nuestro final.

# Iris

Me despierto sola en la cama. Es tarde y, por el cansancio tras haber estado en el hospital, me quedé dormida tras hacerlo con Romeo, entre sus brazos, sin aguantar un segundo despierta para poder exprimir al máximo la noche.

Salgo de la cama y veo varios corazones de origami hasta llegar a la puerta.

Noto el peso de las lágrimas antes de abrir el que tengo más cerca, sabiendo que serán palabras de despedida, aunque esperando en el fondo estar equivocada.

Te extrañaré.  
Te añoraré.  
Te buscaré en cada persona.  
Soñaré cada noche contigo.  
Despertaré cada día triste al no tenerte.  
Te querré para siempre.  
Te amaré como a nadie.  
No es fácil para mí dejarte ir...  
Ojalá todo fuera diferente...  
Porque no te diría adiós nunca.

Ya en la puerta noto como las lágrimas han bañado mi cara. Aprieto las notas contra mi pecho, triste, y en el fondo, aunque lo entienda, estoy decepcionada. Pero no puedo luchar por él. Es hora de luchar por mí y no darle tiempo ni espacio para esperarlo como hice con su hermano. He aprendido que, por lo mucho que yo me quiero, cuando alguien sienta lo mismo tiene que demostrármelo con hechos.

Salgo del cuarto y recojo mis cosas antes de darme una ducha reparadora. Con todo listo, busco a Romeo para despedirme.

Me quedo quieta cuando lo encuentro en el salón, abrazado a una Delia que no deja de llorar entre sus brazos, y me siento egoísta por haber esperado que lo dejara todo por mí. Delia y su hermano necesitan a su tío. Sobre todo Delia, que ya ha sufrido demasiadas separaciones.

Romeo alza la mirada y entrelaza sus ojos con los míos, dejándome ver su dolor.

—El amor es un asco —dice la pequeña—. ¿Dejará de doler algún día?



—Aprenderás a vivir con el dolor de no tener a quien quieres —le responde Romeo, y sé que en verdad lo dice por cómo me mira.

—No me pienso enamorar más en la vida...

—Te lo recordaré la próxima vez que te fijes en otro rubio guapo. —  
Delia sonrío y se separa para mirar a su tío a los ojos.

—Te quiero, tío.

—Y yo a ti, pequeña. Te quiero mucho.

Delia agranda los ojos por las palabras de su tío y lo abraza con fuerza, feliz al menos de contar con alguien a quien quiere y admira tanto.

Me voy hacia la puerta sin querer interrumpir la escena.

Abro la puerta de la casa y siento que alguien me sigue.

Me giro y abrazo a Romeo con fuerza por última vez.

Él hace lo mismo y ninguno puede hablar por la emoción del momento.

Me separo de él y voy hacia el ascensor. Lo miro por última vez, y ver que sus ojos están llenos de lágrimas contenidas me rompe en mil pedazos.

—Te quiero... Te querré siempre —me dice antes de que las puertas se cierren.

—Lo sé —le respondo antes de dejar de verlo.

No paro de pensar en si todo hubiera sido diferente si hace años él se hubiera acercado más a mí o yo hubiera insistido más... No dejo de pensar en lo retorcido que es el destino que me hizo enamorarme de Owen, aunque una parte de mí siempre fuera de ese moreno de ojos azules que vi por primera vez y que me atrajo como nunca.

Tal vez tuvimos nuestro *para siempre* y lo dejamos escapar porque no era nuestro momento.

No lo sé.

Solo sé que no tengo ni idea de cómo voy a remendar los cientos de pedazos en los que ahora se divide mi corazón.

# Capítulo 43

## Romeo

Me cuesta mucho seguir con mi vida sin Iris.

El trabajo no me absorbe como antes y he acabado por quedar más con Alair y Ulises, necesito algo más que trabajo. Al fin reconozco para mí que estaba cansado de solo vivir para trabajar.

Saben lo mío con Iris y por qué la he dejado ir. Se lo conté una noche, necesitado de sus consejos. Alair me abrazó y Ulises dijo que era una putada, pero que entendía mi miedo por lo que había vivido.

Aun así, siento que no he hecho suficiente.

Solo cuando estoy con mi familia siento que sí, o cuando veo a Delia sonreír porque poco a poco aprende a superar su primer amor.

Ahora estoy en mi despacho, donde apenas paso tiempo porque prefiero trabajar desde casa. Estoy revisando unas cosas cuando la puerta de este se abre. Alzo la cabeza para ver de quién se trata y me quedo de piedra.

Es mi padre.

Hace años que no lo veo y lo encuentro más viejo. Ya tiene casi sesenta años y se le notan mucho.

—Hola —me dice seco.

—Hola —le respondo en el mismo tono.

No sé qué decirle. Este hombre ha sido el detonante de mis pesadillas de niño y quien me ha hecho como soy ahora.

—¿Puedo sentarme?

—Claro.

Se acomoda y me mira.

—Tampoco esto es fácil para mí.

—Entonces no sé por qué has venido.

—Porque necesito trabajar... No puedo seguir pagando mis gastos con lo ahorrado.

—¿Ya no trabajas para tu hermano?

—No. Cuando me enteré del incendio a Owen, discutimos como nunca y... me echó de la casa. He podido sobrevivir con algunos trabajos y con lo ahorrado, pero ahora mismo me encuentro a punto de tener que vivir en la calle. Por eso te cuento esto y me humillo ante ti, porque necesito trabajar. Sabes que soy muy bueno.

Lo veo como nunca. No veo al hombre severo, al recto, al que me daba miedo... Solo veo a un hombre que ahora mismo se está comiendo su orgullo para no dejar de luchar.

—¿Por qué me trataste así?

—¿Así cómo, Romeo? —me responde—. Tu madre te quería dar en adopción, librarse de ti. Yo me hice cargo de ti. Te di una casa, te di comida y te eduqué para que nunca nadie te hiciera daño. ¿Qué hice mal?

—Nunca me diste cariño... Solo era un niño...

—Y yo no sabía ser de otra forma —admite, y aparta la mirada—. Lo hice lo mejor que sabía.

Y lo creo.

Por primera vez dejo de pensar en todo lo que no tuve y veo la realidad. Más ahora que sé que mi madre, que no tiene corazón, quiso darme en adopción, y que gracias a este hombre estuve cerca de mi hermano.

—¿Nunca has querido cambiar?

—¿Quieres la verdad para que me des un jodido trabajo?

—Tú has venido hasta aquí por miedo a quedarte en la calle.

—A que *nos* quedemos, porque ya no vivo solo —admite—. ¿Te acuerdas de Francis? —Asiento. Era la cocinera de la casa—. Pues ella dio la cara por mí en la discusión y la despidieron también. Le dije que no iba a dejar que le faltara de nada y buscamos casa juntos... Se puede decir que acabamos por enamorarnos y esas chorradas románticas para críos. —Sonrío por cómo le cuesta decirlo—. No quiero que sufra más.

—Te entiendo.

—Entonces, ¿me das el trabajo? —me pregunta esperanzado.

—No lo sé. Por tu culpa llevo años sin saber dar un puñetero abrazo o sin saber querer a la gente o...

—Acepto mi culpa, Romeo. Por no ser el padre más cariñoso del mundo, pero no me culpes a mí de tus errores. Yo ya cargo con los míos y cada uno

debe acarrear los suyos. Tú eres el único culpable de escudarte en tus carencias para no amar y no dejar que nadie te ame por miedo. Tú eres el único culpable de lo que pierdes mientras piensas que te encantaría ser amado.

Lo miro y sé que tiene razón. Llevo toda la vida escudándome en lo cabrón que era conmigo para justificar lo duro que yo era con otros, sin darme cuenta de que así me convertía en quien más detestaba.

Nos miramos a los ojos. Somos muy parecidos, y quizás sea la primera vez que lo hacemos.

—Owen tiene que dar también su visto bueno. Y está... —la puerta se abre y entra mi hermano— a punto de llegar.

—Hola, Owen —lo saluda mi padre, agachando la cabeza. Lo hace porque, para él, Owen siempre ha sido el hijo de su jefe. Veo como aprieta los puños y como le cuesta mirar a Owen como a mí. Es su hijo y no sabe cómo observarlo.

—Hola, papá —dice Owen, apoyándose en la mesa. Nuestro padre lo mira impactado—. Que no me hayas tratado como a un hijo no cambia el hecho de que eres mi padre. ¿Qué haces aquí?

—Ha venido a buscar trabajo —le digo, y le cuento el resto de la historia—. Por mí no hay problema en contratarlo. Sabemos que es muy bueno en su trabajo...

—Y un horror como padre —suelta de golpe—. Lo pillo.

—¿Sabes que tengo dos nietos? —le pregunta Owen.

—Sí, he pasado por tu casa alguna vez —admite avergonzado—. Delia es una niña preciosa.

Owen me mira sorprendido, pensando tal vez lo mismo que yo, que no conocemos a este hombre en absoluto y tal vez sea el momento de hacerlo.

Owen asiente.

—Confío en que mi hermano sabrá qué trabajo ofrecerte. —Asiento—. Y si alguna vez pasas por mi casa, toca al timbre, de momento no me como a nadie.

Mi padre alza la mirada y asiente, esta vez sin agachar la cabeza.

Owen deja los papeles que me traía y se marcha.

Al cerrar la puerta veo que nuestro padre sonrío aliviado.

—Sé que estás en forma, pero me gustaría que me ayudaras aquí en la

oficina.

—Me parece bien.

—Así puedes ayudar a las nuevas incorporaciones con tus consejos.

—Gracias, Romeo —dice mi nombre con lentitud, como si lo saboreara—. Una cosa más, ahora que estamos siendo claros. —Asiento—. No te llamas así para hacer daño a tu madre, ese ser frío y sin corazón —rumia entre dientes—. Lo haces porque es mi segundo nombre. Lo vas a saber de todos modos cuando hagas el contrato, por eso te lo he contado ahora.

Lo desconocía, y me gusta saber que cuando me tuvo entre sus brazos quiso que tuviera una parte de él.

Asiento y, cuando se marcha para regresar al día siguiente para empezar a trabajar, siento que me libero de un gran peso que llevaba sobre mis hombros.

Mi padre tiene razón. Él cometió muchos errores, pero de los míos solo yo tengo la culpa.

# Capítulo 44

## Iris

Espero a mi atacante, que ahora sé que se llama Enrique, en la sala de visitas de la cárcel.

Al entrar me mira sorprendido.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás mejor?

—Sí, estoy ya bien. Estoy aquí porque quería darte las gracias por salvarme.

—No te hubieras metido en eso si no fuera por mí.

—Ya...

—Era culpa mía, y no soy un asesino.

—Pero sí alguien que estafa a la gente...

—Y un secuestrador. Lo sé. Pero ni los malos son tan malos ni los buenos lo son tanto, Iris. En esta ciudad nos conocemos todos, para bien o para mal.

—Lo dices como si supieras algo que yo ignoro.

—Ignoras muchas cosas.

—Pues cuéntamelas...

—No a cambio de nada.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes y no puedo decirte más.

Nos dicen que se ha acabado el tiempo de visita.

—Volveré en una semana.

—Tráeme algo rico para comer. Dan muy mal de comer por aquí.

Salgo de la cárcel sintiendo como si este lugar apresara tu alma. Es un sitio horrible cargado de un sinfín de energías negativas.

Cojo el coche y voy hacia donde he quedado con Amber y Am, un parque donde puede jugar la pequeña.

Al verlas no puedo evitar pensar en Romeo, en lo mucho que lo echo de menos y en lo difícil que se me hace aceptar que esta es mi vida ahora.

Ya ni trabajar me llena.

Am, al verme, corre a tirarse sobre mis piernas para abrazarme.

La alzo en vilo y la abrazo con fuerza.

Amber se acerca y me da un par de besos y un abrazo.

—Se te ve bien...

—Tengo una cara horrible. No consigo dormir bien por las noches, pero el maquillaje hace milagros.

Se ríe.

—Se pasará.

—Lo dudo, pero aprenderé a vivir echándolo de menos.

Asiente dándome la razón.

Los días pasan y, sin darme cuenta, hace dos meses que no sé nada de Romeo, aunque no por eso lo extraño menos.

El trabajo para mí ya es rutina. No sé qué voy a hacer con mi vida.

Estoy recogiendo unos informes cuando veo a Fermín ir hacia el despacho del jefe. Como estoy en el suelo agachada no me ve cuando entra y deja la puerta entreabierta, tal vez por error.

Compruebo que nadie me observa y voy hacia ella, sintiendo que va a pasar algo gordo dentro.

—Ya he esperado suficiente —dice Fermín con voz dura—. Me merezco mi puñetero ascenso.

—Este no es lugar para hablar de eso. Un paso en falso puede destrozarlo todo.

—¡Y una mierda! Me prometiste que si cumplía sería el nuevo director de la empresa. Quiero mi puesto ya.

—Eres un trabajador de mierda, ¿esperas que se crean así de golpe que por méritos propios has conseguido ascender?

—Todos se han creído que nuestro antiguo jefe era un ser sin escrúpulos y un asesino. Ya se te ocurrirá algo o lo contaré todo.

—No te interesa, porque tú caerías conmigo...

—Ponme a prueba, hermanito.

Suena el teléfono de mi mesa y eso me delata.

Fermín me mira a los ojos y maldice antes de seguirme.

Corro hacia las escaleras, sabiendo que no tengo pruebas, que no tengo nada salvo mi palabra y que no podré desenmascarar a los verdaderos culpables.

Fermín me atrapa antes de llegar a la puerta trasera. Me agarra con fuerza y sé que él no tendrá piedad, porque desde hace tiempo sospecho que fue quien en verdad chocó con mi coche para meterme miedo.

Y lo sé porque mi antiguo jefe me ha usado para limpiar su nombre, para que me acercara a quien creía que era uno de los cabecillas de todo. A Fermín.



# Capítulo 45

## Iris

Hace ya un tiempo, cuando iba hacia mi coche, me giré y me quedé de piedra al ver a mi jefe fuera de la cárcel. Más cuando la policía no estaba muy lejos. Arnol lo acompañaba.

Mi jefe me explicó la verdad. Que ellos no habían cometido ninguno de los delitos de los que se los acusaba, pero que para pillar al culpable se había tenido que dejar atrapar falsamente por la policía. Solo así podría limpiar el nombre de su empresa.

Me pidieron colaboración para informarlos de cualquier cosa extraña en las cuentas o algún movimiento raro. He estado informando a Arnol de todo desde entonces, y ese día me dijeron que tenían como sospechoso a Fermín.

Por eso lo llamé para tomar algo antes de que se incorporara a la empresa, motivada por mi deseo de descubrir la verdad. De que esta viera la luz y los verdaderos culpables pagaran. Y más cuando supe que no tenía ninguna hija, que todo era falso.

Mi misión era solo informar, pero me ha podido mi vena recién descubierta, que busca acción.

No es el mejor momento, no cuando temo estar embarazada; si no me he hecho la prueba ha sido solo por miedo a no estarlo... ya que me encantaría tener un bebé de Romeo.

«Ahora tal vez sea tarde para todo eso», pienso cuando Fermín me mete en una camioneta tras registrarme y romper mi móvil en pedazos.

Me costó ver su doble cara, pero la vi. Fermín solo tiene una sed grande de llegar a dirigir la empresa y lo hará al precio que haga falta.

## Romeo

Estoy en casa de mi hermano. Nuestro padre está haciendo pedorretas a Lucas, y este se ríe feliz con el abuelo.

¡Cómo han cambiado las cosas!

—Me sorprende verlo así —me dice mi hermano en la cocina.

—A mí mucho más... Siempre pensé que su corazón era una piedra y al parecer es que no sabía cómo cambiar.

Mi padre trabaja ahora conmigo; en una de las tardes que nos quedamos revisando papeles, me contó que había sido igual de horrible que su padre lo fue con él; que si alguna vez tenía un hijo que, por favor, no esperara tantos años para decirle que lo quería. No me lo dijo tal cual, pero entendí el mensaje.

Estamos más unidos que nunca y me alegra no haberme cerrado en banda. Algunas personas sí que pueden cambiar.

—Te veo muy feliz hoy —le digo a Owen.

—Sí... No se lo cuentes a nadie. Lilliam quiere hacer una fiesta con los amigos para dar la noticia... Vamos a tener otro hijo.

Me lo dice feliz, sonriente y sintiendo una felicidad extrema. Una que yo quiero sentir, que estoy dejando de lado por él, que me quiere, que me entiende. ¡Yo también quiero mi familia! Mis hijos... con Iris. Tal vez por eso la última noche juntos no usé precaución, quería que el destino nos encontrara de nuevo, nos diera una razón para seguir juntos... Ella lo sabía, pero no dijo nada; tal vez como yo, quería dejar esa puerta abierta.

—¿No te alegras de tener otro sobrino o sobrina?

—Sí, mucho... Pero yo también quiero eso para mí.

—Me alegro, y me encantaría verte feliz con una familia.

—No lo entiendes. —Lo miro a los ojos y mi hermano sonrío con esa calidez que siempre tiene—. No quiero perderte por la familia que he elegido tener, pero tampoco quiero perderla a ella... Entiendo que necesites tiempo, pero no me voy a alejar de mis sobrinos mientras tú decides perdonarme. Ellos también me necesitan cerca. Delia no se merece perder a nadie más porque tú no entiendas que al corazón no se le dice a quién debe amar.

—¿Puedes hablar más claro? —me dice con una sonrisilla.

—¿Te hace gracia este tema?

—Me hace gracia que pienses que me voy a enfadar porque hayas decidido tener una familia.

—Eso es porque ignoras que de quién llevo enamorado toda la vida es de Iris. A ver si ahora sigues sonriendo como un idiota.

Pierde la sonrisa un instante y me preparo para que estalle o me pida tiempo. Cuando sonrío de nuevo, no me lo espero.

—Vaya, sabía que ahora te gustaba y estabais liados, pero no que te gustara desde hace tantos años... ¿Te gustaba estando yo con ella? —Asiento —. No lo sabía.

—¿Cómo es que ahora lo sabías?

—Os conozco a los dos, y a lo mejor pensáis que me trago vuestras excusas, pero la forma de miraros cuando os vi en tu casa era especial. Lilliam también se dio cuenta y me pidió que esperara a que tú dieras el paso de contármelo.

—No sé qué decir.

—Dime por lo menos que no has sido tan tonto de cagarla con ella como lo hice yo.

—No puedo decirte eso... Tenía tanto miedo de perderos que la dejé ir.

—Eres idiota y te entiendo, dicho sea de paso, pero somos algo más que hermanos, somos los mejores amigos y deberías habérmelo contado.

—Ya, pero existía un riesgo de que no saliera así.

—Lo entiendo. ¿Y ahora?

—Ahora voy a buscarla y a decirle todas las palabras que por miedo siempre he callado.

—Ya era hora.

Mi hermano se acerca y me da un abrazo, uno que no esperaba después de que supiera de quién estaba enamorado, y es que por una vez aprendo que la vida no siempre es lo que creemos. A veces hay que tener el valor de dejar de vivir en los «qué pasaría» y vivir lo que de verdad sucede si te arriesgas.

# Capítulo 46

## Iris

No sé a dónde me lleva Fermín. Tiene un gesto siniestro que me da escalofríos, y parece feliz con todo esto. Nunca vi su verdadera cara y, aun alertada por la policía, pensaba que podrían estar equivocados.

Pero la verdad siempre tiene dos caras, y las personas, miles.

—Estás disfrutando...

—Es que eres demasiado predecible. ¿De verdad piensas que no sabíamos que lo estabas escuchando todo? Queríamos hacerlo para que corrieras a la policía como el chivo expiatorio que eres, y antes de llegar... muerta.

—No he tenido tiempo ni de llegar.

—Ya, porque tu muerte no va a ser en un lugar donde nos puedan inculpar de algo, bonita. Teníamos un plan mejor. Matarte y echarle las culpas a Enrique. Pero él solo aceptó asustarte un poco y hacer creer a todos que era por Ulises. Nos valió, pero ya estamos cansado de tener chivatos en la empresa.

—Y por eso es mejor acabar conmigo —digo con una templanza que no siento, ya que estoy aterrada.

—Sí, Enrique podía haber dejado que te desangraras... pero no es un asesino. —Repite lo que parecen las palabras de Enrique—. Es idiota y ahora está en la cárcel.

—Lo conoces bien, ¿no?

—A su padre, mejor. Hacíamos estafas juntos. La idea de robar la empresa a tu jefe la planeamos juntos. Usarte fue muy fácil... Siempre tan del lado de ley...

—Pero el plan no salió como esperabas y detuvieron al jefe antes de tiempo.

—Se cree que somos idiotas y no sabemos que se dejó detener aposta para pillar a los verdaderos culpables. Pero no hay nada contra nosotros, y

contra él, sí. Si hacemos las cosas bien, no podrá seguir sosteniendo su versión. Ah, y sé que te ves con él. En esta ciudad nos conocemos todos...

Empiezo a creer que es cierto.

Miro hacia la calle, sintiendo que han estado moviendo los hilos de mi vida todo este tiempo.

—Si no te hicimos nada antes, fue por Romeo, por su protección... Con esa ecuación no contaba. No esperaba que tras asustarte con mi coche fueras a buscarte un guardaespaldas, y de los mejores y más caros. Tu sueldo está bien, pero es una mierda si quitas lo que pagas de casa y todos los gastos... No te daba para eso. Yo solo quería que te fueras con tus papás asustada, luego volvieras para el juicio y ahí estaría yo como un gran amigo... Pero no. Tú has demostrado ser más valiente de lo que esperaba. En fin... cosas que pasan. Pero aquí estamos. Tú a punto de desaparecer y yo pronto seré jefe de todo. Y ahora, sigamos conduciendo que tengo que hacer algunas paradas para tenerlo todo listo para ti.

## Romeo

Llego a la empresa de Iris, pues aún está en horario de trabajo. La busco por su despacho y no la encuentro. Me mosqueo al ver su bolso asomando por los cajones. Pregunto al de seguridad tras llamarlo, por si la ha visto salir, y cuando lo niega pregunto por ella a sus compañeros; nadie la ha visto irse. Voy hacia la salida de emergencia por si una vez más ha usado ese camino,

Voy hacia ella al tiempo que la llamo al móvil, pero me da apagado y fuera de cobertura.

Al llegar a la calle por la puerta trasera veo un móvil roto contra el suelo.

Me acerco y compruebo que es el de Iris.

Algo no va bien.

Escribo a Alair y a Ulises y, siguiendo mi instinto, a Arnol de la comisaría, pues me dio su contacto por si necesitaba su ayuda.

En cuando se lo cuento, maldice y me dice que me reúna con él en la cárcel.

Me sorprende, pero acepto mientras Alair y Ulises buscan pistas de Iris con algunos más de mis empleados.

Al llegar a la cárcel, Arnol está ya allí con un grupo de policías.

Me dice que lo siga dentro.

—¿Qué está pasando?

—Tu chica nos estaba ayudando para pillar a los verdaderos culpables.

Que diga que Iris es mi chica no me sorprende tanto como el resto.

—No lo entiendo.

—Iris aceptó ayudar a su antiguo jefe y a la policía para investigar desde dentro, y parece que todo ha salido mal.

—¿Y lo hacía sin ningún tipo de protección?

—Yo sí quise que la tuviera, pero tengo jefes, personas que son las encargadas de dar su última palabra... Lo siento.

—¿Y por qué estamos aquí?

—Porque Enrique, que mostró simpatía por Iris, ayudó a Fermín y a su hermano a estar donde están ahora. Lo bueno es que trabaja por libre y no tiene apegos por nadie. No es como su padre, que fue quien lo empezó todo y era más fiel a los suyos. El trato, al parecer, lo iniciaron con su padre cuando lo cuidada Ulises. Cuando murió se lo pasaron a su hijo, aunque Enrique no ha hecho las cosas como esperaban.

—¿Y por qué mandasteis a Ulises y a su familia fuera?

—Para dejarlos creer que no sabíamos nada de sus planes.

—¿Por qué narices no los habéis detenido ya?

—Porque debemos tener pruebas y no solo hipótesis. Sin pruebas no acabarán en la cárcel tanto tiempo como se merecen.

—Y si por el camino sufren terceras personas, da igual.

—A mí no me da igual, pero la justicia es lenta en algunas ocasiones.

Nos dejan pasar para ver a Enrique; en cuanto este ve a Arnol, se le cambia el gesto.

—Iris está en peligro. ¿Vas a colaborar ahora con la policía para contarnos todo lo que sabes?

—Sois un atajo de capullos. La habéis puesto en peligro solo para obligarme a hablar. —Se ríe—. Tu chica está en peligro por su culpa. Ella de verdad creía que la protegerían y para ellos solo era un peón más. ¿Quiénes son ahora los malos? Seguro que tus jefes esperaban que Iris se metiera en problemas para presionarme.

—Habla por Iris, por favor —le suplico.

—Lo haré, pero solo por ella.

Miro a Arnol mientras le pregunta por los lugares donde Fermín puede haberla llevado, y nos vamos tras pedir que venga el jefe de policía para tomar declaración a Enrique por su ayuda para encontrar a Iris, así lo recompensarán con una bajada de condena y un cambio de identidad cuando salga para poder empezar de cero.

—No soporto mirarte —le digo a Arnol tras mandar a mis hombres a varios puntos mientras yo voy con este imbécil a otro.

—A mí no me gusta como están las cosas. Ya te lo he dicho.

—Pues no lo parece.

—Solo quiero que se haga justicia.

—Y el precio a pagar es mínimo con tal de lograrla. Habéis usado a Iris para que pasara esto y así poder pillar a Fermín y a su hermano...

—Ella aceptó.

—Se fio de vosotros y ahora puede estar muerta.

—Esperemos que no.

—Sí, porque como lo esté pienso hacer de tu vida un infierno. Y eso sí que sería hacer justicia.

—Yo pensaba que ella estaba protegida en todo momento —me reconoce—. Estoy igual de cabreado que tú con todo esto. Fui el que la convenció y mira donde la he metido. —Aprieta las manos al volante—. Ya me lo advirtió mi mujer, que no me fiara... Ella está de baja por un disparo y, a la hora de la verdad, nadie dio la cara por ella.

—Para que sigas creyendo en el sistema. Por culpa de como van las cosas existimos los guardaespaldas, para hacer el trabajo que otros no saben hacer.

—Yo sé hacer mi trabajo, pero debo seguir las normas y la ley, lo que me obliga a tener las manos atadas en muchos momentos y no por eso sé hacerlo peor. Y en mi trabajo hay muy buenos trabajadores. No somos nosotros los que tenemos que cambiar, son las leyes, para que nos dejen proteger mejor a los ciudadanos, para que cuando llegemos a ellos no sea tarde.

En eso tiene razón.

—Acelera, que parece que vas pisando huevos. —No es cierto, y más

porque vamos con la sirena y la gente nos deja pasar, pero necesito que vaya más rápido.

Tengo que llegar a Iris antes de que sea demasiado tarde.



# Capítulo 47

## Iris

Llegamos a una parcela que está rodeada por árboles y no tiene a nadie en kilómetros a la redonda.

Hemos parado varias veces para comprar lo necesario para que se deshaga de mi cuerpo. He tratado de escapar en cada lugar, pero estaba atada y, por más que he pegado a la puerta con el cuerpo, nadie se ha acercado para ayudarme, bien porque no reaccionan a lo que ven o porque tienen miedo y este los paraliza.

Tira de mí hasta el jardín, la zona más despoblada.

Tengo las manos atadas y temo el momento en que se canse de jugar conmigo y dispare. Entonces empieza a cavar tras atarme a una silla. Es casi como si estuviera en mitad de una película... Es patético, porque ni en eso tiene imaginación, pero disfruta, lo veo en sus ojos. En su verdadera cara.

Estoy aterrada; si no lloro, es porque es tal mi pena y mi miedo que no me permite dejar escapar ni una sola lágrima.

—¿Qué se siente al saber que estoy cavando tu tumba?

No le respondo, se ríe.

Le lleva un rato hacerlo y, cuando está listo, se acerca a mí y me desata.

—Puedes tratar de huir —dice pasando la pistola—. Me gusta jugar...

—Estás enfermo. —Se ríe—. Y no pienso huir. Pienso luchar por mi vida.

Me mira creyendo que tiene el control.

Saco todas mis fuerzas y lo empujo. Trato de quitarle la pistola cuando, sorprendido por el golpe, casi la deja caer.

Tal vez sea una batalla perdida, es posible, pero si este es mi último instante me iré luchando por mi vida, por lo que quiero y por que he aprendido que vivir no es quedarse a la espera de los acontecimientos.

Forcejamos y lo golpeo como puedo. Saco una fuerza que no sé dónde tenía y que sé que me dan mis ganas de salir victoriosa. Una fuerza para la que

no estaba preparado.

De repente, una detonación silencia el aire.

Silencio...

Incredulidad...

Miedo...

## Romeo

Aparcamos el coche cerca de una finca, y estamos saltando la barandilla sin molestarnos en llamar a la puerta cuando escuchamos un tiro.

—No... no... —grito aterrado porque ese disparo se haya incrustado en el cuerpo de Iris.

Arnol saca su arma y corremos hacia el lugar donde lo hemos escuchado.

Al llegar veo a Iris y a Fermín juntos. Voy hacia ellos, temiendo el desenlace. Iris alza la cabeza y me mira, al tiempo que Fermín cae al suelo.

Iris está quieta, llena de sangre.

Corro hacia ella y la acerco a mí, deseando e implorando que toda esa sangre no sea suya.

—Estoy bien —me dice temblando. No menos que yo.

Me separo y cojo su cara entre mis manos mientras Arnol detiene a Fermín, que se queja por el disparo.

—¿De verdad?

—Sí, he luchado y he vencido...

—Eso es porque eres una guerrera que no necesita a un príncipe para que la salve.

—No, para que me salve, no; pero para que esté a mi lado y sea cómplice de mis batallitas, sí. Y para que me deje cuidarlo como yo lo cuidaré a él, también. Es mejor si nos salvamos los dos como iguales.

—A mí me encantaría ser ese príncipe.

Iris sonrío y entonces se desmaya entre mis brazos.

La cojo con fuerza y miro a Arnol como si él tuviera las respuestas.

La aferro con fuerza y, aterrado por primera vez en mi vida, no me importa que Arnol vea mi debilidad en forma de lágrimas.

No puedo perderla.

# Capítulo 48

## Iris

Me despierto y veo a Delia mirándome, en lo que parece un cuarto de hospital.

—Mi tío se va a enfadar por haberse perdido tu despertar. —Sonríe y viene hacia mí.

—¿Dónde está?

—Rellenando unos papeles y hablando con la policía con mi padre.

Asiento y miro a mi alrededor.

—¿Qué tengo? Déjalo, lo mismo no lo sabes...

—Te desmayaste, pero nada de importancia —me responde y se sienta en mi cama—. Me porté mal contigo.

—¿Cuándo?

—Cuando te vi con mi tío y vi que le gustabas. No quise insistir en que te vinieras con nosotros. Tenía miedo. Miedo de que te quisiera más que a mí. No quería perderlo. Es mi segundo papá, pero esto no se lo digas.

—Yo lo quiero mucho y nunca te dejará de querer. Tu tío iba a hacer un gran sacrificio en parte por lo mucho que te quiere.

—Lo sé. Lo vi triste cuando te fuiste y, aunque me sentí bien, luego me sentí triste. Mi padre me dijo que esperara, que Romeo tenía que dejar de conformarse y luchar por ti. Como él ha hecho. Ya nos ha dicho a todos que te quiere.

Sonrío feliz.

—Yo también lo quiero, y se puede querer a mucha gente de mil maneras diferentes.

Alzo la mano y acaricio su mejilla.

—Lo sé, pero... el miedo es así.

—Sí. Me alegra que me lo hayas contado.

—No quiero ser como mi tío en el futuro. Callarse lo que uno piensa solo nos hace perder a la larga.

Asiento pues tiene razón. Se acerca y me da un abrazo que me conmueve, y no me extraña que Romeo lo diera todo por ella o que Owen y Lilliam se enamoraran de esa pequeña. Yo apenas la conozco y ya la quiero.

La puerta se abre y aparece Romeo. Al verme despierta noto alivio en su mirada.

—Os dejo solos y, por cierto, espero ser la dama de honor en vuestra boda. Mi padre ya se ha pedido ser el testigo. No quiere ser menos que tú — dice a Romeo con una sonrisilla.

Romeo no dice nada. Solo la ve irse.

—Hola —me dice, sentándose en la cama—. ¿Cómo estás?

—Bien, ahora bien. Al fin ha acabado todo, ¿no?

—Sí, pero ya habrá tiempo de hablar de eso. Ahora debes descansar.

—Estoy bien. ¿Tengo algo malo?

—Malo no. Es muy bueno.

Romeo sonrío.

—¿Y es?

—Estás embarazada y por eso te desmayaste. ¡Enhorabuena! Es lo que se dice en estos casos, ¿no?

—Sí... —Lo miro a los ojos; parece feliz, muy feliz—. Es tuyo... ¿No te importa?

Se ríe.

—En el fondo lo esperaba, que el destino me diera una razón para no alejarme de ti —me confiesa.

—Yo también, pero me asustaba estar equivocada.

Acaricio mi tripa y sonrío al saber que ahí crece una vida, una creada con Romeo, la persona que quiero.

—¿Y ahora? —pregunto a la espera de que me diga algo más de nosotros.

—Ahora descansa. No creo que tarden mucho en darte el alta.

Y ya, no me dice nada, no me besa... No me dice que, aunque nos une un hijo y su familia sabe lo que sentimos, hay algo más.

Asiento y espero; como él no diga las cosas claras, pronto lo haré yo.

Romeo no me ha dicho nada sobre nosotros.

Me han dado el alta. Si me han dejado un poco más, ha sido por precaución por lo vivido y los golpes que me llevé en el estómago al forcejear.

Arnol vino a disculparse y a decirme que de verdad pensaba que yo no iba a salir herida. Al parecer, la policía quiso presionar a Enrique y, al ver como me salvó y como yo iba a verlo, quisieron utilizarme para hacer lo que hizo: declarar contra Fermín y su hermano sobre la estafa que tenían preparada de este hacía años.

Fermín entró a trabajar y fue cambiando los informes por otros poco a poco y a dejar pistas falsas. Su plan era ser él mismo el que los denunciara llegado el momento, pero a mi antiguo jefe no le daba buena espina y lo despidió, creyendo que así se acabaría todo, sin esperar que yo, desde dentro, pudiera ir contra ellos. Cuando me pillaron con los informes trataron de ponerse en contacto conmigo para contarme su versión; al enterarse de que yo estaba oculta y que alguien había tratado de atacarme, se dieron cuenta de que para acabar con todo tenían que dejarse atrapar y darles el control de la empresa.

Por Fermín sé que lo sabían, pero les daba igual porque no esperaban que su plan saliera mal; que Enrique se apiadara de mí y yo de él, y nos hiciéramos amigos, lo cambió todo y los puso nerviosos, por eso me quisieron sacar de la ecuación matándome en el lugar donde estaban además todos los informes falsos.

Fermín saldrá de esta y cumplirá su condena en la cárcel.

Al final se ha hecho justicia.

Llegamos a la casa de Romeo y lo miro extrañada.

—Tengo casa propia...

—Y yo una casa vacía sin ti —me reconoce.

Subimos al ascensor y me mira con intensidad. Mis labios se mueren por perderse entre los suyos, mi cuerpo ansía su calor y odia este frío que se cuela entre los dos por esta distancia que nos separa.

Entramos a su casa y me quedo impactada al ver cientos de corazones de origami de color rojo por todas partes.

Lo miro y sonrío feliz.

Voy hacia ellos y los abro.

No hay nada.

Cojo otro y lo mismo. Todos están vacíos.

—Antes temía hablar y que nadie quisiera escucharme. Eso era antes. He aprendido a mirar la vida desde otro prisma, a no tener miedo de hablar, sino de callar lo que pienso y no aceptar los acontecimientos como son y no por lo que imagino. —Lo miro ilusionada—. Te quiero y te voy a querer toda la vida decidas lo que tú decidas. Y tal vez un día olvide decirte que te amo, pero aprenderé a decírtelo dos veces para compensar las que se me olvidan expresar en alto todo lo que siento.

Noto las lágrimas rodando por mi mejilla y me las limpio entre risas.

Lo abrazo.

Al fin en casa.

—Te quiero y no importa que hace años no me vieras, no era nuestro momento. Lo es ahora.

—Lo es ahora y siempre si tú me dejas. —Tras decir eso, saca de su bolsillo una cajita con un anillo de compromiso y la abre—. Déjame ser tu Romeo.

Me río por como ha usado su nombre.

—Solo si tú me dejas serlo todo de ti y de mí.

—Siempre.

Asiento y me alzo para besarlos, sintiendo al fin sus labios contra los míos.

Lo beso enamorada, feliz y sintiendo al fin que yo soy la dueña de mi vida, que he dejado de aceptar las cosas para vivirlas.

Romeo al fin brilla con la luz que siempre ha tenido, al fin su corazón de oro ha conseguido brillar más fuerte que la oscuridad que sentía y en la que se encontraba cómodo.

Al fin ha llegado nuestro momento.

Al fin, juntos, nos aferramos a la vida para vivirla por completo.

# Epílogo

## Romeo

Veo a Iris correr por la casa de mi hermano detrás de nuestro pequeño de cuatro años. Nuestra hija de un año descansa en su cuarto y yo no dejo de mirar el intercomunicador de bebés para ir a su lado si necesita algo.

«Los tres me tienen enamorado, o más bien todos», pienso al ver a la preciosa Delia mirando a su tía a un lado del jardín. Su hermano Lucas está con Lilliam y su hijo, otro hijo de la misma edad del mío mayor, riéndose por algo que les cuenta, y no muy lejos está mi padre con su actual mujer.

Nos mira a todos feliz.

Ninguno de los dos esperaba esto.

El primer abrazo que nos dimos fue el día de mi boda. Entró al cuarto donde me cambiaba y me miró emocionado.

—Aunque no te lo creas, siempre deseé lo mejor para ti, hijo. Siento no haber sabido hacerlo mejor. Me alegra que no cometas mis errores.

Se acercó para abrazarme, pero dudó, y en ese instante de duda lo abracé yo para no cometer, como él dijo, sus mismos errores.

Se quedó quieto hasta que reaccionó y me devolvió el abrazo. Cuando se separó, ese hombre, que pensaba impenetrable, estaba emocionado.

Se casó al poco tiempo y siempre estamos juntos.

Al fin mi casa parece un hogar. Iris y yo nos hemos venido a vivir a una casa cerca de mi hermano, y mi padre, a otra no muy lejos.

Le encanta estar cerca de sus nietos y ayuda en el cuidado de estos siempre que lo necesitamos.

Nunca es tarde para cambiar.

Owen se deja caer en una silla a mi lado con una cerveza y me tiende otra.

—Eres feliz —me dice.

—Como tú.

Sonríe.

—Mucho, y una vez más seguimos juntos... —Choca su cerveza con la mía.

—Hay lazos irrompibles.

—Sí, y papá me ha dicho que yo soy el mayor, que te engañaron para que cuidaras de mí. Pensé que querrías saber que eres mi querido hermano pequeño —me pica, y yo me río.

—Pues ya sabes que te toca cuidarme.

—Siempre lo he hecho y siempre lo haré.

—Lo mismo digo.

Mi hijo se tira en mis brazos buscando mis mimos. Lo abrazo con fuerza e Iris llega hasta nosotros y se suma al abrazo, feliz.

Al final dejó su trabajo y se puso a estudiar para poder ayudar a los demás. Ahora trabaja en asuntos sociales, ayudando a niños que necesitan atención especial, y es muy buena.

Arnol y su mujer dejaron el cuerpo de policía y me propusieron ampliar el negocio como detectives y poder tapar los agujeros que la policía, por las normas, no podía cubrir. Acepté y hemos ampliado el negocio.

Aunque ahora no me paso el día trabajando. He ascendido a Ulises y Alair, y delego en ellos mucho más que antes. Confío en ellos y por eso sé que lo harán bien.

Ulises es padre de dos hijos y Alair acaba de tener una niña preciosa.

Al fin he dejado entrar a la gente que se moría por ser parte de mi vida y yo no era consciente de ello. He dejado de quejarme y he empezado a cambiar lo que no me gusta, y es la mejor decisión que he tomado nunca.

Como mi padre me dijo un día, él era culpable de sus propios errores, pero no podía culpar a nadie por los míos.

Ahora lo sé.

Ya en nuestra casa, tras acostar a los pequeños, entro en mi cuarto y busco a mi mujer, que está mirando por la ventana.

Me pongo tras ella y la abrazo.

Se gira y me sonrío feliz.

—Te debo dos «te quiero».



—Tres, llevas tres días sin decírmelo.

Me río.

—Entonces, te quiero, te quiero, te quiero, y, por si mañana me olvido de decirte que cada día te quiero más, te quiero.

Iris se gira y me dice te quiero entre cientos de besos.

Siempre le digo que la quiero y siempre tengo la sensación de que la palabra se queda corta para expresar cuanto la amo. Por eso la beso con el deseo de que pueda acariciar y entrar en mi alma, y pueda ver todo lo que siento por ella.

Todo lo que es ella para mí.

Sé que lo logro porque, tras besarnos, me mira emocionada y no tiene palabras para expresar este momento.

En ocasiones hay que dejar que el silencio nos acompañe cuando los actos hablan más que nuestros corazones.

Un «te quiero» por sí solo es una palabra, con un acto de amor se convierte en una realidad, y ella me ha enseñado eso y mucho más, pues cada día es una nueva lección.

Cada día es un nuevo comienzo para aprender mil formas de decirle que la quiero y que a su lado es muy sencillo encontrar las palabras adecuadas para expresarle lo que siento.

Al fin mis sentimientos han encontrado cobijo; si alguna vez guardo silencio, solo es porque hay momentos en que las palabras son innecesarias y los gestos hablan su propio lenguaje.

# Agradecimientos

A mi familia, por ser parte de esta aventura y por animarme siempre a ir hacia adelante y nunca rendirme con mis sueños. A luchar por lo que de verdad importa en esta vida, ser feliz.

A mi editorial, Ediciones Kiwi, por estar siempre ahí.

A Merche, por ser mi amiga y mi apoyo siempre, y una gran mujer a la que admiro mucho.

A Clara, Natalia y Mari, por estar siempre ahí, libro tras libro, y ser mis amigas.

A mis sobrinos, porque sois parte de mi vida.

Y a todos los lectores que han hecho posible estos diez años de carrera y sobre todo que, gracias a ellos, siga teniendo la misma ilusión que cuando empecé.

Gracias por darle una oportunidad a mis letras.